

*Héctor N. Grandinetti, S.J.*

**La otra cara  
de la  
Televisión Argentina**





*El Papa Juan Pablo II visitando el Pontificio Instituto Oriental con el Padre Grandinetti, quien como ministro está haciendo de guía.*

**HÉCTOR N. GRANDINETTI, S.J.**

**La otra cara de la  
Televisión Argentina**

1º Edición

“He leído el libro del Padre Grandinetti, y no encuentro nada que afecte ni la fe ni las buenas costumbres. La obra respira espíritu de fe, de confianza en la Divina Providencia y un gran optimismo.

La lectura puede resultar útil al bien espiritual de los lectores...”

*Alfredo Altamira S.J.*

## Prólogo

Es común que al final de los años y sintiendo próxima la llamada del Señor, uno quiera redondear su vida contándola, escribiéndola. Sin embargo, mis actuales setenta y seis años, me sorprenden en una actividad –aunque matizada– casi plena y me suena algo extraño esto de escribir mi propia biografía.

Sin embargo, alentado además por el requerimiento de nuestro Padre Provincial, voy a hacerlo. Mas no como biografía en el sentido tradicional del género, sino como simple y humilde relato de las cosas que le han pasado a un hombre en esta etapa terrena de su vida. Como cristianos, sabemos que nos resta aún una vida más plena por vivir y sólo acaso al final de aquélla podamos redondear nuestra existencia. Dios es el misterioso biógrafo total de cada uno de nosotros y a El plenamente confío, junto con mi alma, el verdadero relato de lo que he querido y podido hacer. Aunque de El también he aprendido, que le corresponde al hombre asumir cada uno de sus aciertos y de sus errores. Aquí mismo, anticipadamente, lo hago.

Y precisamente por ello, hago el relato que sigue en tercera persona: porque me siento vivo y responsable. Vivo para seguir haciendo cosas, mientras el Señor así me lo requiera; responsable, de transmitir a los demás alguna experiencia que he acumulado y algunos hechos que he protagonizado, con la sana esperanza de ser útil a quienes se acerquen a estas páginas.

No pretendo ser exhaustivo y sé de la vana obsesión de la objetividad absoluta. Esta es imposible, sencilla y maravillosamente porque somos seres humanos y, como tales, limitados, mortales y siempre jugados en nuestras emociones y sentimientos.

Escribo algunas de las muchas cosas que viví y protagonicé. Lo hago munido de la mejor buena voluntad y con mi más estricto sentido de la verdad histórica. Ambas cosas ofrendo a mis compañeros de convivencia en la tierra y a Dios, cuyo juicio confío y espero.

*Padre Héctor N. Grandinetti SJ*  
*Buenos Aires, mayo de 1994*

# Indice

## Prólogo

Capítulo I: ..... 5  
“Usted debe tener Fe...”

Capítulo II: ..... 18  
“Padre dedíquese plena y exclusivamente a la televisión”

Capítulo III: ..... 46  
La aventura del canal 11 de televisión

Capítulo IV: ..... 91  
La escuela de televisión de la Universidad del Salvador

Capítulo V: ..... 129  
Nuevos viajes, proyectos y realidades

## CAPÍTULO I

### “Usted debe tener Fe...”

El invierno en Nueva York es algo muy especial. La ciudad no sólo es muy fría, sino que así lo parece. Vestida casi permanentemente de blanco, con sus tambores encendidos donde pobres y negros se restregan las manos y sus alcantarillas humeantes, las calles se toman desiertas no bien amengua la jornada laboral. Y aquel invierno de 1961 había sido particularmente frío, casi descarnado. Esa misma sensación intensa —que la buena calefacción de la residencia de los padres jesuitas no podía subsanar— acompañaba por dentro al padre Héctor Grandinetti, quien acababa de terminar su misa. Ordenado los elementos del culto se dirige a su cuarto. No había terminado de quitarse el abrigo, cuando advierte el telegrama sobre la mesa. La curiosidad puede más y lo abre de inmediato. “Quédese allí, indefectiblemente. Va carta. Gaviña”. En su parquedad el mensaje tenía la fuerza de un latigazo. Eran las diez de la mañana y de pronto se le hizo la noche. ¿Quedarse allí cuando había tanto que hacer en Buenos Aires? El lanzamiento del canal era inminente y la fiesta inaugural requeriría también —como siempre— sus me-

jores esfuerzos. No entendía. Como alorado, terminó dormitándose; cuando volvió a mirar el reloj eran las tres de la tarde. Tomó otra vez su abrigo y decidió salir a caminar; el frío exterior ya apenas se sentía. Como tantas otras veces, sus pasos lo llevaron al Downtown, ese barrio neoyorquino que tanto le gustaba y al que volvía en cada visita a la ciudad. En medio de la masa de cemento de Wall Street, los pequeños negocios se alineaban uno al lado del otro. Por un dólar se podía comprar de todo. El subte lo había llevado por veinticinco centavos y el cambio en monedas todavía tintineaba en su bolsillo. A la salida nomás, un viejo le pide “*¡For a sandwich, please!*”. Echa mano y allí se va otra moneda de veinticinco, que en ese barrio es algo más que un sandwich: dos huevos fritos con pan y panceta. Los ojos del viejo agradecieron. Sigue caminando, casi sin ver: “Quéde-se allí, indefectiblemente. Va carta”, una y otra vez la frase volvía a golpearle. A los pocos metros un muchacho, a las apuradas le pide para el subte. Se va otra moneda de veinticinco. De pronto se encuentra parado —como tantas veces— frente a la vidriera de una relojería. Los relojes le gustan desde chico y el mirarlos y escucharlos es una de sus debilidades; le recuerdan a su infancia en La Paternal y Montserrat. ¡Está tan lejos y se siente tan solo! Frente a la vidriera los mira también sin ver. De pronto, se le acerca un señor de unos sesenta años, aceptablemente vestido, y sin preámbulos le dice: “*Usted tiene que tener fe*”. Volvió en sí y al mirarlo pensó: ¿qué habrá visto?, ¿por qué recordarme esto a mí que justamente soy un sacerdote? Pero el extraño siguió hablando: “Acuérdese cuando nuestro Señor Jesucristo ve-

nía en la barca y se levantó la tempestad. Los apóstoles se asustaron, pero ¿qué les dijo él? *Tienen que tener fe*". No esperó la respuesta y desapareció tan rápidamente como había venido.

El padre Grandinetti no dudó: alguien que sabía de su dolor y desesperanza había querido confortarlo. Sabía que los mensajes de Dios tienen, muchas veces, extraños mensajes. Y vienen escritos con signos rarísimos, que sólo el hombre de fe sabe interpretar. Se sintió algo más confortado y volvió a la casa.

Pasaban los días y la carta de su padre provincial no llegaba. Inquieto como siempre –a pesar de que estaba en la plena madurez de sus cuarenta y un años– no podía estar sin hacer nada, sin ser útil a algo, a alguien. Eran los años de la presidencia de Kennedy –el gran mandatario católico del siglo XX en la primera potencia mundial– y él, en tierra norteamericana, sintió que también podía hacer algo por su país. Kennedy acaba de lanzar su célebre Alianza para el Progreso y el padre Grandinetti –en la soledad de su cuarto neoyorquino– comenzó a borrar un documento que acabaría llamándose, luego que su amigo O'Reilly, gerente de Relaciones Públicas de la RCA, lo tradujera a un perfecto inglés, "*A New Alliance for Progress against Communism in Argentina*". La idea era sencilla pero revolucionaria: que los poderosos sindicatos norteamericanos ayuden financieramente a los nuestros. Que la ayuda venga de trabajadores a trabajadores y no sólo a través del gobierno o las empresas. Cuan-

do O'Reilly lo leyó en sus oficinas de la RCA, no dudó: *"This is nice"* y allí comenzaría una nueva batalla, que le ayudaría a sobrellevar con utilidad aquellos tristes días neoyorquinos.

Sin embargo, sus pensamientos estaban puestos en la prometedora carta del padre Gaviña que, en su ansiedad, demoraba siglos. La explicación sin embargo llegó antes. El encargado de dársela fue otro de sus interlocutores neoyorquinos con quien negociaba las mejores condiciones de equipamiento para lo que en Buenos Aires ya se llamaba "el canal de los curas". Una mañana, en las oficinas de la General Electric le dijo, con dolor, *"Padre Grandinetti, usted ha sido dejado de lado en todo lo que tiene que ver con Canal 11"*. Así, por boca de un extraño y a miles de kilómetros de su querida Buenos Aires, nuestro jesuita se viene a enterar de lo que no podía terminar de entender ni justificar. Mientras el flamante canal preparaba su salida al aire, él, el gran promotor de DICON, era fría y calculadamente dejado de lado. Su gran sueño evangelizador a través de ese formidable púlpito que podía ser un canal de televisión correctamente utilizado —donde cultura, reflexión y entretenimiento fuesen de la mano—, se escurría de entre sus dedos como granos de fina arena. Idealista irreductible, era abofeteado por la cruda y material realidad.

Finalmente llegó la carta del padre Gaviña. No agregaba demasiado. En lo esencial se limitaba a decirle que "lo mejor es dejar las cosas así" y algunas otras generalidades por

el estilo. Algunas frases, puestas en boca de ciertos interlocutores, dolían más: “autoritarismo” o falta de sentido comercial, eran lugares comunes que se utilizaban para dejarlo de lado. Su firmeza apostólica y su sentido de misión y de servicio (que de ninguna manera estaban reñidos con una limpia y correcta estrategia comercial), eran pretextos antes que sólidas verdades. Años después, ya pasado el mal trago, Grandinetti recordaría con un dejo de sana ironía: “El premio que recibí por haber conseguido la primera licencia oficial para la puesta de una canal privado de televisión en la Argentina –gestión de la cual luego se beneficiaron todos los otros aspirantes–, fue un exilio de seis meses en los Estados Unidos”. Cosas de la vida y del destino.

### **Una nueva alianza para el progreso**

Otro se hubiese quedado deprimido o de brazos cruzados, mirando por la ventana el invierno neoyorquino. O bien paseando y recorriendo el gigante americano; o esperando una nueva carta del Provincial indicándole un nuevo destino. El padre Grandinetti no encajaba en ese talante. Como decíamos, en el forzoso “intermezzo” norteamericano, forjó una idea distinta para la tan mentada Alianza para el Progreso de la era Kennedy. Sabía que los sindicatos de los Estados Unidos eran económicamente muy poderosos y se preguntó: ¿por qué no canalizar a través de ellos la ayuda con sus compañeros argentinos? Si el dinero que podría enviar el gobierno norteamericano estaría teñido de “imperialismo yanqui” (en el combativo lenguaje de la época); si los apor-

tes de las grandes empresas podrían estar acusados de “capitalismo” (y en los especiales ’60 esa no era precisamente una buena palabra), ¿por qué no ir directamente a la cooperación entre los propios interesados? ¿No podría ser esto una nueva cruzada; una nueva alianza? Con esa idea renovadora, fue Grandinetti al encuentro del padre Koheim, entonces director de la revista *América* que editaban los jesuitas en los Estados Unidos. Le había adelantado el tema telefónicamente y la respuesta fue tan breve como clara: “Venga, me interesa el tema”. Hacia allí partió de inmediato con su proyecto bajo el brazo. Nuevamente el cine, la televisión, lo visual-comunicacional, le daban un marco a la caminata: los jesuitas redactores de la revista *América*, vivían en el mismo barrio neoyorquino en que transcurrirían tantas escenas del film *West Side Story*. Esa historia de amor que conmovió a varias generaciones. Para su mayor sorpresa, el buen padre Koheim no lo recibió solo. Evidentemente la idea lo había entusiasmado y mucho. Lo acompañaba el secretario general de AFL-CIO, la central de los trabajadores norteamericanos. La charla con Grandinetti los entusiasmó más aún y al día siguiente, en Washington, presentó su propuesta. Romualdi —aquel secretario de AFL-CIO— fue también claro de entrada: “Nos encanta su proyecto padre, pero tenga en cuenta que aquí hay una ley que prohíbe a los sindicatos invertir en el extranjero”. La respuesta de Grandinetti fue típica de quien estaba acostumbrado a no amilanarse ante las grandes dificultades: “Pero amigo, usted sabe muy bien, que una ley bien puede ser cambiada por otra ley...”. No tuvo más remedio que aceptarlo y prometió pensar el plan.

La espera esta vez no fue muy larga y el proyecto fue presentado en el mismísimo Congreso de los Estados Unidos. Esta vez la mano de Dios ayudó otra vez a su causa ¡y fue aprobado! De allí en más se autorizó –cumpliendo ciertos requisitos y garantías– a que los sindicatos norteamericanos pudiesen prestar dinero, o subsidiar proyectos con colegas de otros países. En la tierra de los “lobbies”, de los estudios y consultoras escrupulosas (y legalmente) organizadas, para influir sobre el sólido parlamento de la primera potencia mundial, el espíritu y la fe de un humilde jesuita argentino había podido más. Los préstamos sindicales salieron y de toda América Latina llovían solicitudes de informes para obtenerlos. Como era lógico, el primer beneficiado fueron los sindicatos del vecino México. Pero enseguida le tocó el turno a la Argentina: aquí el primer beneficiario fue el Sindicato de Luz y Fuerza –que a la sazón conducía Juan José Taccone–, quien dispuso de siete millones de dólares para investigación, desarrollo y obras en el campo laboral. Más adelante los sindicalistas norteamericanos harían una convención –que contaría con la presencia del propio presidente John F. Kennedy– y el padre Héctor Grandinetti recibiría una medalla en reconocimiento por su intervención en el proyecto. Evidentemente, nadie es profeta en su tierra; aunque también es cierto que los caminos del Señor están llenos de infinitas posibilidades, sobre todo para aquellos que están dispuestos a ayudarlo.

Cuando meses más tarde Grandinetti regresara a la Argentina, los trabajadores sindicalizados lo recibieron tam-

bién con todos los honores. En un momento de estériles enfrentamientos y sin pedirse más que vanas promesas formuladas en el país. El padre Grandinetti había echado las bases y dado los primeros pasos de una organización internacional, para favorecer planes de las organizaciones de los trabajadores. Pero consideró entonces, acertadamente, que su función no era la de manejar créditos continentales y, al alejarse de esa incipiente obra, la deja funcionando al servicio de los propios trabajadores, que tan bien lo habían recibido.

No fue así de bueno el recibimiento que le hicieron al llegar al país, en mayo de 1961, algunos de sus hermanos jesuitas y gran parte del directorio de DICON, ahora propietaria del Canal 11. De este último grupo –surgido entre sus amigos y discípulos que frecuentaban su misa de 9 en El Salvador– sólo estaban esperándolo en el aeropuerto Arturo Norman Pentreath, Ernesto Peña y Manuel Adúriz. Los demás seguramente estaban ocupados en preparar la fiesta de la transmisión inaugural que se haría el 21 de julio en el Alvear Palace Hotel. Nadie por supuesto lo invitó formalmente y, a último momento, sus amigos de la familia Peña insistieron en que fuese. Por dignidad y decoro, rechazó ese convite de buena voluntad. Sin embargo, aquel 21 de julio de 1961, se acercó –como un curioso más– al lujoso hall de entrada del Alvear y, a pesar de su recato, fue reconocido por un alto ejecutivo de la cadena norteamericana ABC (proveedora de equipos y material de programación) quien lo saludó y, aparentemente desconocedor de la situación de fondo, le preguntó si estaba contento. Una mueca triste se

dibujó en el rostro de Grandinetti y, despidiéndose, giró sobre sus talones y se fue a su casa a seguir la ceremonia por televisión. Mientras bajaba los escalones escuchó la voz de un novicio que decía “Ahí adentro, debería estar el padre Grandinetti”.

Tampoco tuvo mayor fortuna como televidente de aquella fiesta inaugural. Nada que ver con lo que él había planificado y casi logrado en su estancia en los Estados Unidos. Mientras bregaba trabajosamente para conseguir equipos de primera con precios y créditos accesibles, tampoco había descuidado el detalle de esa primera emisión. Puso todo sus recursos, sus relaciones humanas y su ingenio para lograrla. Habló con Bing Crosby (ex alumno jesuita y amigo personal), con Grace Kelly (la futura princesa de Mónaco) y con un número más de los grandes del espectáculo. Muchos les prometieron ir personalmente y otros se disponían a grabar algo para esa primera emisión tan especial. La gente católica, especialmente, del mundo del espectáculo de Hollywood lo quería y respetaba, y entre todos había cosechado amigos. La Argentina era querida y esa confianza en nuestro país se manifestaba concreta y financieramente en la aparición del nuevo canal de televisión. Grandinetti había conseguido un contrato tan generoso de la General Electric para la provisión de equipos (¡se empezarían a pagar recién después de cinco años de haberlos estado utilizando!), que su amigo O'Reilly, gerente de Relaciones Públicas de la competencia (RCA), le pidió respetuosamente una fotocopia del contrato para mostrarle a sus superiores la habilidad del negociador

argentino y la brillante oportunidad que habían perdido. Y eran equipos de la mejor tecnología disponible.

El clima era tan entusiasta por la salida al aire del “canal de los curas” –como cariñosamente se lo llamara por la presencia de Grandinetti y los jesuitas en la comisión organizadora– que la revista especializada *Canal TV* (nº 135, del 9 de febrero de 1961) dedica toda una extensa nota con motivo de la salida de prueba al aire de la señal. Ilustrada con una foto del padre Grandinetti y de los equipos que éste había adquirido en los EE.UU. –donde a la sazón todavía se encontraba retocando los últimos detalles–, en la misma puede leerse:

“En un esfuerzo que tal vez no tenga precedentes en la historia de nuestra televisión (y hasta nos atreveríamos a afirmar que en el mundo), once hombres reunidos en estrecho block –seis técnicos y cinco administrativos–, han realizado en menos de un mes, en un *tour de force* impuesto por el plazo en que finalizaba la licencia otorgada a los permisionarios de estaciones de televisión, el milagro de poner en marcha una de las plantas transmisoras de video más poderosas de nuestro medio.

Nos hicimos presentes el miércoles 1º, a las 8,30 hs., en la terraza del Edificio Alas, sobre el piso 38 (...) Nuestra sorpresa iba a ser mayúscula viendo el optimismo y la seguridad que denotaban los personeros de DICON, que desembalaban ya parte de la antena. El señor Fernández, fun-

cionario administrativo de la flamante emisora (...) nos presentó al ingeniero Craig, llegado de los Estados Unidos unos días antes, coincidentemente con los primeros envíos del equipo. Junto a él, un técnico argentino, José Luis Esnaola, de General Electric (...). Es un equipo de diez kilovatios, cuya potencia irradiada alcanzará los 130 kilómetros con perfecta visibilidad (...) La antena es una Alford...”

Y a pesar de estar ausente en los Estados Unidos, la figura del padre Héctor Grandinetti gravita intensamente sobre ese entusiasta grupo. Aquella misma nota periodística decía:

“Advertimos el predicamento y respeto que impone el ingeniero Luis María Perfilio, verdadera *alma mater* de este esfuerzo. ‘Saldrán al aire –nos dijo–, sin orden orgánico durante los primeros días... Dibujos, noticieros informativos... alguna charla precursora de la línea cultural y didáctica, sin rigidez, por entenderse que se trata de un vehículo de solaz, en primer lugar... Luego, la semana próxima, ya podrá esbozarse un programa... *pero será necesario conversar con el padre Grandinetti, actualmente en los Estados Unidos, que llegará con muchas e importantes novedades de todo orden. El también ha estado trabajando a nuestro ritmo*’... Todo ello permite esperar que DICON señale nuevos y amplios rumbos en la televisión de esta parte de América”.

Esos rumbos, indicados fundamentalmente por el padre Grandinetti, iban a estar inspirados en el evangelio. Realidad

que nunca fue ocultada, lo cual le valió al nuevo canal otro mote del cual se sentía orgulloso: “*el canal de la familia*”. La misma revista que citamos más arriba, señalaba al respecto:

“...de acuerdo con lo preanunciado, puede adelantarse la faz estrictamente familiar que presentarán los mensajes del canal que se va a inaugurar (...) una nueva tónica de espectáculos destinados al hogar será, sin duda, el conformar dentro de ese cuadro la casi totalidad de lo que se exponga en pantalla”.

Algo también pionero en su momento. Y hasta profético, si se observa el actual panorama de la televisión argentina, donde la familia es prácticamente una convidada de piedra y, cuando eventualmente se la convoca, no es precisamente para realizarla en sus valores morales y de ejemplo social. En aquellos momentos —en que todo estaba por hacerse— el uso del más moderno medio de comunicación social al servicio de la familia y con un rol auténticamente evangelizador, seguramente hubiera dado una tónica diferente al desarrollo de la televisión argentina, o al menos marcado una alternativa que aún hoy seguiría teniendo vigencia. Sin embargo, aquel camino inicial se fue desnaturalizando poco a poco. El canal 11 que fue concebido como algo distinto se convirtió, a poco de andar, en un canal más de la televisión nacional. No era lo que Grandinetti había soñado, tampoco lo que tanto había entusiasmado al padre General de la Compañía de Jesús, que lo alentó en la misión a emprender. Pero de esto hablaremos a continuación.

Volvamos ahora al presente. Grandinetti trabajando afanosamente en los Estados Unidos y su equipo de colaboradores acá. Se lo hacía contra reloj, ya que había que llegar a poner la señal en el aire antes de que venciera el plazo de otorgamiento de la licencia. Quitándole horas al sueño y munidos de ese fuerte compromiso evangélico, se logró el objetivo. Grande fue la alegría de Grandinetti, cuando recibió el primer telegrama de su provincial: “Lo felicito. Estamos a salvo. Ha salido al aire la señal de DICON. Gaviña”.

Poco habrá de durarle esa alegría. Vendría luego –por esa misma vía– el exilio forzoso de seis meses. Grandinetti era dejado de lado de esa DICON triunfante; al carro de la victoria comenzarían a subirse otros.

¿Pero por qué el padre Héctor Grandinetti se había metido en todo ese mundo de la televisión, que tantas amarguras le traería a posteriori? Para saber esto nos hace falta retroceder unos pocos años antes, a Roma.

## CAPÍTULO II

### “Padre dedíquese plena y exclusivamente a la televisión”

x En realidad, para comprender el sentido profundo de por qué el padre Héctor Grandinetti dedicó gran parte de su vida a estudiar, investigar y realizar en el área de la televisión, tendríamos que retroceder al año 1956. Esta vez el escenario cambia. No estamos en la fría Nueva York, sino en Roma. Y nuestro personaje es todavía un joven (38 años) que dirigía en Buenos Aires la revista *Estudios* y que, convocado a un encuentro de pares en París, decide hacerse una escapada a Roma. Objetivo: visitar al Padre General Juan Bautista Jannsens y explicarle su interés por la TV y el periodismo. Toda una pretension y no precisamente fácil de realizar.

Estaban, como decíamos, reunidos en París –con motivo del centenario de la *Etudes* francesa– todos los directores de publicaciones equivalentes. Grandinetti representaba a la Argentina y buscaba llegar a Roma. Tal cual es de estilo solicitó con tiempo el correspondiente permiso al padre asistente, Tomás Travi. Este se demoraba a pesar de las insisten-

cias y Grandinetti sentía, en lo más profundo, que debía tener ese encuentro con el Padre General.

El año anterior había estado en los Estados Unidos, conocido ese gran país, participado en la reunión del Consejo de Redacción de la revista *América*, visitado –de la mano y presentación de Bing Crosby– los grandes estudios cinematográficos (Metro, Warner, Fox, etc.) y los de las tres grandes cadenas de televisión (ABC, NBC y CBS). Incluso la NBC lo invita a hacer un curso especial de tres meses, sobre televisión, en sus flamantes estudios centrales. Sus ojos y su corazón no daban abasto para ver lo tremendamente importante que se desplegaba ante sus ojos. Más allá de la magnífica tecnología, su mirada de sacerdote estaba depositada en la enorme repercusión cultural que todo eso podía tener (y ya estaba teniendo) sobre la sociedad. A través de la televisión, sobre todo, la tarea evangelizadora podía alcanzar una magnitud insospechada y actualizada al signo de los tiempos. Era sin dudas el vehículo del futuro. De todo esto quería hablar con su Padre General Jannsens. Pero la autorización del padre asistente Travi demoraba. Estaba “anclado en París”. Mas no por mucho tiempo.

### **Un poco de historia de la televisión**

Cuando Grandinetti realiza su primer viaje a los Estados Unidos (1955), la televisión comercial aún no había cumplido su primera década. Sin embargo, ya había desplazado al cine –y por cierto a la radio– en la preferencia del público.

Lo había podido ver con sus propios ojos: antes de la aparición del televisor, iban al cine unos noventa millones de personas al año. Pocos años después apenas la cuarta parte. Y la radio también acusaba el impacto: las tres grandes emisoras radiales norteamericanas, instalaron sus respectivos canales de televisión: National Broadcasting Co. (NBC); Columbia Broadcasting System (CBS) y American Broadcasting Co. (ABC). Cubrían ya todo el país, de costa a costa, con grandes artistas, variedad de programas y distintos horarios.

Grandinetti pudo también advertir, en ese periplo norteamericano, la importancia de ganar la delantera en la materia, América Latina era un terreno casi virgen en cuestión de televisión y la Argentina (cuyas emisiones habían comenzado en 1951) apuntaba para un desarrollo mayor. No estaba, por cierto, sola. En septiembre de 1950 Brasil ya había inaugurado la estación PRF3-TV de Emissoras Associadas de San Pablo y ese mismo año aparecía la primera estación de TV cubana, la CMUR-TV, canal 4, de la Unión de Radio y Televisión S.A. Al año siguiente (1951) ya se funda, en la misma Cuba, la estación CMQTV de los hermanos Mestre — uno de los cuales, Goar, sería luego protagonista de la TV privada argentina—. En México comenzaba a transmitir la teledifusora XHTV con sede en el Distrito Federal. En 1952 la televisión llega a Venezuela y a la República Dominicana y en 1954 comienzan las transmisiones en Puerto Rico y en Colombia. En el resto de América Latina la televisión llega hacia finales de esa década y en los comienzos de los años

'60: Uruguay, Guatemala y el Salvador en 1956; Chile y Perú en 1958; Ecuador en 1959; Costa Rica y Panamá en 1960; Paraguay en 1965 y Bolivia –último país sudamericano en acceder a la nueva tecnología– recién tendrá televisión en 1969. De allí en más la explosión televisiva latinoamericana será notoria: se calcula que en 1958 existían menos de dos millones de aparatos de TV en toda América del Sur y Central; diez años más tarde esa región contaba con más de doce millones de aparatos de TV.

¡Y todo esto a sólo una década de haberse lanzado la televisión comercial en los Estados Unidos! En efecto, los estudiosos del tema fijan en la mañana del 1º de julio de 1941 el día en que la televisión norteamericana lanzó al aire su primer aviso comercial. De allí en más cambió la historia de esta nueva tecnología para la comunicación social y se abrió un ancho campo para el esfuerzo y la iniciativa privada. Grandinetti advirtió esto pioneramente –en la misma década del '50– y supo que, dado lo costoso y complicado de esta nueva tecnología para los países subdesarrollados, era necesario aprender de aquella vanguardia y desarrollar los contactos humanos y financieros necesarios para desarrollar la televisión argentina. Todo esto sobre el transfondo de una nueva forma de evangelización posible, que deseaba poder relatar a su Padre General Jannsens en 1956.

Tampoco le había sido fácil al propio Estados Unidos ganar la delantera tecnológica y comercial en materia de televisión. La historia de esta industria había empezado vein-

te años antes, aunque en su etapa experimental deberíamos retroceder al siglo pasado. En efecto, lo comercial abierto a la gran escala e impacto social, se inicia en 1923 cuando un ruso nacionalizado norteamericano, Vladimir K. Zworykin (entonces empleado de los laboratorios de investigación de la Westinghouse), patenta un telerreceptor de haz eléctrico al que denominó *iconoscopio*, perfeccionándolo en 1946 con la denominación de *orticon*, tal como se lo conoce ahora. Cuatro años más tarde, en 1927, Farnsworth solicita patente para un sistema de TV electrónico y los experimentos realizados en los laboratorios de investigaciones científicas de la General Electric (con un disco rígido, perforado, giratorio, para explorar la imagen) tienen éxito. Al año siguiente (1928) la misma General Electric realiza la primera transmisión telegráfica de un gran acontecimiento: el discurso de Al Smith aceptando su candidatura presidencial. Poco tiempo después la estación WGY de la misma compañía, en Schenectady, inaugura el primer servicio regular de TV con tres programas semanales.

Sin embargo, la competencia europea comienza a hacerse sentir. En 1932 la BBC de Londres inicia transmisiones experimentales de televisión. En octubre de 1931 ocurre lo propio en la URSS, donde cuatro años más tarde se construyen sendas estaciones en Moscú y Leningrado. Los alemanes también participan en esta dura competencia por ser los primeros. El 22 de marzo de 1935 en Berlín se inaugura lo que –propagandísticamente– se llamó “la primera televisión del mundo”, que tres noches por semana retransmitía un pro-

grama de noventa minutos de duración. En el verano del '36 ya disponían de las primeras cámaras electrónicas y en el '38 el estado estimulaba a la industria para la fabricación de un receptor práctico y al alcance de todos los bolsillos. La guerra pudo más y en 1943 la emisora berlinesa fue pasto de las bombas aliadas. Los franceses tampoco se quedaron atrás. En 1936 instalaron en la torre Eiffel de París lo que entonces sería la teledifusora más potente del mundo con 30 kilovatios de salida. Se transmiten las olimpiadas de Berlín, con gran euforia nazi. A su vez, los ingleses en 1937, transmiten por la cadena televisiva BBC la coronación de su rey Jorge VI, tomando como base el iconoscopio de Zworykin.

A pesar de esa dura carrera, los norteamericanos ganan el gran mercado. En 1939 la RCA ofrece en venta al público los primeros aparatos modernos de televisión y le adita un extraordinario incentivo popular: la transmisión de partidos de baseball por el sistema RCA-NBC. Según los estudiosos del tema, el primer receptor moderno fue vendido en los EE.UU. por Allen N. Dumont ese mismo año de 1939. La demanda crece y, al siguiente, la Comisión Federal de Comunicaciones otorga permiso para realizar transmisiones de carácter comercial. La televisión privada acababa de nacer y con ella un enorme campo cultural y comercial. A su vez, Estados Unidos, se consolidaba como modelo en la materia.

¿Qué nos deja esta pequeña historia? Toda una serie de conclusiones básicas: 1º) evidentemente sería el medio de comunicación del futuro; la radio, el cine y los diarios per-

derían inevitablemente su supremacía; 2º) sin embargo, la asociación inteligente de estos medios –que las radios norteamericanas supieron hacer antes que su industria cinematográfica– los potenciaría a todos; 3º) que lo sofisticado y costoso de la nueva tecnología requeriría grandes capitales y sólidos apoyos empresariales; finalmente, que la competencia por la punta sería feróz y las asociaciones para llevarla a cabo, lo usual.

Conocedor de aquellos centros internacionales y gran intuitivo, el padre Héctor Grandinetti soñaba con algo similar para nuestro país y su querida Iglesia: el gran mensaje de Cristo, la consolidación de la familia y de la sociedad, de la mano de ese gran medio de comunicación naciente. Una televisión que combinara cultura y entretenimiento, que reencontrara al hombre con sus encarnaduras terrestres y celestes. Era el momento y la gran oportunidad. Había estudiado periodismo, dirigía la revista *Estudios*, pero advertía que en aquella tecnología naciente estaba el futuro.

No esperó más en París la autorización del padre asistente Travi. Decidió apresurar esa autorización para viajar a Roma y puso un nuevo cable: “*La semana que viene viajo a Roma. Grandinetti*”. Esta vez la respuesta fue rápida: “*Está autorizado a viajar. Travi*”. La mano de Dios había vuelto a ayudar. Todo estaba en orden y llegaba la hora de entrevistarse con el Padre General.

En vuelo a la capital de la cristiandad, el corazón le latía más fuerte; aunque su juventud no pudiese anular aquel leve

temblor de piernas que le provocaba la majestad del encuentro con el General de su querida Compañía de Jesús.

### **Un mandato inexcusable**

La Curia Generalísima de la Compañía, está a una cuadra de San Pedro. Como todos los edificios del Vaticano, es a la vez imponente, artístico y sencillo. O por lo menos así lo sentía este joven jesuita argentino de 38 años. Era además la primera vez que estaba en Europa y, por cierto, también la primera vez que se entrevistaba con una jerarquía de ese rango.

De entrada el asistente del Padre General le advirtió que disponía de diez minutos y que por favor no fuese a extenderse en el tiempo, dadas las numerosas ocupaciones del padre Jannsens. Obediente, entró dispuesto a cumplir con esa indicación. Mas ¿cómo explicarle en diez minutos todo lo que había visto en los Estados Unidos; la importancia de la televisión como medio de comunicación social; el papel evangelizador que ésta podría cumplir, en buenas manos? Entró al despacho –importante, pero austero y de trabajo– rogando a Dios que todo saliese bien. Advirtió un reloj al que miraría para respetar el tiempo pactado.

Comenzó a hablarle en un italiano confuso –tan propio de los argentinos hijos de inmigrantes, que alguna vez escucharon ese idioma en el medio familiar– y allí, la primera interrupción del Padre General, sirvió para romper el hielo: *“Por favor, hábleme en castellano que nos vamos a enten-*

*der mejor*”, le propuso filialmente el padre Jannssens. Respiró aliviado y lo más rápida y convincentemente posible se explayó sobre el futuro de la televisión y sobre el papel que esta nueva tecnología podía llegar a cumplir en manos de auténticos católicos; trató de explicarle que ello nada tenía que ver con los tipos de comunicación conocidos hasta el momento y que estos, en poco tiempo, serían sobrepasados por el fascinante aparatito que se instala en el living de nuestra casa y convoca a toda la familia en su torno. El padre Jannssens lo escuchaba con toda atención y sin interrumpirlo. Mientras ensayaba su última frase – *“muchos medios en otras manos, no sólo pisotean nuestros mandamientos, sino que disponen de un poder de llegada muy superior al del simple púlpito”* –, miró el bendito reloj: los diez minutos se habían cumplido y obedientemente se lo avisó al Padre General.

Grande fue su sorpresa cuando éste, incorporándose levemente, le dijo: *“Siga... siga que esto me interesa de sobremanera”*. Y así fue, Grandinetti pudo explayarse a su gusto otro largo rato al cabo del cual, creyó haberlo dicho todo. Fue entonces cuando el Padre General Juan Bautista Jannssens, le dijo aquello que le sonó tanto a un consejo como a un mandato: *“Padre, dedíquese plena y exclusivamente a la televisión porque padre Grandinetti hay uno solo”*.

Mientras recorría de vuelta los largos pasillos y descendía las escaleras, esta frase resonaba una y otra vez en su interior. Ya en la calle, aún cuando el fresco aire de San Pedro le daba en la cara, se sentía turbado. Quizás ésta no era verdadera-

mente la palabra: lo que sentía era, en realidad, una mezcla de enorme alegría, unida al sentimiento de una enorme responsabilidad. Había recibido –¡y nada menos que por boca del superior máximo de la Compañía de Jesús!– una misión, una nueva cruzada que le daría pleno sentido a su vida como sacerdote. No lo dudó ni por un instante: se consagraría plena y exclusivamente a la televisión y pondría sus mejores esfuerzos en crear un canal privado de televisión en la Argentina, inspirado claramente en la doctrina cristiana de la vida. Por lo demás ya había dado algunos primeros pasos y contaba con excelentes apoyos en la “mecca” mundial del nuevo medio: los Estados Unidos.

Sabía que sería duro, mas nunca imaginó que tanto y tan mal pagado. Acaso su juventud e ímpetu, le hicieron minimizar el peso de la cruz y las espinas de la corona. Acaso tampoco contaba con que entre muchos de sus hermanos o superiores locales, la comprensión de lo nuevo e innovador tendría sus meandros y dificultades. Ahora estaba contento y dispuesto a llegar a Buenos Aires para arreglar sus cosas y poner manos a la obra.

### **Director de la revista “Estudios”**

Desde 1953 dirigía el padre Grandinetti, en Buenos Aires, la prestigiosa revista *Estudios* y se desempeñaba como profesor de Literatura Española en el Colegio de El Salvador. Esta etapa de la revista *Estudios* –a cuyo frente permaneció hasta el año 1962– merece también ser recordada como

otro exitoso desafío superado y, en cierto modo, preparatorio para lo que habría de venir. La revista había sido fundada en 1911 por un prestigioso grupo de intelectuales católicos nucleados en la Academia Literaria del Plata y orientada y editada por la Compañía de Jesús. A su vez, existían similares en muchos otros países donde estaban radicados los padres jesuitas. Como dijimos, la *Etudes*, su homóloga francesa, ya había cumplido un siglo de existencia y se la consideraba una verdadera tribuna del pensamiento católico en un mundo confundido y en crisis.

En la Argentina el primer director y fundador –tanto de la revista como de la Academia Literaria del Plata– había sido el padre Gambón S.J. En 1953, cuando el padre Grandinetti se hace cargo de *Estudios*, la revista tenía once mil dólares en deudas atrasadas y apenas ochenta suscriptores, la mayoría de los cuales tampoco estaban al día. Era una pena por el prestigio y antigüedad de la publicación y la labor apostólica que ella cumplía en el difícil medio intelectual. Seguramente la Compañía pensó en el padre Grandinetti para su Dirección con el ánimo de salvarla de la quiebra y asegurar su continuidad. Tenía apenas treinta y cinco años, pero ya había demostrado excelentes dotes organizativas e intelectuales como profesor del Seminario Metropolitano de Villa Devoto (Buenos Aires) y una fidelidad grande a todo lo que se le encomendara. Tres años antes (1950) se había ordenado como sacerdote y, en ese mismo año en que se hace cargo de *Estudios*, realizaría sus últimos votos (agosto de 1953).

La tarde en que el eminente padre Guillermo Furlong le hace entrega de la dirección de la revista, fue también el comienzo de un desaffo. Además de las deudas que lo acosarían, sólo recibió una humilde libreta –del tipo “almacén”– donde estaban registrados los nombres de los ochenta suscriptores (atrasados). Agradeció respetuosamente al padre Furlong –a quien admiraba intelectualmente y mantendría como uno de sus consejeros, a lo largo de su permanencia al frente de *Estudios*– y puso de inmediato manos a la obra. Lo primordial eran –para salvar la publicación– los aspectos administrativos y económicos, ya que el grupo de escritores y colaboradores era de primer nivel.

Largas y complicadas fueron las negociaciones con los acreedores y proveedores; otro tanto costó poner al día las suscripciones e incrementarlas sustancialmente, pero con su tenacidad –y la ayuda de Dios– se logró primero superar la sensación de asfixia económica y luego revertirla: al poco tiempo Grandinetti ya no sólo no tuvo que pedir ni un peso para financiar la revista, sino que ésta se autofinanciaba y dejaba alguna pequeña utilidad que era reinvertida para su mejoramiento. *Estudios* había superado su más grave crisis y volvía a ser la gran revista católica que los padres jesuitas aportaban al mundo de la cultura argentina. Ahora salía mensualmente y con una tirada de tres mil ejemplares. Como secretaria de redacción de *Estudios* colaboraba entusiastamente con el padre Grandinetti, María Mercedes Bergadá, profesora universitaria y reconocida especialista en temas de filosofía medieval.

El Consejo de Redacción estaba integrado –en 1956– por personalidades de la talla de Joaquín Adúriz, José Balista, el mismo padre Guillermo Furlong, Avelino Gómez Ferreyra, Enrique Pita y el también prestigioso y reconocido padre Ismael Quiles. Este verdadero equipo intelectual, amalgamaba perfectamente con el empuje organizativo del padre Grandinetti y se potenciaban mutuamente, produciendo así una empresa económicamente sana y académicamente brillante. Por la oficina del Director pasaban primerísimas figuras de la cultura católica nacional y –transcurridos ya los años– Grandinetti no podrá olvidar visitantes asiduos como Gustavo Martínez Zuviría (Hugo West), a quien le encantaba platicar con el joven Director, en las viejas oficinas de El Salvador y al cual éste inclusive asistiera en su lecho de muerte; el brillante historiador Vicente Sierra, asiduo colaborador con artículos y notas para la revista. Un hombre sencillo, a pesar de su saber y reconocimiento; ligado al peronismo de la época, mas también un católico convencido y militante, en momentos en que las relaciones entre Iglesia y gobierno se habían vuelto más que tensas. La figura hierática de Ismael Quiles, quien ya apuntaba como el gran maestro que el tiempo terminó de madurar. Y por cierto, Guillermo Furlong, de largas horas en bibliotecas y archivos, redactor de varios libros a un mismo tiempo y escribiente hasta las primeras luces del alba. Todos ellos, a su manera, significaron mucho para este pujante jesuita, ahora director de *Estudios*.

En 1956, con motivo del cuarto centenario de la muerte de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Je-

sús, la revista publicó un importante número especial. Allí, en su editorial, el padre Héctor Grandinetti expresaba su amor y admiración por el gran mensaje ignaciano. Mostrando su fresca actualidad, a pesar de los siglos transcurridos, podemos leer en uno de sus párrafos:

“Otro aspecto del legado ignaciano, que es ese mismo espíritu de los *Ejercicios Espirituales*, vivido hasta sus últimas consecuencias, concretado en las Constituciones de la Compañía de Jesús por él fundada, también aparece hoy, tras cuatro siglos de vida, tan eficaz y actual como lo fue en tiempos de Ignacio. Lo prueba el desarrollo extraordinario que ha alcanzado, y la multiplicidad de su acción en todos los campos. Lo cual evidencia en su fundador la visión honda del genio, cuyas concepciones escapan a las limitaciones de épocas y de lugares, y a las urgencias de un momento o de una labor determinada”.

¿Pero quién era familiarmente este joven director de *Estudios*?; ¿cómo se había despertado su vocación sacerdotal?; ¿por qué, finalmente, pudo con él ese llamado ignaciano y entró en la Compañía de Jesús?

### **El despertar a la fe y el camino del sacerdocio**

Héctor Norberto Grandinetti Izzo había nacido un 20 de marzo de 1918, en el muy porteño barrio de La Paternal. Año en que finalizaba el horror de la Primera Guerra Mundial y en que Buenos Alres –a pesar de los fastos de Cente-

nario, celebrado con toda pompa en 1910— todavía era una suerte de “gran aldea”. La Paternal era aún extramuros del centro de la ciudad; zona donde todavía perduran algunas quintas y el lechero pasaba por la puerta de las casas, con un par de vaquitas que se ordeñaban a pedido. La ola inmigratoria había sido tan grande —al calor de una política de puertas abiertas, “para todos los hombres de buena voluntad que quieran habitar el suelo argentino”, tal cual reza nuestro texto constitucional— que el último censo había dado una población donde prácticamente el número de extranjeros (sobre todo españoles e italianos) igualaba al de argentinos. Aplicada la flamante ley electoral Sáenz Peña (que estableció por primera vez en el país el voto universal, secreto y obligatorio), gobernaba el país el carismático líder radical Hipólito Yrigoyen (1916–1922). El país se había mantenido neutral durante la Primera Guerra Mundial y ello le había permitido un cierto desarrollo y prestigio internacional que lo tornaba atractivo para el sufriente inmigrante europeo. Los Izzo y los Grandinetti, ambas familias procedentes del sur de Italia, llegaron a estas tierras con las mismas esperanzas de otros muchos. Elvira y León, los padres de Héctor, labraron duramente y tuvieron siete hijos argentinos.

Pero no era un año fácil aquél en que Héctor Norberto vino al mundo. Terminaba la Gran Guerra y la crisis económica empezaba a hacerse notar con todas sus fuerzas. La plata no alcanzaba y mucho menos cuando había muchas bocas para alimentar: el valor promedio del presupuesto familiar en 1918 se calculaba en 205 “pesos nacionales” y el

suelo promedio de un obrero industrial estaba en el orden de los 72 pesos. No era entonces de extrañar que fuera aquél un año con gran cantidad de conflictos sociales y laborales. Las estadísticas de la época contabilizan para 1918 casi doscientas huelgas que, en su conjunto, comprometieron a casi ciento cuarenta mil trabajadores. Toda esa conmoción remataría en la denominada “Semana Trágica” (enero de 1919) donde obreros y policías se enfrentaron con un saldo luctuoso de varios muertos y numerosos heridos. A su vez, llegaban ya a estas tierras las ideas de la Revolución Rusa de 1917 y ellas encendían aún más las pasiones en juego; las dos centrales sindicales de la época –UGT (Unión General de Trabajadores) y FORA (Federación Obrera Regional Argentina)– conducidas por inmigrantes europeos del Este, estaban ganadas por las ideas comunistas y trozkistas. Alejadas totalmente de las sabias enseñanzas cristianas en materia social y de aquel espíritu de cooperación que, años más tarde, el joven jesuita Grandinetti alentara como una “*nueva alianza para el progreso*”. No es de extrañar entonces que a la “Semana Trágica” del ’18, le siguieran graves incidentes sociales en el Sur del país donde el nefasto adjetivo – y la consecuente secuela de muerte– volviera a reaparecer: la “Patagonia Trágica” (1920/21). Esa misma violencia que alcanzaría las aulas universitarias al calor de la “Reforma”, nacida en la universidad cordobesa pero inmediatamente trasladada a La Plata y Buenos Aires.

La dureza y la impiedad de aquellos años quedaron realísticamente retratadas en la obra ensayística de un inminente

intelectual nacional y católico practicante, Manuel Gálvez: *El mal metafísico* (1916) y *La tragedia de un hombre fuerte* (1922), son excelentes pinturas de aquella década. Y el año anterior (1917) se había formado el círculo de los “novecentistas” que –para difundir “las ideas del nuevo siglo”– reunía a figuras como el poeta Baldomero Fernández Moreno, el periodista José Gabriel, el entonces juez Tomás Casares (luego brillante intelectual y filósofo católico) y el historiador Julio Irazusta. A éste le seguiría el grupo literario *Martín Fierro* (1922/28), donde estaba Ricardo Güiraldes (el prestigioso autor de *Don Segundo Sombra*, aparecida en el '26), acompañado por Evar Méndez (editor del quincenario que le diera el nombre al grupo) y donde harían sus primeros pasos literarios grandes nombres posteriores de la literatura argentina como Ernesto Palacio, Leopoldo Marechal, Jorge Luis Borges y Pablo Rojas Paz. Al cual le surgiría como contrapartida el grupo denominado *Boedo* –ya que al anterior se lo conocía también como *Florida*–, éste más inclinado hacia ideas de izquierda (González Tuñón, Alvaro Yunque, Leónidas Barletta, etc). De esta década es también el comienzo de la revista *Estudios* que, como recordáramos, fue fundada por el padre Gambón en 1911 y dirigiría Grandinetti a partir de 1953 (en otro momento también muy peculiar y conflictivo de la vida cultural y política argentina). Acompañada desde 1928 por *Criterio*, otra revista literaria católica, que dirigía Atilio dell’Oro Maini y cuyo grupo inicial contaba con las presencias de Julio Fingerit, Rafael Jijena Sánchez, Ignacio Anzoátegui, Ricardo Molinari, Tomás de Lara y Jacobo Fijman. Más tarde se sumarían –proceden-

tes del grupo “Florida”– Leopoldo Marechal, Francisco Luis Bernárdez y Jorge Luis Borges. A través de ambas publicaciones, *Estudios* y *Criterio*, más académica y doctrinal la primera (regenteada por los jesuitas), más literaria y cultural la segunda, la Iglesia marcaba su presencia en el medio cultural argentino de aquellas primeras décadas del siglo. Las de niñez y adolescencia del padre Grandinetti, cuyos estudios primarios son en Buenos Aires y los secundarios ya en la ciudad de Córdoba.

Son también los años en que el fútbol empieza a tornarse una viva pasión de los argentinos —prácticamente surge un club y un equipo en cada barrio— y en que el dúo formado por Carlos Gardel y José Razzano emocionaba el alma de los porteños. También el de los primeros ensayos de la radio a galena (1920), medio de comunicación que, con el correr del tiempo y hasta la llegada de la televisión, viviría su época de oro.

En medio de todos estos hechos vio la luz en este mundo Héctor Grandinetti. Como dijimos era uno de los siete hijos del matrimonio de clase media formado por Elvira Izzo y León Grandinetti. Su infancia quedaría señalada por un hecho sin duda doloroso: a los once años quedó huérfano de padre, madre y abuela, todo ello prácticamente en el lapso de un solo año. El hermano mayor tenía apenas dieciséis y la menor era una beba de tres años. Quedó su cuidado a cargo de una tía materna quien, al cabo de un tiempo, colocó a Héctor en un asilo de monjas del barrio de Villa Devoto,

para su mejor atención. Evidentemente, aquello no fue del agrado del pequeño. Al poco tiempo de estar intentó escaparse y lo logró. Cierta mañana en que un resfrío lo obligó a guardar cama –y mientras los demás internos asistían a un servicio con las monjas–, Héctor midió la altura del primer piso y, a pesar de eso, decidió saltar. Tuvo fortuna y sin más vueltas regresó a pie ¡desde Devoto hasta el mismo barrio de La Paternal! Reconocido por una vecina –y temeroso del seguro castigo de la tía tutora– se quedó en casa de aquella tres días, mientras la policía buscaba al pequeño por toda la ciudad. Hallado por fin, curiosamente recordará siempre la actitud comprensiva y hasta didáctica de la autoridad policial que lo recogió y devolvió a su hogar. No se limitó a eso, sino que hablaron con la propia tía para evitar el clásico bofetón (o “sopapo”) –muy propio de la época–, aconsejándole por el contrario el abrazo de reconciliación y cariño. Precursora actitud de la autoridad para con los menores que, con el tiempo, se mostraría como la más adecuada en este tipo de casos, en que el amor y el cariño suelen ser la mejor receta de crianza. Terminó entonces la escuela primaria en Buenos Aires.

Los años de secundaria los cursó en la ciudad de Córdoba y a su regreso en Buenos Aires, hace un año más de ciencias. Fue entonces cuando comenzaba a despertarse su vocación sacerdotal y el llamado del Señor. Vivía ahora en el muy porteño barrio de Montserrat al cual llegaba, de vacaciones, el joven seminarista Nandín, cursante en Villa Devoto. Fueron algunas charlas con él y su propia voz interior

las que lo llevaron a solicitar, en 1934, su ingreso al Seminario Metropolitano. Era el año del Congreso Eucarístico en la ciudad de Buenos Aires y, en representación del Santo Padre, se haría presente en el país el cardenal Eugenio Pacelli, más tarde Pío XII. La ciudad rebosaba de auténtica fe católica, haciendo un alto en los enfrentamientos y menesteres cotidianos. El éxito de concurrencia popular fue tan grande y la emoción tan intensa, que el general Agustín P. Justo –presidente de la Nación desde dos años antes–, al hacer el legado pontificio la consagración, pronunció sentidas palabras de fe, espada en alto. Se calcula que la noche del 10 de octubre de 1934, se impartieron quinientas mil comuniones en la Plaza de Mayo, en medio de una muchedumbre jamás vista en un acto de esa naturaleza. Años más tarde el brillante historiador Federico Ibarguren –testigo presencial de aquello– lo recordaría en estos términos:

“Tuve oportunidad de presenciar escenas verdaderamente milagrosas. Gente de alpargatas y pañuelo al cuello, vendedores de diarios, guardas de tranvía de uniforme, etc, se precipitaban en busca de un sacerdote y se confesaban con una unción invencible...

¡Espectáculo inolvidable! En medio de cánticos y oraciones la enorme multitud cubría la avenida de Mayo desde el Congreso hasta la Casa de Gobierno.”

El flamante seminarista Grandinetti no olvidaría aquellos actos que rodeaban al inicio de su carrera sacerdotal de

un magnífico marco. Tenía entonces dieciséis años y el Seminario Metropolitano estaba regentado por los padres jesuitas. El orden, la seriedad y rectitud de éstos lo impresionan vivamente y, al año siguiente, solicita su ingreso en la Compañía de Jesús. Jamás olvidará aquella fecha: era el 5 de marzo de 1935, exactamente quince días antes de cumplir los diecisiete años. Sus primeros votos los hará puntualmente dos años más tarde —el 6 de marzo de 1937—, después de haber completado su noviciado en la ciudad de Córdoba. Allí mismo estudia Humanidades (1937–1940) y de regreso a Buenos Aires, hace en el Colegio Máximo de San Miguel un año de Ciencias (1941) y tres de Filosofía (1942–1944).

Llegan entonces los años de magisterio (“maestrillo”) que transcurren en la misma casa donde había llegado adolescente, el Seminario Metropolitano. Tiene ahora veintisiete años y permanecerá allí entre 1945 y 1948. Empezó enseñando latín y griego en primer año y terminó a cargo de retórica en quinto año. Sus alumnos de aquellos años —entre los que estaban futuros obispos como Rodolfo Bufano, Carmelo Giaquinta y Manuel Lorenzo— lo recuerdan por su conducción, afable y ajustada a un mismo tiempo, buscando en todo momento combinar la aridez de los conocimientos con la recreación y entretenimiento que los hicieran más accesibles. Ya por entonces empezaron a aflorar ciertas dotes organizativas y una viva preocupación por el adecuado manejo de la comunicación y las manifestaciones expresivas y artísticas que —con el correr de los años— terminarían modelando su personalidad adulta y dándole todo un sentido a su

vida. El hombre que años más tarde recibiría la indicación de su Padre General de dedicarse íntegra y exclusivamente a la televisión (en tanto medio excelente de comunicación social) iniciaba ese mismo camino con sus alumnos del Seminario Metropolitano. Primero fue la creación de un pequeño museo interno, para lo cual bajo su conducción los seminaristas hicieron una espléndida Acrópolis –en perfecta escala y con estudiada iluminación– que despertó el entusiasmo y la admiración de todos. Luego aquellos mismos jóvenes tuvieron la oportunidad de lucirse en celebradas representaciones de los clásicos griegos (en su lengua original) que unían a su faz educativa un logrado sentido estético. A poco, esas representaciones tuvieron un importante reconocimiento externo ya que –con motivo de la inauguración del nuevo salón de actos del Seminario Menor– la representación que se hizo de *Edipo Rey*, fue aplaudida por un importante auditorio cultural entre quien estaba el mismo embajador de Grecia ante nuestro gobierno. Este, entusiasmado por la labor de Grandinetti, requirió su asesoría cultural para las tareas de su embajada en Buenos Aires.

Finalizados estos felices años junto a los jóvenes seminaristas, el padre Grandinetti regresa al Máximo de San Miguel para hacer sus cuatros años de Teología (1948–1951). En medio de aquellos estudios se produce otro de los hitos imborrables en su vida cristiana: el 23 de diciembre de 1950 –víspera de la Nochebuena– Héctor Norberto Grandinetti Izzo, es ordenado sacerdote por monseñor Alfredo Viola, entonces obispo de Salto. Rodeado de sus familiares y amigos

queridos, vivió la alegría de aquellos momentos y su padrino en la ceremonia fue el cura párroco Artese, el mismo que tres décadas antes lo había bautizado en la iglesia porteña de La Asunción, de Boyacá y Gaona. Tanta alegría externa, estuvo sin embargo rodeada de una profunda y conflictiva meditación interior. Ya mayor, Grandinetti recordaría: “*nunca tuve tanta desolación como ese día*”. Desde los diecisiete años estaba en la Compañía de Jesús, sin embargo, ese día, ante la inminencia de su consagración sacerdotal, las preguntas le surgían nítidas, una tras otra: “*¿seré capaz yo de sobrellevar con toda dignidad lo que esta consagración implica?; ¿es éste efectivamente el lugar en el mundo que el Señor ha reservado para mí?; ¿tendré las fuerzas para servir con todo mi ser a esta noble causa?*”. No sabía, en aquellos años mo-



*Ordenación del R.P. Héctor Grandinetti  
23 de diciembre de 1950*

zos, que esto solía ser común en un día tan especial y que muchos de sus compañeros vivían o vivieron en su interior, esta angustia e incertidumbre frente a la subida del último peldaño. Por eso, lo vivió (y superó) apelando también a todas sus mejores fuerzas. De pronto, en un profundo acto reflexivo, sintió su diálogo con el Señor y en él reavivó el sentido de su llamada: *“aún cuando me encuentre así –atinó a decirle–aún así Señor, yo deseo servirte como sacerdote”*. Por eso, en la ceremonia de consagración, su *“sí”* a la tradicional pregunta del obispo sonó claro y tajante. De allí en más, no dudó que ese era su lugar y su camino y las clásicas felicitaciones posteriores tuvieron el sabor de un bálsamo tanto como de un compromiso sin término.

Al año siguiente terminaría sus estudios de Teología y viaja a Brasil para hacer su tercera probación. En 1953 emite sus últimos votos el 15 de agosto de ese mismo año. Pero lo del Brasil, merece un párrafo aparte. Su espíritu organizador y nada convencional volvería salir a la luz.

### **El Congreso Eucarístico en Río de Janeiro**

Ya había vivido la emoción del Congreso Eucarístico celebrado en Buenos Aires en 1934 –como dijimos tenía dieciséis años y fue ese el día de su entrada al Seminario–, ahora y ya ordenado sacerdote un hecho similar volvería a repetirse en el vecino Brasil. En julio de 1955, la magnífica Río de Janeiro se aprestaba a celebrar un nuevo Congreso Eucarístico Internacional, verdadero reencuentro popular de un

pueblo con la Fe. Sabía entonces de lo motivador y magnífico de tales actos y, por cierto, el flamante sacerdote no quería estar ausente en aquellos actos. Para mejor, Grandinetti era entonces capellán de la embajada brasileña en Buenos Aires y durante su estadía en el vecino país –con motivo de la tercera probación, tres años antes– había dejado en él grandes amigos e imborrables recuerdos. Teóricamente podía ir y todo indicaba que así fuese. Sin embargo, por aquellos años, de la teoría a la práctica corría un largo trecho y no precisamente fácil de transitar.

En efecto, el gobierno peronista de entonces y la Iglesia argentina vivían los momentos de su peor y lamentable enfrentamiento. Ya en noviembre de 1954, Perón entra en una colisión casi irreversible con la Iglesia Católica, después incluso de años de excelentes relaciones y mutua cooperación. Pero ahora las cosas –por razones estrictamente políticas– habían tomado un cariz grave y diferente. El día 10 de ese caluroso mes de noviembre, en un encendido discurso, denuncia problemas supuestamente creados por los que denomina “malos curas” y ataca a la Acción Católica Argentina (a la que años antes había confiado la enseñanza religiosa en las escuelas públicas), como una entidad hostil y ligada a componendas internacionales contra su gobierno. Seis días después, son detenidos varios sacerdotes a los que se acusa de “antiperonistas”. Al mes siguiente, ese triste 1954 se cierra con una serie de medidas gubernamentales (algunas tomadas y otras anunciadas como “*en estudio*”) que no hacen más que agravar el problema y encender el odio en una comunidad, hasta

entonces pacífica y mayoritariamente católica: supresión de la enseñanza religiosa; equiparación de hijos legítimos e ilegítimos; ley de divorcio; separación de la Iglesia y el estado, etc. Al mismo tiempo que se autoriza el funcionamiento de prostíbulos en Buenos Aires y un auge de publicaciones pornográficas hacen su aparición en kioskos y librerías. En mayo de 1955 el Congreso Nacional sanciona la ley que declara la necesidad de reformar la Constitución para separar la Iglesia del Estado y en junio de 1955 –justo el mes anterior al viaje del padre Grandinetti a Río de Janeiro– se produce el pico del enfrentamiento: la procesión de Corpus Christi y la expulsión de los obispos Manuel Tato y Ramón Novoa. Todo ello con cinco días de separación entre un hecho y el otro. En efecto, el 11 de junio de ese año una multitud estimada en varios cientos de miles de personas se vuelca a las calles y participa de la tradicional procesión de Corpus, dándole a ese acto un carácter de abierta oposición al gobierno y en solidaridad con la Iglesia perseguida. Participaba mucha gente que incluso no tenía una militancia católica definida, tanto es así que la procesión del año siguiente –ya con Perón derrocado del gobierno– volvió a sus cauces habituales, con mucho público y fervor, pero sin las multitudes del año anterior. El clima era de gran tensión y muy difícil de controlar. Durante la demostración, el gobierno acusa a un grupo de manifestantes de haber quemado una bandera argentina, izada en uno de los mástiles del Congreso Nacional y el episodio alcanza dimensiones de escándalo nacional y se polariza más aún el enfrentamiento con la Iglesia. Por supuesto, las cosas no habían sido así: en 1963 una Comisión Investigadora termina de esclarecer los

hechos –ya calmadas las pasiones– y en su informe final se prueba que la quema de la bandera había sido obra de personas de la propia Policía Federal, cumpliendo instrucciones del Ministerio del Interior. Sin embargo, en ese momento las responsabilidades se cargaron sobre las espaldas de la “iglesia contrera”. El 15 de junio, el gobierno toma represalias. Son expulsados del país los monseñores Tato y Novoa y en los diarios aparecen grandes titulares diciendo: “*Que les vaya lindo*”. El clima estaba perfectamente creado y no es de extrañar entonces que, a la noche siguiente, ocurriera lo que nadie pudiera haber imaginado que ocurriría en un país como el nuestro: grupos de fanáticos incendian la Curia Metropolitana y las iglesias de San Francisco, San Ignacio, Santo Domingo, San Miguel, La Merced, La Piedad, San Juan y Nuestra Señora del Socorro, ante la pasividad de la policía que sin dudas tenía instrucciones de no actuar.

Evidentemente, no era el mejor momento para que un sacerdote católico obtuviese su visa para viajar al Brasil y mucho menos para participar de un Congreso Eucarístico Internacional. Además, de suyo, ningún sacerdote podía entrar ni salir del país sin la correspondiente autorización del gobierno. Había por cierto razones para amilanarse. El padre Grandinetti no, y después de mucho pensar se le ocurrió una salida. Le telefoneó al embajador del Brasil –en cuya sede en Buenos Aires, como recordáramos, era capellán– y se fue de inmediato a verlo. Después del saludo de cortesía fue franco y directo: “*Sr. Embajador, le voy a pedir que haga algo por mí y por un grupo de católicos argentinos que deseamos viajar a su país para participar del Congreso Eucarístico Internacio-*

nal...". Su poder de convicción fue evidentemente fructífero y —a pesar de lo arriesgado que ello resultaba— obtuvo un casi imposible: desde Brasil le enviaron a la Argentina un avión militar para que lo transportara a la mismísima Rfo de Janeiro. El piloto era nada más ni nada menos que el propio Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea del Brasil, ya que una misión diplomáticamente tan delicada para las relaciones bilaterales, no podía ser confiada a otro. Y allí voló el padre Grandinetti a Rfo, en compañía de veintiún muchachos del Colegio del Salvador. Fueron tratados en todo momento como cuasi héroes por haberse arriesgado fuera de sus "catacumbas". En la procesión final de aquel magnífico Congreso, desfilaron todas las delegaciones de países intervinientes, cada una con su correspondiente bandera. Cuando tocó el turno de la Argentina —con la bandera del Colegio del Salvador al frente— el aplauso fue realmente apoteótico. Años más tarde —y con un gesto de picardía por la hazaña— seguiría resonando en aquellos oídos jóvenes que marchaban junto al padre Grandinetti. El regreso al país —nada fácil por cierto— se hizo por el mismo medio, pero Grandinetti consiguió un favor más de sus amigos brasileños: además de la escala técnica en San Pablo, el avión hizo una más en Montevideo (Uruguay), donde vivían numerosos exiliados argentinos de aquel entonces, y allí los muchachos del Salvador fueron también recibidos con todos los honores.

Se consolidaba un espíritu que luego sería constante en su vida: cuando se trata de una causa justa y noble, no detenerse ante la primera dificultad.

### CAPÍTULO III

## La aventura del Canal 11 de televisión

Desde que el Padre General Jannsens le ordena concentrarse en el tema de la televisión, la idea de poner en el aire un canal católico se transformó casi en una obsesión para el padre Grandinetti. En realidad inconscientemente se venía preparando para eso y hasta contaba ya con una pequeña organización y contactos (nacionales e internacionales) para concretar el sueño. La revista *Estudios* y la cátedra de Literatura Española en el Colegio del Salvador, habían sido ambientes propicios para eso. Sobre todo cuando –contando con la ayuda del Señor– se saben aprovechar todas y cada una de las posibilidades que éste nos pone al alcance de la mano. La revista lo había puesto en relación con el mundo de la cultura y le había permitido viajar al exterior y tomar contacto –en los Estados Unidos– con el mundo del espectáculo y de la comunicación social. La cátedra en el Salvador lo vinculó con un entusiasta grupo local que lo seguía atraído por su prédica y afabilidad.

En aquellos difíciles días de 1953 y '54, el padre Grandinetti celebraba puntualmente la misa dominical de nueve en el Colegio. A la misma concurrían un grupo de ex alumnos mayores a los que —años después recordaría— “les había caído en gracia” y mutua simpatía. Toda gente que en esa época estaba alrededor de los cincuenta años y que guardaban un grato e inolvidable recuerdo de su paso por las aulas de los padres jesuitas. Casi todos eran ahora profesionales, empresarios, funcionarios, hombres de bien a los que aquella temprana educación cristiana había coadyudado para la formación de su carácter. Estaban allí —entre otros— Gagliardi, entonces presidente de Celulosa Argentina; Lightowler, presidente de Casa América; Martín Aberg Cobo, que había sido secretario de la Municipalidad de Buenos Aires y director del Banco Tornquist, todos ellos deseosos de servir a la comunidad a que pertenecían. Junto a ellos, los actuales alumnos del Salvador —que cursaban quinto año con Grandinetti— y muchos de sus padres, aportando la cuota de entusiasmo imprescindible para llevar algo adelante.

Todos —influenciados seguramente por la prédica del profesor de Literatura— estaban contestes de la importancia de la cultura y deseaban vivamente trabajar en el área de los medios de comunicación. La primera ocasión, como tantas otras veces, estaba al alcance de la mano: por entonces el Salón de Actos del Colegio del Salvador, había perdido el esplendor de otrora, no tenía butacas, se usaban sillas rotas o directamente faltantes y poco o nada podía hacerse regularmente en él. La convocatoria de Grandinetti sonó como

un verdadero desafío: arreglarlo y ponerlo en funcionamiento como un cine, al servicio de alumnos, ex alumnos y familias. ¡Había que hacer de todo y se hizo! Un poco como algunos años antes también hubo que hacer, para que la revista *Estudios* superara su crisis económica y siguiera adelante; además ambos proyectos se apoyaban mutuamente. A los pocos meses aquel vetusto Salón de Actos era una sala de primer orden, con nada que envidiar a las salas de la calle Corrientes. Empezó a funcionar regularmente con funciones los sábados y los domingos, al principio con viejos proyectores a lámparas (en vez de carbones), hasta que por fin se consiguieron los arcos voltaicos y, con el correr del tiempo, hasta fue uno de los primeros en incorporar el sistema de Cinemascope! Las familias se quedaban contentas y los alumnos y ex alumnos felices. El Colegio era también su casa segura de los fines de semana ya que –a mitad de precio de una sala comercial– podían disfrutar de una excelente y esmerada programación. Y allí estaban también los amplios patios adyacentes para el encuentro del intervalo, o para dar rienda suelta a las correrías de los más pequeños y las charlas de los jóvenes. De dos a siete de la tarde la comunidad del Salvador –nucleados en torno a la figura del padre Grandinetti y sus colaboradores–, pasaba así un momento de sano esparcimiento, donde cultura y recreación iban de la mano. El cine los convocaba y, de paso, iban haciendo su primera experiencia concreta en una empresa vinculada con el espectáculo y la comunicación, aunque más no fuera en pequeña escala. Allí, seguramente, nacieron los primeros sueños: tener una radio, un diario, producir cine... o poner un

canal de televisión! El nuevo medio de comunicación sacudía al mundo y empezaba a dar sus primeros pasos grandes entre nosotros. Por cierto que no era nada fácil: no sólo era necesario conseguir el permiso del estado, sino los capitales y el asesoramiento y vinculaciones internacionales necesarias. Sin embargo, el joven cura jesuita ya había dado pruebas de “mover montañas”; mucho más si estaban dispuestos a acompañarlo un grupo con vocación y posibilidades reales.

Sin saberlo, contribuirían a escribir una de las páginas históricas de la televisión argentina. Amarga acaso para su principal promotor, pero positiva al fin para el país.

### **Breve historia de la televisión argentina**

Desde el punto de vista comercial y masivo, la televisión argentina acababa de nacer. El 17 de octubre de 1951 –fecha políticamente cara al gobierno de Perón– había iniciado sus transmisiones regulares el mítico canal 7, padre de la TV nacional. Era una sociedad compartida entre el gobierno (que avizoraba sin dudas la importancia del nuevo medio de comunicación social) y el empresario privado Jaime Yankelevich, quienes ya habían realizado esa misma fórmula en una de las radios líderes de la época, LR3 Radio Belgrano. Al igual que en los Estados Unidos, el mundo de la radio se aventuraba –con el respaldo político– en la flamante televisión.

Sin embargo, la televisión argentina era un sueño de décadas. Los historiadores estudiosos del tema fechan el primer intento en el año 1928, cuando el radioaficionado Ignacio M. Gómez Aguirre logra transmitir desde su domicilio, experimentalmente, una serie de imágenes fijas. Por entonces ya eran conocidas en el país las experiencias europeas y norteamericanas y se buscaba utilizar el método mecánico de Paul Nipkow (reemplazado luego por el electrónico).

Al año siguiente (1929), durante una exposición de radio realizada en el Teatro de la Opera (en la entonces todavía “Corrientes angosta”) se conocieron esas “extrañas” experiencias de Gómez Aguirre. Se transmitió desde allí durante quince días una serie de dibujos fijos de Taborda y Rojas – dos populares dibujantes humorísticos de la época, cuyos trabajos se habían popularizado en diarios porteños– y, según parece, los aparatos receptores fueron construídos por el ingeniero Jorge Duclout.

El inquieto Gómez Aguirre siguió con la cosa y buscó difundir sus experiencias entre los científicos y radioaficionados de la época, llegando incluso a fundar dos revistas especializadas: *Radio Revista* y *Ciencia Popular*. Escribió varios libros y fue uno de los fundadores del Radio Club Argentino. Viajó por Estados Unidos y tanta prédica impactó sobre el grupo de los más jóvenes. Dos años más tarde, el 26 de junio de 1931, los ingenieros Antonio Medina y Carlos Lamarque crean el *Centro Argentino de Televisión*, que integran radioaficionados y estudiantes de Ingeniería. Al año

siguiente, desde un local ubicado en la calle Moreno al 900 de la Capital Federal, logran emitir la imagen fija del gato Félix, el personaje de las historietas. Por esos mismos años, Radio Splendid transmite siluetas por sus ondas –asesorada por el ingeniero Gómez Aguirre–, que van desde Olivos hasta Santa Fe y Callao (sede entonces de la emisora).

En 1931 y '32 se dictan los primeros cursos de TV en la Facultad de Ingeniería de la UBA, siendo sus profesores los ingenieros Lamarque, Flasca, Mallea, Vitale, Zuer y el profesor Campoy. Pronto aparece el primer *Manual de Televisión* y se crea la *Revista Telegráfica Electrónica*, de Domingo Arbó, que difundirá todas las novedades tecnológicas que a pasos crecientes se iban produciendo en el país y en el mundo. Mientras tanto, el flamante Centro Argentino de Televisión y Radio Splendid siguen experimentando con televisión y en 1937 se inclinan ya por el tubo de imagen de exploración electrónica. En esa línea Eduardo E. Grinberg funda al año siguiente el Instituto Experimental de Televisión, paralelamente a lo cual en la Exposición de Telecomunicaciones de 1938 –realizada en el Palais de Glace– se presentan los aparatos de TV realizados por Telefunken de Alemania y se construye la primera cámara en la Argentina que permite –en agosto de 1941– efectuar las primeras demostraciones para especialistas. El 17 de diciembre de 1942, se realiza la primera demostración oficial de televisión en el país.

De allí en más los hechos se suceden en catarata. El 18 de

marzo de 1944 se concreta el primer programa efectivo de la televisión argentina: de 21,30 a 22 horas se realiza una transmisión que enlaza el Instituto Experimental de Televisión con el Radio Club Argentino (es decir de la avenida Corrientes al 1800, hasta el noveno piso del Automóvil Club Argentino, en la Capital Federal). El locutor fue el Sr. Alberto Vacarezza (h) y, entre discursos alusivos, actuaron el dúo de guitarras Acosta-Villafañe, la cancionista Evita Fosati, la primera actriz Amanda Varela, finalizando el mismo Alberto Vacarezza(p) con una charla de sentimiento gaucho. Tres meses después, el 26 de junio de 1944, la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones, realiza el primer ciclo abierto de emisiones de televisión abierto al gran público: éste, absorto, veía por primera vez televisión en el subsuelo de la Avenida 9 de Julio, los lunes, miércoles y viernes de 16 a 17 horas. Siete receptores y una cámara formaron aquel equipo inicial y también con Alberto Vacarezza(h) como maestro de ceremonias, actuaron los artistas Azucena Maizani, Chola Luna y Gogo Andreu. La transmisión llegó a 12 kilómetros de distancia.

El 31 de julio de 1950, durante el VIII Congreso Internacional de Cirugía, se realizan transmisiones de ensayo en circuito cerrado (con equipos General Electric traídos del exterior); y empieza simultáneamente a aparecer, también en nuestro país, el interés comercial por el nuevo medio: la agencia Grant Advertising prepara para Standard Electric programas artísticos para emitirse por circuitos cerrados publicitando sus productos. Se emitirán en los salones del Pla-

za Hotel, con guiones de Carlos Gorostiza y el locutor Carlos Ginés. A la nueva moda se prende seguidamente la agencia Walter Thompson, con avisos televisivos para los Laboratorios Squibb. El ambiente estaba creado y el 17 de octubre del año siguiente, como dijimos, sale al aire Canal 7.

En fin, que la televisión argentina cronológicamente fue creciendo al mismo tiempo que el padre Héctor Grandinetti y, cuando ambos fueron maduros, sus caminos se encontraron. Por primera vez en la Argentina la Iglesia Católica y ese nuevo y formidable medio de comunicación social iban a tener que ver. O al menos, así pensaba y para eso actuaba el joven jesuita.

### **La batalla legal por un canal de TV**

Durante los difíciles años de enfrentamiento del gobierno con la Iglesia en nuestro país (1954/55), no fueron pocas las veces que llegaron lamentaciones a oídos del padre Grandinetti. Se señalaba que aquélla no tenía ni una radio, ni un diario, ni un solo medio de comunicación, a través del cual expresarse y ejercer su defensa y prédica cristiana. Apenas los púlpitos y las iglesias, para peor amenazadas cuando no literalmente quemadas. Sus revistas eran pocas y no de circulación masiva y eso no era lo adecuado en una sociedad de masas y compleja como la contemporánea. Era necesario tener un medio de comunicación social.

Esta inquietud rondaba en el grupito de misa de nueve

que, poco a poco, se iba nucleando junto al padre Grandinetti, en su oficina de director de la revista *Estudios*. Al principio eran cuatro o cinco personas, con el tiempo más de veinte. Se había fundado a su alrededor —y café de “sobremisa” de por medio— un grupo contagiado de su entusiasmo. Había dado pruebas que, además de rezar y enseñar, sabía planificar, ejecutar y administrar. El insólito viaje al Congreso Eucarístico de Río de Janeiro (cuando ningún cura podía salir del país sin autorización del gobierno); el reflotamiento de *Estudios* recibida originalmente con un enorme pasivo económico y muy pocas suscripciones y el cine modelo del Colegio del Salvador (que ellos mismos habían contribuido a crear), eran otras tantas pruebas irrefutables de la decidida voluntad y capacidad del padre jesuita. No fue entonces casual que en una de aquellas reuniones posteriores a la misa de nueve, alguien propusiese formalmente crear DICON, Difusora Contemporánea, como vehículo del pensamiento católico en el área de los medios de comunicación social. Grandinetti se sorprendió gratamente y de inmediato comenzó el diálogo y el intercambio de cursos a seguir, al cual aportó su experiencia (el año anterior había estado en los Estados Unidos y recorrido todo el espectro del cine y de la flamante televisión). Algunos se inclinaban tímidamente por comenzar con una radio, otros por el cine o algún periódico... nadie hablaba o se atrevía con un canal de televisión. Al respecto Grandinetti fue, a la par que amable, muy firme: “No —dijo—, lo que tenemos que hacer es televisión. Eso es lo nuevo; el medio de comunicación del futuro. Cuando se desarrolle, todo lo demás quedará superado por su impacto

*y llegada directa a las familias, a los más jóvenes. Además – agregó– por más capital que nosotros los católicos podemos juntar, siempre nos quedaremos detrás de las radios y los diarios que ya están instalados en el país, con todos los recursos y además con años de experiencia. Debemos comenzar por lo nuevo y lo nuevo es la televisión”. Ante la atención de todos, respiró hondo e hizo una propuesta directa: “Debemos empezar de cero y la televisión es un medio especialísimo... Ustedes han propuesto crear DICON, y además son hombres de empresa, profesionales, gente de trabajo y de fe, todo se aúna, podemos integrar la empresa que necesitamos para participar de la televisión privada argentina”. En sentido estricto, prácticamente se trataba de crearla, pues el único medio (canal 7) estaba en manos del estado. Nació DICON y, junto con ella, un camino de diálogo con las flamantes autoridades (Perón había sido depuesto y la Revolución Libertadora gobernaba ahora el país), del cual luego se beneficiarían todos los que deseaban acceder al todavía inexistente mundo de la TV privada en la Argentina. Así de pionero fue aquello.*

No era precisamente fácil obtener la licencia para el funcionamiento de un canal de televisión privada en la Argentina. En 1953, el entonces gobierno peronista había dictado la primera ley nacional y constitucional en la materia (Ley N°14241); sin embargo, conocido es como los medios de comunicación estaban y permanecieron estatizados y politizados en los últimos años del régimen. Radios y diarios –organizados en redes A, B y C– habían pasado en su

mayoría a manos del estado, o de empresarios directamente vinculados a él. La llegada de la Revolución Libertadora cambió radicalmente las reglas del juego. La Junta Consultiva Nacional –presidida por la dirigente socialista Alicia Moreau de Justo– pidió el desmantelamiento de ese sistema totalitario, organizado a través de un Consejo Nacional de Administración de Emisoras Comerciales. Se formaron entonces dos comisiones de liquidación de esos medios en manos del estado y de devolución a sus legítimos dueños, en los casos en que correspondiera. La primera de ellas –centrada en diarios y revistas devolvió los diarios *La Prensa* y *La Razón* (expropiados durante aquel gobierno peronista) y llamó a licitación para el resto de ellos. La segunda comisión liquidadora –que entendía en materia de radio difusoras– hizo una primera convocatoria para su privatización, en la que se establecían cinco nuevas frecuencias para la flamante televisión: tres en la Capital Federal (los canales 9, 11 y 13) y dos en el interior del país (canal 8 de Mar del Plata y canal 7 de Mendoza). A su vez se devolvieron a manos privadas 18 emisoras de radio (3 en la Capital Federal y 15 en el interior), mediante el llamado a concurso público. En diciembre de 1957 el gobierno revolucionario dictó el decreto–ley 15460, en cuyo marco se desarrolló esta nueva política para con los medios de comunicación social. El inspirador de esta ley era el entonces secretario de Comunicaciones Antonio Pagés Larraya y el padre Grandinetti no dudó en iniciar conversaciones con él y luego con el propio Presidente de la República (Gral. Pedro E. Aramburu) y el Vice (Alte. Isaac F. Rojas), en pro de un canal de TV para la fla-

mante DICON que aquel grupo de empresarios católicos habían constituido como sociedad comercial, alentados por su entusiasmo y labor evangelizadora. No buscaba privilegios ni aventuras comerciales, antes bien jugaba todo su prestigio y valor de pastor en aras de una causa que sabía válida y necesaria: la presencia del pensamiento católico y la voz de la Iglesia en la naciente área de la televisión privada argentina que estaba a punto de surgir. De allí que algunos comenzaran a hablar del “canal de los curas”, ¡de tanto ver la sotana de Grandinetti transitando los pasillos o haciendo paciente antesala en los despachos oficiales! Munido de paciencia y de constancia, bregaba por “su” canal: el que con aquel grupo inicial de entusiastas llamaban —en medio de tanta chabacanería y golpes bajos—, el “canal de las familias”.

No era una empresa sencilla por cierto, porque los años seguían siendo turbulentos en la vida política argentina. Además, la sola tarea de fundar un canal de televisión prácticamente desde la nada, absorbe la vida entera de una persona. Grandinetti había puesto la suya en eso, pero además parecía tener fuerzas para dedicarse también a otras actividades, claro que casi siempre relacionadas con los medios de comunicación social. Además de alentar la flamante DICON, continúa con la dirección de la revista *Estudios*; regentea el cine de las familias de la Universidad del Salvador y los Cineforums. Como si eso no fuera ya suficiente actividad, entre 1956 y '57, se da tiempo para otras también pioneras: organiza y realiza el Primer Congreso Nacional de

Cine en el país; funda —en la Universidad del Salvador— el Instituto de Filmología de Buenos Aires (piedra basal de la futura y célebre Escuela de Televisión de esa universidad) y proyecta esas actividades al exterior del país. Es profesor de Crítica Cinematográfica y, en su carácter de tal, la Universidad Católica de Chile lo invita a dictar un curso en su sede de Santiago, allende los Andes. Como delegado argentino participa del Congreso de OCIC (Oficina Católica Internacional de Cine) en La Habana, Cuba, a resulta de lo cual luego es designado miembro titular de esa organización católica internacional. Ello, además de los viajes a Europa y a los Estados Unidos ya mencionados.

Sin embargo, las fuerzas principales estaban puestas aquí, en Buenos Aires, en aras de obtener la licencia para el canal de televisión de la flamante DICON. A pesar de la importancia de sus socios fundadores, todas las esperanzas descansaban en lo que pudiera hacer el padre Grandinetti. Este, por un lado movía a empresarios y profesionales para reforzar esa sociedad comercial, al mismo tiempo que visitaba incansablemente a funcionarios y autoridades nacionales para conseguir los decretos, autorizaciones y garantías necesarias para que el sueño del canal de televisión se transformase en realidad.

No eran gestiones fáciles, en 1957 el gobierno de la denominada Revolución Libertadora (Aramburu-Rojas) entraba en su ocaso y mostraba dificultades y grietas externas e internas. Varios cambios de gabinete habían ocurrido duran-

te el mes de marzo y en abril el gobierno convocaba a elecciones de diputados constituyentes para reformar la Constitución Nacional y volver a un régimen constitucional en el país, proceso que culminaría al año siguiente con el triunfo del Dr. Arturo Frondizi en las elecciones del 23 de febrero de 1958. Esas elecciones de convencionales para la reforma constitucional se realizan el 28 de julio de 1957 y constituyen un verdadero test político que muestran un país que no había logrado cicatrizar sus recientes heridas: el voto en blanco –ordenado por el peronismo proscrito– se expresa mayoritariamente (2.115.861 votos), por debajo del cual se cuentan 2.106.524 votos para la UCR del Pueblo (Ricardo Balbín) y 1.847.603 votos para la UCR Intransigente (Arturo Frondizi). No obstante ese resultado, por aplicación del sistema proporcional D’Hont, la UCRI obtiene 77 bancas en la Convención Constituyente y la UCRP sólo 75. La gente de Arturo Frondizi –que había partido en dos la vieja UCR y se encontraba ya en negociaciones con el proscrito peronismo– quedaba así con el control de la Asamblea Constituyente. Otro tanto ocurría con la Confederación General del Trabajo. El gobierno de la Revolución Libertadora tenía motivos suficientes de preocupación. Acaso la única noticia fuerte de ese 1957, que logró atraer la atención de los argentinos fuera de la política local, fue el 4 de octubre cuando las teletipos anunciaron al mundo que el primer satélite artificial estaba orbitando la Tierra (el *Sputnik*, de la entonces URSS).

El año siguiente no comenzó mejor para la tranquilidad y

paz social. En enero el depuesto ex presidente Perón y Rogelio Frigerio (en representación de Arturo Frondizi), suscriben en Caracas un acuerdo por el cual el primero de ellos ordenará a sus partidarios votar por la UCRI en las elecciones presidenciales que se avecinan. El 1º de febrero, el dirigente sindical Adolfo Cavalli trae a la Argentina esa “orden” de Perón de votar a Frondizi. Las elecciones realizadas ese mismo mes arrojan un amplio triunfo de la fórmula Frondizi-Gómez (3.989.478 votos), por sobre la fórmula Balbín-del Castillo (2.526.611 votos). El clima político y social se enardece en el país y esos últimos meses del gobierno de la Revolución Libertadora fueron un verdadero “calvario”. En medio de él tiene que circular el padre Héctor Grandinetti, recorriendo despachos oficiales en pos de su canal de televisión.

En el mes de marzo de 1957 había viajado a la ciudad de Nueva York para atender un asunto particular pero, no puede con su genio, y visita al embajador argentino en los Estados Unidos –el influyente contralmirante Olivieri– de quien obtiene una carta de recomendación para el mismísimo presidente Aramburu, apoyando sus gestiones en pro de un canal de televisión privado para DICON. Se embarca de regreso entusiasmado para Buenos Aires –era el 19 de marzo, día de San José– y de allí en más prácticamente no pasa día sin visitar la Casa de Gobierno para empujar su trámite. ¡Era tan familiar que ya lo saludaban empleados y funcionarios como un hombre más de la casa! Casi todos querían ayudarlo, pero el hombre fuerte de ese gobierno –con capacidad de

decisión en el asunto de la televisión— era el vicepresidente, almirante Isaac Francisco Rojas. Por supuesto que llegó a él y a muchos más, pero el trámite se demoraba y el respectivo decreto no salía. La gente de DICON tenía depositadas todas sus esperanzas en esas gestiones del padre Grandinetti y también otros postulantes a eventuales canales privados en la televisión argentina (Ildefonso Recalde, Kurt Löwe, Alfredo Chopitea, Goar Mestre, etc). Algunos ni lo conocían personalmente, pero sabían que si ese curita no conseguía su canal era poco probable que otros lo hiciesen. En síntesis, que en esa lucha personal del padre Grandinetti se jugaban casi todas las posibilidades de la televisión privada en la Argentina.

Sin embargo, las cosas no eran fáciles y se demoraban. Finalmente, una tarde, recordará Grandinetti cuando un empleado de la Rosada le dijera alborozado: “*¡Padre, creo que ya lo tiene!*”. Desconfiado de tantas ilusiones anteriores, le preguntó: “*Ah, sí... por qué?*”. Y la respuesta confidencial no se hizo esperar. En medio de una importante reunión, el humilde empleado había alcanzado a escuchar: “*¡Otra vez el curita ese!... Démosle el canal así se deja de jo...!*”.

Así y todo el calvario continuaría. A fines de 1957 el gobierno de la Revolución Libertadora dictó el breve decreto—ley N° 15.460, llamado ley de radiodifusión, estableciendo un régimen de explotación individual y privada de los canales de televisión, que innovaba radicalmente respecto de la

ley del año 1953. Sin embargo, no otorgó directamente las concesiones sino que, sobre la base de tal decreto, decidió a último momento de su mandato llamar a concurso público entre los diferentes interesados. Las gestiones directas no prosperaron y ahora, en medio de una gran incertidumbre política y de un cambio de gobierno, había que presentarse a una incierta licitación pública. Grandinetti, lejos de amilanarse, se sintió fortalecido. Tenía todo en regla y sabían de su efectividad y transparencia. Reunió a la gente de DICON y les dio ánimo e impulso: “*¡Qué más queremos –dijo–. Tenemos todo listo. Nuestro capital económico es importante (más de dos millones de pesos, de aquel entonces)... y nuestra carpeta técnica es impecable! ¡Adelante entonces!*”

Así fue. DICON se presentó a la licitación con todos los avales económicos en regla y con cuatro tomos de carpeta técnica que contenían todo el proyecto: los equipos, la programación, los directivos, la financiación. En fin, todo y mucho más de lo que era requerido en esa incipiente etapa de la televisión argentina.

Así y todo el decreto formal de adjudicación se demoraba y la incertidumbre crecía. En medio de aquel turbulento clima político pre-electoral del '58, se rumoreaba que con el advenimiento de un nuevo gobierno y su gente, habría que empezar todo de cero. Peor aún, que el nuevo gobierno no iba a otorgar ninguna licencia para televisión privada y que el saliente –políticamente debilitado– iba a terminar no resolviendo nada y dejando todo en manos del nuevo habi-

tante de la Casa Rosada. Era lamentable pero no del todo inverosímil; algo harto común en un país como el nuestro, no precisamente caracterizado por la continuidad institucional y el cumplimiento de los actos de gobierno. El pánico cundía entre los socios de DICON, pero también en el seno del resto de las sociedades aspirantes a canales privados de televisión, en el marco de los nuevos requisitos legales. Se habían hecho todos los esfuerzos, preparado todas las difíciles carpetas técnicas, reunidos todos los capitales necesarios, afrontado los exigentes requisitos burocráticos del concurso... pero nadie terminaba la adjudicación de los nuevos canales.

Los expertos en *lobby* se multiplicaban, con resultados siempre inciertos. No pocos ojos se dirigían hacia lo que podría hacer el padre Grandinetti, solo y con la ayuda de Dios. Este, lejos de desesperar, redobló sus esfuerzos y su *imaginación*. El Señor escuchó sus plegarias y su tenacidad hizo el resto, cumpliéndose —una vez más— aquel dicho de la sabiduría popular: “ayúdate, que te ayudo”. Muchos años más tarde Grandinetti, ya mayor, confiaría a cierto interlocutor interesado en escribir la verdadera historia de la televisión argentina, cómo logró destrabar aquella *impasse*.

“Un día, preocupado por este asunto —le confió—, se lo conté a un cura amigo. El me propuso un plan que me levantó el ánimo. Me dijo que todos los domingos la señora del presidente Aramburu, concurría a misa. Me dio los detalles del caso y me sugirió que lo demás corría por mi cuenta. Al domingo siguiente, cuando la señora de Aramburu llegó al

templo, me le acerqué en el mismo momento que descendía de su auto. Le expuse brevemente mi problema con el canal de televisión. Ella me escuchó y me dijo: *‘¿Por qué no le escribe una carta a mi marido mientras escuchamos misa? Le prometo que yo se la voy a entregar’*. Me aparté apresurado y así lo hice. ¡Ni sé qué escribí! Recuerdo vagamente que la idea central era que el gobierno militar había cumplido todas sus promesas pero que, al no otorgar las prometidas licencias de televisión, cometía una injusticia. Todo un atrevimiento, en aquellos años. A lo cual agregué mi esperanza en que –ya habían llamado a licitación– reflexionaran y cumplieran también con esto, entregando los canales a los legítimos ganadores de aquel concurso público”.



*Firma de la licencia a LS 84 TV Canal 11. Dr. Rivarola Presidente del directorio de DICON y Dr. Cosentino Director de Telecomunicaciones en el momento de la licencia.*

Y esa carta, escrita a la disparada en una sacristía, pero seguramente guiada por la invisible pero efectiva mano de Dios, permitió el nacimiento de la televisión privada en la Argentina.

A los pocos días Grandinetti se enteró de que en la siguiente reunión del gabinete nacional –luego de agotar el orden del día–, el Presidente de la Nación mostró y leyó su carta y mandó pedir que se acercaran a esa mesa las carpetas de licitación de los futuros canales de televisión. Así se hizo y luego de un extenso cambio de opiniones y de consultas técnicas, todo el mundo reconoció que la propuesta de DI-CON era la mejor. Un modelo, pero alguien terció: “*Pero si*



*Primera Junta Directiva de Canal 11*

*le damos el canal al cura, se lo tendríamos que dar a los demás también...*" Un tercero agregó: *"Mejor, así hay competencia..."* Y así fue, le dieron el canal a Grandinetti y tras él se benefició el resto. El 28 de abril de 1958 —tres días antes de que asumiera el electo presidente Arturo Frondizi— el gobierno de la Revolución Libertadora dictó el decreto—ley 6287 por el cual se adjudicó el canal 11 de televisión a DICON; el canal 9 a la Compañía Argentina de Televisión (presidida por Kurt Löwe) y el canal 13 a Río de la Plata TV S.A. (presidida por Ricardo Pueyrredón).

A los pocos años estos dos últimos cambiarían de mano. Kurt Löwe vendería sus acciones a Alejandro Romay (entonces director general de Radio Libertad y desde 1963 dueño de canal 9); mientras que en el canal 13 la cadena norteamericana CBS desplaza a Pueyrredón de la presidencia de la Compañía y coloca en su lugar al cubano exilado Goar Mestre, en carácter de Administrador (finalmente éste, a través de su productora PROARTEL, quedará con el control del canal).

El caso del canal 11, creación indiscutible del padre Grandinetti, será mucho más grave y más trágico; sobre todo teniendo en cuenta el alto sentido apostólico que había inspirado su concreción. Su verdadero animador y promotor no sólo terminará separado del canal, sino en una suerte de forzoso "exilio", que únicamente su ánimo logrará hacer fecundo.

Sin embargo, retomando nuestra historia, aquella providencial carta de Grandinetti, si bien resolvió el fondo de la cuestión (la adjudicación de los canales), abría una nueva etapa del calvario: la cuenta regresiva para poner la señal en el aire, so pena de perder la licencia si no se lograba en tiempo y forma.

### **Señal al aire... transmite canal 11**

El mismo día en que se conoce la adjudicación de los canales, no sólo festeja la gente de DICON (aquel grupito de la misa de nueve del padre Grandinetti, ya crecido y fortalecido), sino que los presidentes de las otras empresas competidoras se comunican de inmediato con él: "*Gracias a Usted, nosotros también tenemos un canal*", le manifiesta emocionado y agradecido otro de los pioneros de esta televisión privada argentina.

Sin embargo, no tardarían en sobrevenir nuevas dificultades. Políticas, técnicas y humanas. Tres días después de conocida la adjudicación de los canales 11, 13 y 9 de la Capital Federal, el 1º de mayo de 1958, asume la presidencia de la Nación el Dr. Arturo Frondizi. Era un joven y prestigioso abogado y político de 49 años de edad, quien llega al gobierno con un programa basado en la integración y desarrollo del país, siguiendo un estilo muy de la época que el mismo presidente Kennedy plantearía en los Estados Unidos. A su vez, en su mensaje de asunción había enviado una clara señal de paz a aquel convulsionado espíritu argentino:

*“Hoy 1° de mayo de 1958 –dijo en su discurso inaugural– el gobierno de la Nación Argentina, en nombre del pueblo de la Patria, baja el telón sobre cuanto ha ocurrido hasta este instante. Cerramos una etapa para poder dar, entre todos, un gran paso hacia adelante. Mientras dure nuestro gobierno, en la Argentina nadie será perseguido por sus ideas, ni por su actuación política o gremial...”*. Palabras que, aunque los meses posteriores se encargaban de matizar, significan entonces una esperanza.

Sin embargo, para los flamantes licitatorios de los canales de TV, poco duraría el festejo. Si bien al año de haber asumido el nuevo gobierno constitucional refrendó esas adjudicaciones de la Revolución Libertadora, al mismo tiempo sancionó medidas de tipo impositivo que entorpecían gravemente la imprescindible importación de equipos para que los canales pudieran salir al aire. El arancel a pagar –por elementos que ni remotamente se fabricaban o podían llegar entonces a fabricarse en el país– era imposible de solventar y, al mismo tiempo, sin ellos era imposible cumplir en tiempo y forma con la salida al aire de los canales. Otra vez la amenaza de perderlo todo. No es entonces casual que todos los ojos se volvieran otra vez sobre el inquieto padre Grandinetti. Se movilizó y fue el primero en entrevistarse con el presidente Frondizi (un católico que además sería doctor honoris causa de la Universidad de Fordham, regentada por padres jesuitas) y el resultado fue bueno para todos. Años más tarde recordaría aquella entrevista con el presidente en estos términos: *“Llegué solo a su despacho, porque de tanto*

*ir a la Casa de Gobierno ya me había hecho 'famoso'. El Dr. Frondizi era un hombre extraordinario, no obstante con todo respeto pero con firmeza le dije: 'Nosotros importamos todo según la ley vigente en ese momento. Si más adelante es sancionada una ley diferente, tenga Usted la seguridad de que también la acataremos. Pero por lo que ya hemos traído no nos corresponde pagar más impuestos. Además, la televisión es un servicio público y si Usted nos obliga a mayores impuestos nos hará quebrar antes de salir al aire, dejando al pueblo sin ese elemento de cultura y esparcimiento'". El Presidente prometió pensarlo y darle una respuesta. Al poco tiempo ésta estuvo y fue más positiva de lo esperado: no sólo no aumentó los impuestos para la importación de equipos, sino que abrió una línea de créditos para las compras y liberó el pago de impuestos a los repuestos que inmediatamente se requerirían para tener los canales en óptimo funcionamiento. Otra vez el padre Grandinetti – con la ayuda de Dios– había conseguido algo para él, para DICON y para todos los otros licitatorios privados. ¡Ahora había que competir para salir al aire! Mientras tanto, para defender esos intereses legítimos en común, los titulares de las diferentes empresas –con Grandinetti representando al canal 11– empiezan a nuclearse e intercambiar ideas y proyectos. Con el tiempo ese nucleamiento se convertiría en ATA (Asociación de Telerradiodifusoras Argentinas).*

Sin embargo DICON estaba doblemente segura en cuanto a las licencias que se acababan de otorgar ya que, en párrafo aparte, la ley consignaba que, ante cualquier eventua-

lidad de los otros canales, lo del 11 se mantendría en pie: *“Visto que DICON TV S.A. ha cumplido con todos los recaudos que exigían los pliegos de licitación, y, que por otra parte es la mejor calificada del concurso, se le adjudicará por espacio de quince años la explotación de un canal de televisión en la Capital Federal, con derecho a renovación...”*.

Esto daba mayor seguridad, pero no privilegios de ninguna naturaleza. Al igual que todos los canales tendría su plazo fijo para poner la señal en el aire, so pena de perder la licencia. Al contrario, se esperaba de DICON mejor cumplimiento y seguridad que de nadie, dado que su sentido no era exclusivamente comercial o de lucro, sino social y eminentemente apostólico. El protagonismo de un sacerdote en la obtención de la licencia (padre Grandinetti) y la presencia de la Compañía de Jesús en DICON, reduplicaban las exigencias de responsabilidad y transparencia en todo lo actuado. Por ello, dada la urgencia de salir al aire, DICON forma un Comité Ejecutivo con todos los poderes delegados del Directorio, para contratar y determinar en cada momento lo necesario para la organización. Grandinetti es el *alma mater* y principal promotor de ese pequeño grupo humano. Sus horas de trabajo diario se multiplican aún más y debe prepararse para realizar gestiones de equipamiento y programación en Europa y los Estados Unidos, donde tantos y tan buenos amigos y relaciones ha cosechado en viajes anteriores.

Mientras tanto surge desde DICON otra importante inquietud: preparar los recursos humanos que los canales de televisión iban a necesitar y con los cuales no contaba entonces el país en cantidad suficiente. Es así que se propician reuniones con las otras sociedades adjudicatarias para proponerles puntos de interés común en esta materia. El sueño de Grandinetti era crear aquí una gran Escuela de Televisión, semejante a las que los padres jesuitas ya tenían en Nueva York y en Nueva Orleans. Más aún aspiraba a que dos sacerdotes de la Compañía —con vasta experiencia en el tema— se trasladasen a esta provincia temporariamente para colaborar en este proyecto televisivo. Además realiza gestiones para que el argentino Armando Noel —que a la sazón era profesor de la Escuela de Televisión de Nueva York y conductor de un programa diario en el canal 5 de esa ciudad— viniese también a Buenos Aires y actuase como representante de DICON en Norteamérica. No se le escapa detalle y pone toda su pasión en la tarea. Como veremos más adelante, esa Escuela de Televisión se concretaría años después con todo éxito en el Salvador, retirado él ya arbitrariamente del canal 11 que había creado y organizado. Mientras tanto ese año de 1958 se cierra con nuevas convulsiones políticas y sociales en Buenos Aires, que rozan directamente a la Iglesia. En septiembre estalla en la calle la ruidosa polémica entre los partidarios de la enseñanza “laica” y los de la “libre”. De inmediato se advierte que lo que está en juego es el principio de la libertad de enseñar y de aprender y el derecho de los padres a brindar a sus hijos una educación acorde con la fe religiosa profesada en el hogar y en la

familia. Debajo de la fachada de lo “laico” se encerraba el conculcamiento de todas esas libertades humanas básicas. ¡Y ello justo en el momento en que la Compañía de Jesús – a través de la figura ya muy conocida del padre Grandinetti– aparecía comprometida con un canal de televisión y se proponía llegar a la sociedad con un mensaje netamente cristiano! Había que seguir adelante con todas las verdades en la mano y así se hizo. El gobierno de Arturo Frondizi se mostró felizmente proclive al sostenimiento de la tesis de la “enseñanza libre” y ésta, que conllevaba la posibilidad de la creación de universidades privadas con reconocimiento oficial (entre ellas la Universidad del Salvador), fue resistida por sectores de activistas. El problema se debate en el Congreso Nacional y el bloque oficialista de la UCRI se divide, apartándose del mismo la diputada Nélide Baigorria, entre otros. El propio hermano del Presidente y entonces rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi, se enfrenta con aquél al suscribir la tesis de la “enseñanza laica”. Grandinetti desde la cátedra y desde su actividad pública defendió con vigor la libertad de enseñanza, lo cual era perfectamente compatible con su proyecto de hacer de la televisión un vehículo que –además de entretener y autofinanciarse sin un peso de las arcas públicas– fuese una verdadera *escuela abierta* al servicio de una comunidad libre de elegir de acuerdo a sus convicciones. Finalmente triunfó una suerte de posición intermedia: las universidades privadas podrían otorgar títulos académicos, pero la habilitación para el ejercicio profesional la daría el Estado. Al calor de este importante avance legislativo, poco después se organizarían como tales

la Universidad Católica Argentina, la Universidad del Salvador y otras importantes casas de altos estudios.

Otros hechos sin embargo darían más calor aún al comienzo de aquel verano del '58: una huelga petrolera declarada en Mendoza, lleva a Frondizi a acusar de agitadores a peronistas y comunistas (dos de sus recientes aliados electorales); Rogelio Frigerio, *numen* del flamante gobierno, es desplazado de su estratégico cargo de Secretario de Asuntos Económicos y Sociales, quedando reducido a un simple asesor del Presidente, quien lamenta la pérdida política de su entrañable amigo (noviembre de 1958); ocho días más tarde, el 18 de noviembre de 1958, luego de una crisis profunda en el gobierno, renuncia el vicepresidente de la Nación, Dr. Alejandro Gómez, acusado de una supuesta vinculación (luego desmentida por el propio Presidente) con sectores que promovían un golpe de estado contra Frondizi. El Dr. José María Guido es nombrado presidente provisional del Senado, quedando así en primer lugar de la línea sucesoria presidencial.

En medio de ese agitado clima político y social, el padre Grandinetti se prepara para abandonar el país en busca de los equipos y contactos internacionales imprescindibles para que el canal 11 salga al aire.

### **Todo a disposición del flamante canal 11**

Un canal de televisión no nace por generación espontánea y tampoco es posible ponerlo en el aire exclusivamente

con lo que el país tiene (¡mucho menos en aquellos años iniciales!). Para conseguir la gente idónea, los equipos, el dinero y la financiación adecuada, hace falta una férrea voluntad, mucha capacidad organizativa, contactos internacionales y una buena dosis de ingenio y audacia. Munido de todo eso, Grandinetti hace sus valijas y parte de Buenos Aires el día de Reyes de 1959, para realizar gestiones en Europa y los Estados Unidos. Estas culminarán con todo éxito – canal 11 obtendrá todo lo que necesita y mucho más, en condiciones realmente ventajosas– aunque en lo personal el joven jesuita termine amargado, como ya sabemos, en un alejado y frío invierno neoyorquino.

Grandinetti cuenta en este viaje decisivo con la ventaja de ser un hombre ya conocido y con sólidos contactos en el mundo del cine y de las grandes cadenas periodísticas norteamericanas, que son quienes –en aquella década– monopolizan el negocio de la televisión. Esto era decisivo para el tema de programación, equipos y avales.

En un viaje anterior, había recorrido casi todos los importantes estudios de Hollywood y tomado contacto con los grandes nombres de la época, populares tanto en la pantalla grande como en la chica. En esto, como siempre, la ayuda de la Providencia fue esencial. Cierta vez en los Estados Unidos, viviendo en la residencia de los padres jesuitas, la simpática cocinera de la casa cumplió ese rol de intermediaria a través del cual muchas veces Dios nos indica un camino. Grandinetti era ya un hombre enamorado del periodis-

mo y la televisión era aún su ilusión. Estaba ya a punto de retornar a Buenos Aires, cuando de pronto aquella humilde cocinera de la residencia le presentó a una de las catequistas que enseñaba ahí en la casa. Resultó ser que esa Sra. de Fernández –ese apellido era lo único que sabía de ella– era, nada más ni nada menos, que la esposa del representante de la famosa orquesta de Xavier Cugat (furor en los EE.UU. y en el mundo) el cual, a un tiempo, se desempeñaba como vicepresidente de la Motion Picture Association. Conocer a la pareja y simpatizar fue una sola cosa. Los Fernández se entusiasmaron tanto con la vitalidad y los proyectos del jo-



*El Padre Grandinetti junto a una de las mas grandes estrellas de Hollywod: el Sr. Errol Flynn*

ven jesuita argentino que, prácticamente, lo tomaron bajo su tutela en los Estados Unidos poniéndose a su disposición. Grandinetti terminó quedándose quince o veinte días más de lo pensado y todos los días –a las 9 en punto– el Cadillac con chofer del Sr. Fernández lo recogía en la residencia de los jesuitas para las visitas de esa jornada. Le hicieron conocer la MGM, la Columbia, la Fox, la RKO, en fin, todas las grandes productoras cinematográficas de la época. Hay fotos suyas con Errol Flynn, Loretta Young y otras grandes figuras de la época. Es sabido que estuvo en los míticos estudios de la Metro cuando Grace Kelly –antes de ser coronada princesa de Mónaco– filmaba su última película. Por aquellos años la entrada a esos sets estaba vedada hasta para los diplomáticos extranjeros. No para el padre Grandinetti. Fueron quince días de euforia, trabajo e importantísimos contactos, que luego serían claves en las futuras gestiones.

Ahora con el canal adjudicado a DICON, llegaba la hora de cosechar lo mucho que se sembró. En los Estados Unidos lo más importante era ese contacto con las grandes cadenas periodísticas norteamericanas, que ya participaban en varios canales al sur del río Bravo. Lo consiguió y, después de un detenido examen, se decide un principio de acuerdo con la cadena ABC (American Broadcasting Corporation), quien poseía una cadena de 180 canales en los Estados Unidos y era quien mayores facilidades ofrecía para el flamante canal argentino. ABC pondría el 25% del capital de DICON, en acciones, equipos o dinero en efectivo; así como, si los equipos se pidieran a otras empresas financieras, ABC facilitaría

las compras de los mismos y enviaría a Buenos Aires técnicos para colaborar con los argentinos en la instalación del canal. Todo un logro en los Estados Unidos, que luego los abogados de las partes se encargarían de concretar (aquí empezaría los problemas de Grandinetti ya que, el abogado designado por DICON no se portaría precisamente bien ni en estas negociaciones, ni en otras que tendrían lugar en Buenos Aires. A veces, los intereses pueden más que los ideales...). Con este importante logro en la mano, Grandinetti deja los Estados Unidos e inicia un nuevo periplo europeo, siempre buscando resolver las imperiosas necesidades de DICON para salir al aire a tiempo y no perder la licencia que tanto había costado. Las grandes capitales y las permanentes reuniones de trabajo, contactos y estudios se repiten vertiginosamente.

En Milán busca los medios para lograr que uno de los padres jesuitas especialista en televisión, concrete su colaboración con el grupo argentino. Este hombre de gran experiencia, trabajaba en el "Centro dell Spetacolo", lo cual es aprovechado por el padre Grandinetti para estudiar allí mismo la producción de programas televisivos educacionales que habían alcanzado un notable progreso. Estando en Milán, no podía faltar la visita a Roma y, como era su estilo, era esta una posibilidad más para contactarse y aprender. En la capital italiana visita la planta televisiva de la RAI (Radio Audienza Italiana), que era un verdadero modelo para la época. RAI era estatal, pero fomentaba una verdadera competencia en las iniciativas de las diversas regiones del país,

pues transmitía fragmentos extensos de su programación desde Roma, Milán, Nápoles, Florencia y las más importantes ciudades de la península.

En Holanda, además de quesos y tulipanes, encontró equipos para televisión. Invitado por Philips —el gigante europeo en la materia— se trasladó a Amsterdam y en el aeropuerto fue recibido por la plana mayor de esa firma; ¡casi honores de un jefe de estado! Fue llevado a Hilversum para conocer las fábricas e instalaciones de televisión; luego a Eindhoven, donde se encuentran los estudios. Allí aprende una buena lección práctica, en materia de pluralismo en la programación: las horas de transmisión eran proporcionalmente repartidas entre los distintos cultos, partidos políticos y actores sociales. Le impresiona Holanda por su notable orden, cultura y respeto mutuo. Algo muy diferente de las intolerantes décadas del '40 y el '50 en la Argentina. Una lección que debía ponerse en marcha en el nuevo canal, “el canal de las familias”.

Allí, con Philips, establece otra muy buena relación humana y comercial a favor de DICON, en orden a una posible negociación de equipos. Esa firma holandesa lo toma con tanto interés, que su representante en Buenos Aires ofrece enviar equipos y permitir su pago con canje publicitario una vez que canal 11 estuviera en el aire.

Inglaterra tampoco quería quedar afuera y allá marcha el padre Grandinetti, esta vez especialmente invitado por la fir-

ma Marconi. Vuela entonces de Amsterdam a Londres. También con toda clase de atenciones al joven jesuita, los agentes de Marconi lo llevan a Manchester donde están instaladas las fábricas. Sensible siempre a lo humano y a lo social, advierte que al lado de cada una de ellas hay siempre una escuela. Es que la firma Marconi, a pesar de ser una gran entidad comercial, no buscaba solamente el lucro económico, sino también el adelanto de la ciencia (en especial su aplicación a la electrónica) y de allí la capacitación permanente de su personal. Tal era la voluntad expresa de su fundador, el conde Marconi, por eso en esas escuelas junto a las fábricas se preparaban y perfeccionaban técnicos e investigadores que llegaban becados de todos los países del mundo. Ello reavivaba su entusiasmo por la formación en la Argentina y ya vislumbraba la importancia de una Escuela de Televisión, que años más tarde él mismo concretaría en el Salvador.

En el trato comercial con la Marconi todo fue también sobre rieles, tal cual había ocurrido con la ABC en los Estados Unidos, la RAI en Roma y la Philips en Holanda. Cuando Grandinetti les manifestó la dificultad que experimentaba por entonces la Argentina para conseguir divisas, la respuesta fue más que alentadora: *“Padre, si ustedes no pueden enviarnos dólares ni libras, pueden pagarnos en carne u otros artículos que necesitamos”*. En fin, que la fe mueve montañas y ese curita argentino —que no era precisamente un empresario o un ejecutivo de altas finanzas— conseguía en los grandes centros internacionales lo que aquéllos no

soñaban conseguir: equipos de primer nivel, excelentes planes de financiación y apoyos para un nivel de programación todavía no conocida en el país. Se luchaba a dos puntas: aquí en Buenos Aires, técnicos y un grupo de directivos, por armar el canal y salir al aire en término; Grandinetti solo en Europa, por conseguir los insumos básicos y los capitales necesarios.

¡En Inglaterra tuvo hasta un Rolls Royce a su disposición! La gente de la Marconi lo alojó en un castillo de Manchester del siglo XIII, perfectamente reciclado; y como era el único huésped, prácticamente hacía de dueño del castillo. Con puntualidad y cortesía inglesas, todas las mañanas el mayordomo le acercaba la agenda del día y el auto con chofer quedaba a su disposición. Esa agenda de tres días, casi no tuvo un hueco libre: reuniones con directivos, visitas a instalaciones de televisión, contactos con instituciones varias... y hasta huéspedes a cenar en el castillo. Tanto aquí como allá se corría contra reloj.

Lo de Montecarlo, bien vale un párrafo aparte. Todos los años se celebraba allí —en el distrito municipal del principado de Mónaco— una reunión de católicos que trabajaban en el campo de la televisión, promovida por UNDA. Nombre latino (“onda” en castellano) dado a la Oficina Internacional para Radio y Televisión que tiene su sede en Ginebra y está asesorada por la Santa Sede. Los príncipes Rainero y Grace Kelly habían ofrecido la ciudad como sede anual de las novedades en materia de televisión, que se realizaba en el mes

de febrero. Del 9 al 16 de ese mes, Grandinetti concurre invitado al Segundo Encuentro de Televisión Católica (que promovía UNDA), donde lo fundamental era mostrar los progresos alcanzados en la programación mundial desde el punto de vista religioso y evangelizador, algo siempre dificultoso de alcanzar pero que era el núcleo del interés del padre Grandinetti por el tema. La convocatoria entonces se convertía en una muestra, que bien podía compararse con lo que son para el cine festivales de la jerarquía de un Cannes o un San Sebastián.

La personalidad de Grandinetti enseguida fue reconocida, designándose miembro del Jurado encargado de clasificar las numerosas obras presentadas. A pesar de lo fatigoso de la tarea —largas horas viendo todo tipo de filmes— recordará lo productivo del intercambio de ideas, en los sabrosos y sesudos diálogos posteriores del gran Jurado. Era otra posibilidad de enriquecerse y no la desaprovechó. La importancia de su designación como jurado, sólo puede evaluarse si se tiene en cuenta que en ese encuentro internacional de Mónaco —además de otras personalidades del ambiente profesional— estaban presentes otros padres jesuitas, especializados en televisión y justamente reconocidos, como Jesús Cortina (Castilla Occidental), Nazareno Taddei (Veneto—Mediolanense) —que obtuvo allí un premio por una película de su realización—, Angel Valtierra (Colombia), Vicente Gallo (profesor de la Gregoriana de Roma), Philipo y Lepoutre, franceses que integraban la comisión directiva de la OCIC (Office Catholique International du Cinéma). Aque-

lla designación como jurado en Mónaco, resultó toda una distinción para Grandinetti y para la Argentina (con el tiempo él sería el creador de UNDA en nuestro medio).

Al margen del Encuentro y aprovechando la coincidencia de varios e importantes padres presentes, hubo una reunión de jesuitas. Fue organizada por el padre Philipo para coordinar las acciones de Europa y América Latina en este nuevo apostolado, tal era el ferviente deseo e interés del Padre General (Grandinetti bien lo conocía pues se lo había dicho años antes en su sede romana: "Padre, dedíquese plenamente a la televisión..." Eso era precisamente lo que estaba haciendo con toda su fuerza y vocación). Al término de esa reunión se redactó una carta al Padre General, firmada por todos los jesuitas presentes.

### **La primera experiencia de video en la Argentina**

Todos estos contactos internacionales del padre Grandinetti iban rendiendo sus frutos, no sólo para el avanzado proyecto del canal 11, sino para la Universidad del Salvador y, por cierto, la propia Compañía de Jesús. Esta, con orgullo y hechos concretos podía exhibir, en la Argentina, su carácter de avanzada en materia de comunicación social, tal cual ocurría en otras partes del mundo.

Un hito concreto en este sentido fue que, a comienzos de esa década de los '60, en la Universidad del Salvador se realiza la primera experiencia de grabación en video en la

República Argentina, y una de las primeras en América Latina. Por cierto, su promotor y ejecutor fue el Padre Héctor Grandinetti.

Sintéticamente la historia fue ésta. En una de sus estancias en los EE.UU. Grandinetti se entera —a través de General Electric— que la firma americana Ampex estaba realizando pruebas y demostraciones de la primera máquina de video (grabadora/reproductora) destinada a canales de televisión. Su titular, Mr. Ampex, fue el inventor de ese sistema, así como en su momento lo había sido del grabador inalámbrico de sonido. Como todo pionero, al principio no tenía dinero para fabricar en serie y vender su flamante máquina de video y fue el ya famoso y siempre benefactor Bing Crosby, quien lo ayudó. Le compró las primeras cuarenta máquinas para grabar en ellas sus temas y regalárselas a sus amigos. Esto le permitió a Ampex perfeccionar su invento, fabricarlo y venderlo a los canales de televisión.

Era una de las primeras grandes revoluciones de la televisión mundial; la posibilidad de un sistema ágil y económico que permitía grabar un programa y reproducirlo en el acto. Muy pocos canales latinoamericanos lo tenían y, por cierto, en la Argentina nadie. Enterado Grandinetti de que Ampex estaba por hacer una demostración de su equipo de video en Brasil, toma contacto con él en los EE.UU. y lo entusiasma para hacer algo similar en la Argentina.

Como era de esperar, lo logró. Es así que el salón de ac-

tos de la Universidad del Salvador, en Buenos Aires, fue sede de la primera experiencia con video televisivo en la Argentina. Un técnico de Ampex se instaló casi dos meses en la Argentina, montó el flamante equipo en la Universidad y ese día se pusieron además veintiún televisores en el patio para que todo el enorme público pudiera ver ese nuevo procedimiento del video (que con el tiempo revolucionaría no sólo a la producción televisiva, sino al mismo cine). En el salón de actos –colmado por cierto– estaba el Padre Provincial y autoridades de la casa, el secretario de Comunicaciones, representantes de todos los canales de televisión e importantes figuras del medio artístico (entre muchas otras, primeras figuras como Antonio Carrizo, Mirtha Legrand, Luis Aguilé, Graciela Borges, Narciso Ibáñez Menta, etc.)



*La Sra. Mirtha Legrand y el Sr. Ibáñez Menta en la presentación del 1º videotape de la República Argentina.*



*La Sra. Graciela Borges  
en dicha presentación.*

La conducción del evento estuvo a cargo del padre Grandinetti y esencialmente consistió en enlazar ese salón de actos con el canal 7 –que en esos momentos estaba transmitiendo una obra protagonizada por Guillermo Bredeston y Nora Cárpena–, grabar diez minutos de emisión y, de inmediato, retransmitirlo a través del flamante equipo Ampex. Se hizo con total éxito y, para maravilla de todos los presentes, a los minutos de verlo en vivo, pudieron presenciar la reproducción fiel por video de lo que acababan de observar.

Complementariamente con esa grabación del programa del canal 7 que estaba saliendo al aire, aprovechando a los enviados por los otros canales, se grabaron y reprodujeron fragmentos actuados en el propio salón de actos de la Universidad del Salvador.

Una experiencia inolvidable para todos los presentes, en un día histórico para la televisión argentina. Para el Padre Grandinetti y sus hermanos jesuitas, otro aporte decisivo en materia de comunicación social.



*1<sup>er</sup> Videotape traído a la República Argentina*

## **Alejamiento del canal 11**

No sólo al canal 11 y a su propietaria DICON le era dificultoso salir al aire, también los flamantes adjudicatarios del 9 y el 13 debían vencer numerosos inconvenientes previos, tanto de índole técnica como económica. Finalmente el canal 11 –a pesar de ser el previamente mejor preparado y contar con la infatigable labor del padre Grandinetti– fue el último en salir al aire, aunque también dentro de los plazos legales establecidos. Es que en él, inconvenientes de tipo societario, retrasaron lo demás y terminaron minando desde el interior ese inicial grupo humano que conformó DICON, en torno a la figura del padre Grandinetti. Por cierto, éste fue una de las primeras víctimas.

Pero vayamos por partes. Durante 1960 salen al aire los canales 9 y 13. El primero de ellos comenzó sus transmisiones el 1° de junio de 1960. La firma adjudicataria era CA.DE.TE. (Compañía Argentina de Televisión) y su primer directorio estuvo integrado por: Ildefonso Recalde (presidente); Kurt Löwe (vicepresidente) y como directores se desempeñaban Ana María Agramovich de Recalde, Julio Korn, Alfredo Gillespie Mulcahy y Solano Peña Guzmán. El apoyo técnico logístico lo daba la NBC norteamericana. A fines de ese año de 1960, la empresa titular de la licencia emitió “debentures” que fueron adquiridos en su totalidad por la RCA de los Estados Unidos (del mismo grupo que la NBC); con ese dinero pudo adquirir mayor equipamiento, facilidades de pago y disponibilidad de programaciones. Con

el tiempo esto sería motivo de conflictos. A mediados de 1960, el principal accionista, Ildefonso Recalde, cede sus acciones a Alejandro Romay (entonces licitatorio de Radio Libertad de la Capital Federal); mientras tanto el canal era conducido por Mr. Marshall en representación de la NBC. Poco después ésta pretende también las acciones de Kurt Löwe, quien se niega a vendérselas y sí lo hace en favor del mismo Alejandro Romay. Este, ahora accionista absolutamente mayoritario, asume la conducción general de canal 9, desplazando así a los socios norteamericanos.

La respuesta no se hace esperar y desde ese mismo momento, el canal pierde el apoyo del material fílmico norteamericano, por lo cual –ya bajo la dirección de Romay– adopta el slogan de “el canal argentino”, con un cien por ciento de producción nacional.

El canal 13 sale al aire cuatro meses después que el 9 (1º de octubre de 1960). Su empresa licitatoria era Río de la Plata S.A. de Teledifusión, Comercial, Industrial y Financiera. Su primer directorio estuvo integrado por: Alfredo Chopitea (presidente); César Noguera (vicepresidente) y como directores se desempeñaban Alicia Martín de Mestre, Juan Carlos Ambrosi, Eduardo Martín, José Bolo, Lucía Podestá de Suárez Buyo, Jorge Apaolaza y Raúl Gari. Desde el punto de vista societario y económico la vida del canal 13 giró en torno de la productora privada PROARTEL (propiedad del cubano exilado en 1959, Goar Mestre); a partir de abril de 1960 esta productora provee al canal de 12 horas de programación. La participación accionaria extranjera en el 13 (CBS y *Time and Life* de los EE.UU.), cesó en 1971

cuando Goar Mestre adquirió las acciones de esas dos empresas.

El caso del canal 11 y su empresa propietario DICON es más complejo y —dados los altos ideales que estaban inicialmente en juego— más lamentable en su final. Pero, vamos por partes. Ya hemos dicho que, ante la necesidad de ser muy rápidos y eficientes para lograr la salida al aire, el Directorio de DICON conformó un pequeño Consejo Ejecutivo (encabezado por Arturo Norman Pentreath) encargado de ir resolviendo (ad referendum) los múltiples problemas prácticos que se iban presentando. A su vez, aquel Directorio estaba conformado por Roberto Stahleberg (presidente); Jorge Raúl Rial (vicepresidente) y como directores se desempeñaban Juan Bautista Peña, Manuel Adúriz, Eduardo Coli Benegas, Carlos Coli Benegas, Ernesto Peña y Horacio Villalba. Como se advertirá, el padre Grandinetti —a pesar de haber sido el que obtuvo la licencia oficial para funcionar y el principal promotor del nuevo canal— no integraba el Directorio, ni poseía cargo oficial alguno. Un poco porque él confiaba para esas gestiones en la acción de los laicos y otro porque sus superiores locales eran temerosos de que algún sacerdote jesuita integrara una sociedad comercial (a pesar de que la Compañía de Jesús había aportado casi el 20% de las acciones del canal y el Padre General alentaba a Grandinetti a una acción efectiva y concreta en el mundo de la televisión). El tiempo terminaría demostrando que esa no había sido una buena política. Al no integrar el Directorio —a pesar de tener el hombre indicado para hacerlo— la Provincia se privaba de una capacidad efectiva de control sobre el

mismo, tanto como no podía ejercer directamente ese papel de cohesión tan importante en una sociedad comercial de tal envergadura económica. El padre Grandinetti sólo detentaría un honorífico cargo de "Asesor General", aunque todo el mundo considerase el canal prácticamente como "suyo" y fuera su hombre de consulta permanente y aquél a quien había que dirigirse a la hora de lograr algo de importancia. Pero, en los papeles, era sólo eso. El diablo puso la cola y, durante uno de los tantos viajes del padre Grandinetti, empezaron los problemas societarios.

Lo demás es historia más conocida. Grandinetti siguió bregando hasta el último minuto para que DICON tuviese todo lo necesario y lo mejor para llevar adelante su tarea; el flamante canal 11 salió –por suerte– al aire en tiempo y forma pero... la Compañía de Jesús perdió prácticamente el control societario y el padre Grandinetti terminó retenido de más en los Estados Unidos ("mientras las cosas se aclaraban", como suele decirse protocolarmente en estos casos) y, cuando llegó a Buenos Aires, a pesar de ser recibido por algunos amigos fieles de DICON –como contáramos más arriba– debió contentarse con mirar la fiesta de lanzamiento del canal solo, en su casa, como un simple espectador más.

El canal por el que tanto luchó terminó en manos de otros y aquella labor evangélica en el mundo de la televisión, postergada. De hecho, se lo dejó a un lado. Sólo a un lado, ya que no se rinde fácilmente un jesuita que ha asumido una misión y un mandato.

## CAPÍTULO 4

# La escuela de televisión de la Universidad del Salvador

Montevideo, esa ciudad sólo separada por el Río de la Plata en el afecto de los argentinos, marcó otro hito en la vida del padre Grandinetti, a su vez, indisolublemente unida a la de la televisión en esta parte austral del globo. El mismo año que nació en Buenos Aires el canal 11 de televisión, también vio la luz el canal 12 de Montevideo. Ambos de la mano del mismo especialista y promotor espiritual: el jesuita argentino Héctor Grandinetti.

Esta vez, por suerte, el promotor tuvo mejor suerte y sí fue invitado a la inauguración y reconocido en su labor. En fin, se cumplía una vez más aquello de que nadie es profeta en su tierra; aunque ésta sólo estuviese separada de la vecina por un charco de agua.

La historia de la vinculación del padre Grandinetti con canal 12 del Uruguay y su magnífico grupo humano funda-

dor, empezó en agosto de 1958. Por entonces había ido a descansar unos días a Montevideo, buscando respiro a la intensa labor que desarrollaba en Buenos Aires en la formación del canal 11. ¡Venía huyendo de la televisión, pero la televisión —quiso la Providencia— que también lo encontrara allí!

Uruguay es, culturalmente, muy similar a la Argentina y, políticamente, tiene también algunos de sus rasgos: enfrentamiento de los grandes partidos políticos (blancos y colorados); golpes de estado; lento crecimiento económico y necesidad, en consecuencia, de modernización de sus estructuras y acuerdos sociales básicos. Casualmente, aquel año de 1958 en que Grandinetti lo visitara, el pequeño país sufría un gran terremoto político: después de noventa y tres años consecutivos de gobierno Colorado, éstos pierden las elecciones ante el partido Blanco, en reñidísimos comicios presidenciales. Dado que el país había establecido en 1951 —por una nueva Constitución— un gobierno colegiado de nueve miembros (el Consejo Nacional de Gobierno), éste pasaría ahora a estar controlado por el tradicional partido de oposición. El país iniciaba una nueva etapa y los aires del desarrollo económico y social llegaban también a esas orillas del Plata.

El Uruguay no era un país demasiado avanzado en materia de telecomunicaciones, pero anhelaba serlo y mucho más en el naciente terreno de la televisión privada que crecía en todo el mundo. Enterado de la presencia del padre Grandi-

netti en el Uruguay, el Sr. Gonzalo Grille toma contacto con él y lo pone en relación con Mario Giampietro, uno de los pioneros de la televisión latinoamericana. Este, ya en 1930, había empezado a inquietarse por el fenómeno de la televisión desde el Uruguay y en 1943 realizaba una de las primeras experiencias en Montevideo: con un equipo construido por él mismo transmitió —desde los sótanos del Palacio Legislativo— un concierto de piano ejecutado por el maestro uruguayo Hugo Balzo. Toda una proeza para la época.

Pero ya en ese año de 1958, Mario Giampietro era poseedor de una licencia para instalar un canal de televisión privado en la ciudad de Montevideo. La presencia de Grandinetti en el Uruguay le era oportunísima, al igual que la experiencia y prestigio aquilatado por éste en Buenos Aires y en el orden internacional. Se conocieron y grande fue la mutua simpatía y comunidad de ideales. Es que Giampietro —al igual que el padre Grandinetti— tenía una idea grande del naciente medio de comunicación social, al que no reducían a una simple empresa comercial más. Esto era importante, pero sólo como medio al servicio de ideales más humanos y profundos. Mario Giampietro ponía el acento en la misión educativa y social de la televisión, y esto le granjeó el rápido respaldo del jesuita argentino.

Como casi siempre, el dinero escaseaba para una empresa de tamaña envergadura y a Teledoce le faltaban capitales para concretar su salida al aire. Grandinetti recibió el encargo de conseguirlos y otra vez Dios le dio una mano: logró

reunir al grupo de hombres de empresa dispuestos a apoyar esos ideales de comunicación social y Teledoce fue una hermosa realidad de la televisión uruguaya.

También logró revertir, al menos en parte, aquello de que nadie es profeta en su tierra. No sólo estaba ayudando a crear canales de televisión en Buenos Aires y Montevideo, sino que hizo lo propio en Rosario (provincia de Santa Fe, Argentina). Allí el nombre del padre Grandinetti está unido a la partida de nacimiento del canal 5 de esa ciudad, la segunda del país en población. Años más tarde recordaría esa breve incursión rosarina en estos términos: *“Después de algunos cambios de ideas, se hizo posible la realización de ese canal. Hombres de empresa, todos ellos absorbidos por sus importantes ocupaciones profesionales y para quienes la televisión significaba un mundo nuevo y desconocido, fueron capaces de afrontar el riesgo de la aventura. Fue un sacrificio muy grande, pero comprendieron que el bien de la sociedad y de la patria que habitaban, justifica ampliamente ese sacrificio que se les reclamaba”*.

Era necesario despertar en ellos esa vocación de transferencia y servicio a la comunidad por lo mucho que habían recibido de ella y de Dios, y Grandinetti supo hacerlo. Nació canal 5 de Rosario, al mismo calor de los ideales del canal 11 de Buenos Aires y el 12 de Montevideo. Las palabras de despedida del padre Grandinetti en aquella ciudad santafesina, traslucían humildad, pero también satisfacción por el deber cumplido. La orden del Padre General Jannssens ha-

bía sido puntillosamente obedecida: *“Padre Grandinetti, dedíquese plenamente a la televisión...”*, había escuchado de sus labios en Roma en 1956. ¡Vaya si lo había hecho! Allí estaban como muestra tres canales en el aire para probarlo, aún cuando lo del 11 era una herida abierta difícil de cicatrizar.

En la despedida de sus amigos rosarinos dijo: *“Quiera Dios que así como ha bendecido estos primeros pasos, siga bendiciendo la concreción integral de estos ideales. Y yo doy gracias a Dios por haber tenido el inmerecido privilegio de ser el instrumento de la Providencia, para ver esta hermosa realidad que hoy nace. Muchas gracias y muchas felicidades”*.

Pero el padre Grandinetti no sólo sabía cómo aunar voluntades para fundar canales de televisión de inspiración humanista y cristiana, esta nueva tecnología necesitaba mucho más y lo tendría. A los meses de haber llegado a Buenos Aires —luego del breve exilio forzoso en Nueva York, por la cuestión de canal 11—, tenía un nuevo destino: la Universidad del Salvador, su casa de tantos años.

Quizás algunos habrán pensado que se iba a quedar allí tranquilo, entre las cuatro paredes de un confortable pero burocrático despacho. Quienes así pensaban, no lo conocían. ¡Y tampoco le dieron un cómodo y confortable despacho! Conocedores de su don de gentes, se lo nombró Director de Relaciones Públicas de la Universidad del Salvador: pero

tuvo que comenzar hasta por hacerse su propio lugar de trabajo. Era prácticamente un título vacío. Tomó un viejo despacho, hizo bajar los techos y lo puso prolijo como para empezar a trabajar. Elaboró el organigrama para esa Dirección, proyectó las oficinas, una sala de reunión y todo lo mínimo que requería hacer —en serio— una función tan importante como lo son las Relaciones Públicas (cuando se sabe realmente de qué se trata y se está dispuesto a trabajar en ello). Al poco tiempo, cuando se inauguró esa flamante Dirección, recibió felicitaciones hasta del propio Monseñor Derisi, presente en el acto.

Trabajó como... un buen jesuita. El mismo había escrito — en un número de la revista *Estudios* aparecido en julio de 1956, en conmemoración del IV centenario de la muerte de San Ignacio—, estas palabras que resultaron premonitorias: *“Los jesuitas —digámoslo francamente— siempre han dado que hablar, que hacer, que pensar. Desde que surgieron a la vida, allá en Roma en 1540, casi siempre han sido, como ‘su divino capitán Jesús’, un signo de contradicción. Ante ellos se toma partido —y de ordinario con pasión, con vehemencia— se es filo-jesuita o anti-jesuita, pero rara vez se es indiferente.”*

Y el padre Grandinetti bebió desde siempre en esa escuela y en ese espíritu. A los pocos meses su despacho se transformó en una de las áreas más dinámicas de la Universidad. Y es en esos momentos cuando comienza a tomar cuerpo otra idea, que desde hace largo tiempo ya rondaba su cabeza: crear una Escuela de Televisión, del mejor nivel.

¿Por qué no materializarla ya mismo? Está en una universidad, tiene todos los contactos nacionales e internacionales (luego de la frustrada aventura del canal 11), conoce perfectamente el medio y seguiría así con el mandato de su Padre General: dedicarse íntegramente a la televisión. Pone ahora manos a la obra.

### Los primeros pasos

En realidad desde que se le otorgó el canal 11, pensó que era necesario formar en serio los recursos humanos óptimos que requeriría un moderno canal de TV. Tanto en ése, como en los demás canales hacía falta gente formada, profesionales de carrera y no los había en número suficiente. Como primera medida, puso un aviso en el diario anunciando que se iban a dar unos cursos para gente que iría a trabajar en televisión. Al día siguiente la sorpresa fue enorme: cuerdas de cola con gente para inscribirse. Todo estaba pensado como algo muy práctico, con clara salida laboral y eso realmente atrajo.

Claro que aquí también había que empezar desde cero, ya que la Universidad no contaba ni con equipos, ni con estudios, ni con nada. Sólo un puñado de entusiastas que — como siempre— Grandinetti supo convocar a su lado.

Tampoco faltó entonces la anécdota colorida. En aquellos años no se estilaba concelebrar. Cada sacerdote celebraba su misa, en su altar. Pero un día se le acerca a Grandinetti

un muchacho que le pregunta si le permite ayudarlo en la misa. Este acepta y el joven desconocido le ayuda. Al terminar el oficio, ya en la sacristía, le confiesa la verdad de por qué estaba a su lado: hacía mucho tiempo que quería hablar con él, pero no podía por sus múltiples horarios y ocupaciones. Se había valido de esa treta, para pedirle trabajar en la escuela de televisión! Las vacantes eran buscadísimas. Por supuesto lo aceptó porque —a pesar de la pequeña mentira— valoró en el joven ese espíritu que él mismo cultivaba: la audacia para perseverar en un ideal y encontrar los medios conducentes a su realización, aún allí donde otros se hubiesen desanimado. Y, por cierto, el olfato no le falló: aquel joven ayudante de misa, fue un excelente estudiante y colaborador durante muchos años.

Pero una buena escuela de televisión —en realidad, ninguna escuela— se levanta solamente con entusiasmo y con osadía. El jesuita Grandinetti lo sabe y actúa en consecuencia. De entrada, había que solucionar dos grandes problemas: el lugar físico, dónde ubicar la escuela y, en segundo término, los equipos, cómo conseguir el material técnico imprescindible para los cursos prácticos. En parte, esto segundo le era más fácil, ya que las relaciones que tenía en Europa y los Estados Unidos seguramente le iban a dar una mano. Lo difícil era lo otro: lograr que sus compañeros de la propia Orden entendieran el proyecto —de absoluta avanzada para la época— y cedieran o autorizaran el espacio físico para funcionar. Varias veces el Consejo Superior de la Universidad le bochó el proyecto, por diferentes causas. Un día franca-

mente, aunque en actitud comprensiva les dijo: *“Yo los comprendo; entiendo que estén asustados. Porque si yo les estuviera proponiendo una facultad de Derecho, por ejemplo, las cosas serían más fáciles: tendríamos un plan de estudios completo, experimentado, más o menos igual a las de otras facultades de Derecho ya existentes. Pero lo que yo les estoy presentando es nuevo, no existe en el país y sólo hay muy pocas en el mundo. Lo tenemos que crear nosotros, y es lógico que eso los acobarde. Pero tengamos confianza y valor. Con trabajo, tesón y la ayuda de Dios saldremos adelante”*.

Sin embargo no fue fácil convencerlos. Luego de varias otras intenciones, algo se logra. Aunque sea en condiciones desfavorables.

A pesar de que el padre Grandinetti ya tenía el ofrecimiento de un terreno sin cargo para levantar el edificio propio de la escuela, no lo autorizaron. Le pusieron una condición: para abrir la escuela de televisión, ésta debía funcionar en el propio edificio del Colegio. Arquitectónicamente, un verdadero despropósito. En ese viejo edificio de la Avda. Callao ya funcionaban los niveles primario y secundario y la escuela gratuita, además de la facultad de Medicina, de Derecho, la escuela de Escenografía y el propio Rectorado de la Universidad. También la carrera de Relaciones Públicas y un sinnúmero de dependencias administrativas. ¡Agregar ahora una Escuela de Televisión!, con todos los metros cuadrados y complejas instalaciones que ella requiere. Una

locura innecesaria, pero tuvo que aceptarla. Caso contrario, no habría escuela.

Al mal tiempo buena cara y allá va otra vez Grandinetti a transformar —con paciencia y buen humor— las dificultades en alicientes.

Sólo le dan un aula grande, pero mal iluminada, para empezar con los cursos teóricos. Para lo demás había que adaptar un patio cubierto y construir allí el resto: más aulas, oficinas y montar los estudios convenientemente. A esa parte puramente edilicia hay que agregarle las instalaciones de infraestructura para energía, calefacción, refrigeración, indispensables para el buen mantenimiento de los equipos electrónicos que se consiguiesen. En fin, había que autoproveerse de todo.

El que actúa, el que hace, es capaz de soportar esos signos de contradicción. Al poco tiempo Grandinetti recibió del exterior todo el apoyo de materiales para montar la práctica de estudios (cámaras, micrófonos, spots, etc.). En cambio, aunque necesitaban esos recursos humanos que la Escuela podría formarles, los canales de aquí no colaboraron con nada. Tenían miedo. Un amigo como Goar Mestre, incluso no se animaba. A pesar de todo, se levantó el edificio dentro del propio Colegio; se contrataron profesores y empezaron a llegar los primeros equipos. Parecía imposible, pero la escuela se puso en marcha. Muchas cosas se fueron adaptando y ajustando durante el camino —“haciéndolo al

andar...” como decía Antonio Machado—, pero la Escuela ya no detuvo su marcha. Las aulas se llenaron, cada vez más, de alumnos ávidos de aprender los misterios, los secretos de esta nueva profesión y así acceder a un nuevo mercado laboral de gran futuro.

Durante la gestión del padre Grandinetti al frente de aquella institución, egresaron más de quinientos estudiantes y muchos de ellos están todavía hoy trabajando en canales de televisión de todo el país. Además, como era la única carrera de televisión con nivel universitario y la Universidad del Salvador estaba oficialmente reconocida, el título académico que otorgaba automáticamente tenía validez nacional. Igual que cualquiera de las otras facultades de esa casa de altos estudios.

Sin embargo, tres cosas la distinguían plenamente del resto de la oferta educativa clásica: la novedad, la brevedad de su duración (comparada con las carreras clásicas de cinco y hasta seis años de estudio) y su inserción laboral en un campo que requería permanentemente personal especializado. La gente buscaba estudiar en la Escuela de Televisión del Salvador que dirigía el padre Grandinetti (todo un nombre en el ambiente), porque sabía que los canales consideraban y buscaban a sus egresados. Era una carrera corta, útil y seria y conformar su curricula exigió una gran dosis de creatividad e imaginación, ya que no había modelos que copiar, sino precedentes que sentar.

Por cierto que en esto Grandinetti siguió su regla de oro: reunir un puñado inicial de colaboradores –capaces y entusiastas– y apoyarlos trabajando a la par de ellos en todos los aspectos organizativos y en la orientación general (jamén de ir consiguiendo, con la ayuda de la Providencia, los recursos materiales para que la empresa no se frustrase!). A su lado no tenía ningún otro sacerdote jesuita que lo siguiera inmediatamente. Sólo mucho después –y con otra formación e ideas– vino Carlos Duhourq; en tanto el hermano de éste (José Luis, del clero secular) enseñaba Análisis de la Imagen, una materia del primer año y Crítica de la Imagen, en segundo año. José Luis había sido alumno del padre Grandinetti en el Seminario y se desempeñó como un buen colaborador de la escuela. Pero, en realidad, aquel equipo inicial se apoya en la labor de tres entusiastas colaboradores: en lo pedagógico, el profesor Gustavo Cirigliano (otro ex alumno del Seminario) y en lo técnico-administrativo el teniente Bertoni y el capitán Rawson (ambos oficiales retirados de la Armada Argentina). Todos de gran valor moral e intelectual. Cirigliano sería el primer Prefecto de Estudios de la flamante Escuela de Televisión y Bertoni y Rawson, sus directivos. Todo ello, bajo la supervisión y orientación incansable de Héctor Grandinetti, que además debía lidiar con la incomprensión casi permanente de algunos sectores de su propia Orden, refractarios al cambio y a la novedad de este nuevo campo evangelizador que era la televisión.

El otro gran problema era conseguir profesores para dictar todas las materias de la escuela. Como no existían insti-

tutos de formación profesional para la gente de ese medio, tampoco había profesores formados y experimentados. Hubo que salir a buscarlos en los propios canales de televisión que ya estaban funcionando, lo cual –de paso– implicó una activa vinculación entre el mundo de las aulas y el de la televisión real. Muchos de los jefes de los futuros egresados, habían sido sus profesores en la escuela. Grandinetti se encargó personalmente de esa “pesca”. Así, por ejemplo, llegó Ottobre a las aulas del Salvador. En ese momento estaba haciendo, con gran éxito en Canal 13, lo que luego sería un clásico de la televisión argentina: el programa “La nena”, con Marilina Ross de protagonista principal. Era un muchacho católico, estudiante de Filosofía y Letras y Grandinetti lo hizo su profesor de la asignatura “Libretos y guiones” en la flamante escuela de televisión. Y, como ese, muchos otros hallazgos de primer nivel. Allí donde estaba trabajando el mejor, iba el padre Grandinetti con su oferta docente y la gran mayoría le respondía porque lo conocían y por el prestigio de acceder a la cátedra universitaria en una Escuela que era conocida tanto en el país como en el extranjero.

Con la Escuela de Televisión, la Universidad del Salvador crecía. Y con el tiempo, los esfuerzos de Grandinetti y su equipo, la Escuela de Televisión también se desarrollaba y prestigiaba. Muchos años más tarde, recordando esta experiencia inolvidable de aquellos tiempos, Grandinetti decía: *“Ahí yo también empecé a tener nueva conciencia de lo que era una universidad. No era sólo aquello de que uno va a un aula, se sienta, viene un profesor y le explica. Allí tam-*

bién estaban integrados el técnico, el que se había hecho en la lucha, en el trabajo cotidiano dentro de un canal, junto al teórico, el de los libros o el escritorio. Ambos complementándose sabiamente. En una indisoluble unión de teoría y práctica”.

La Escuela de Televisión de la Universidad del Salvador había terminado de nacer. Se desarrolló. Creció. Maduró. Todo ello, entre 1964 y 1966, en Buenos Aires y contra mucho viento y marea. Sin embargo, desde Roma miraban con mejores ojos.

### Jesuitas ante las cámaras

Bajo este título, el *Anuario de la Compañía de Jesús* (1966/67), se refiere expresa y elogiosamente a esta experiencia argentina y a la dinámica figura del padre Héctor Grandinetti (op. cit. págs. 32 a 34). Allí entre otras cosas leemos:

“En América Latina donde, con un poco de humor y mucha visión histórica, alguien ha dicho que la única revolución hoy permanente es la del transistor, un jesuita de mentalidad moderna, consciente del retraso con que hemos entrado los jesuitas en este mundo de los medios de comunicación de masas –y el padre Arrupe no ha vacilado en decir que vamos treinta años atrasados– se ha pasado directamente a la vanguardia, y no sólo se trabaja para la televisión, sino que se forma a sus directores”.

Servicio mayor a la Compañía de Jesús que, curiosamente, su Padre General reclamaba y alababa en Roma, mientras otros entorpecían en Buenos Aires. A lo mejor con las “mejores intenciones”, pero ya sabemos que éstas también empiedran el camino del infierno. Mas, sigamos leyendo el *Anuario*:

“En la Universidad (jesuítica) del Salvador, que tiene hoy unos cinco mil alumnos, fundó el padre Héctor Grandinetti en 1964 un ‘centro’ destinado a la formación de expertos en dirección integral televisiva; ambición alta sin dudas, pero en realidad la única estratégicamente eficaz para lo que se pretende: programas de contenido formativo y apostólico, cuando su efecto va a ser anulado o sofocado inmediatamente por la ligereza frívola o el deliberado confucionismo de otros programas. El padre Grandinetti pensó que, en beneficio de la cultura y del mejoramiento humano, no había táctica más conducente en el campo de la televisión, que la de asegurar la alta calidad moral e intelectual de sus directores”.

Aval de una estrategia, al que sigue el pleno reconocimiento de una táctica de esfuerzo, trabajo y sacrificio personal. Como en la mejor escuela ignaciana:

“Para eso no ahorró esfuerzos: buscó ayudas por todas partes, invadió locales, enroló voluntarios, organizó las primeras lecciones: en enero de 1966, la llegada de 55 cajones de instrumental de la marca inglesa Marconi,

colocó a la escuela de Buenos Aires por encima de cualquier otro centro análogo de América Latina, y permitió montar la enseñanza integral de una carrera con todos los elementos de categoría profesional. Ese instrumental que, sobre todo por sus cámaras, era superior al que por entonces usaban los cuatro canales argentinos, se siguió enriqueciendo poco a poco, hasta culminar en el inolvidable acto de inauguración, en el que la participación oficial y de público sellaron el espléndido gesto de cooperación, unidad y entendimiento de todos los canales de televisión de la Capital Federal: los técnicos de Canal 7 se encargaron del sector iluminación; Canal 9 corrió con el manejo de las cámaras y la escenografía; Canal 11 asumió la dirección de la mesa de control y la locución, por fin, Canal 13 se encargó de la consola de sonido y sus ramificaciones”.

La natural competencia, no fue sin embargo obstáculo para la solidaridad; algo que siempre ocurre cuando la dirección es correcta y el ideal noble y superior. Pero aquel *Anuario* jesuita nos sigue relatando:

“Con eso quedó definitivamente abierta, el 30 de agosto de 1966, la Escuela Universitaria de Televisión: ciento cincuenta alumnos (hoy ya son cerca de trescientos) gracias a un modernísimo equipo de televisión de circuito cerrado, se ejercitan en la teoría y en la práctica televisivas, a lo largo de tres cursos anuales.

No estará de más describir sumariamente el programa completo de estos estudios, que la experiencia y disponibilidad de profesores irá modificando. El primer año de estudios es teórico, y comprende Historia del Arte, Filosofía de las Comunicaciones, Introducción a la Sociología, Ética, Estética, Historia de la Televisión, Física y Literatura. En el segundo curso se inician las clases prácticas, que comprenden las siguientes materias: Análisis de la Imagen, Crítica de la Imagen, Administración y Organización, Publicidad, Dirección General, Técnica Operativa, Libretos y Guiones, Estadística. El último curso está dedicado a la práctica de Dirección de Cámaras, Movimiento Actoral, Puesta en Escena, Iluminación, Sonido, Escenografía y Puesta en el Aire”.

Modelo de curricula, que aquel *Anuario* se encargaba de divulgar en el seno de la comunidad jesuita mundial.

“Esta carrera, caso único en América Latina, ha suscitado ya el interés de no pocos entendidos en la materia, y seguirá perfeccionándose con la ayuda de todos y el intercambio de ideas y profesores; y no nos equivocamos si nos atrevemos a decir que el padre Grandinetti aspira a convertir su escuela en una auténtica e independiente universidad de televisión”

Y por cierto que el redactor del *Anuario* no se equivocaba. Lo que acaso ignoraba o minimizaba, era la mezquindad de unos pocos que —como casi siempre— echa abajo la cons-

trucción de muchos. Sin embargo y como correspondía, aquella nota del órgano oficial jesuítico terminaba exhortando:

“Es más que importante el que amigos y bienhechores comprendan dónde hay una obra de excepcional importancia para el bien espiritual y aun material, de su patria y de América Latina”.

En este mismo sentido, de alabar la obra de Grandinetti en la Universidad del Salvador, se expresa el Dr. Antonio Pagés Larraya, secretario de Comunicaciones del gobierno nacional (máxima autoridad en la materia), en carta que le hace llegar con fecha 4 de marzo de 1964. Allí luego de manifestarle su apoyo y su “vivo interés” por la flamante Escuela de Televisión, le dice: “Como sabiamente lo ha expresado Su Santidad Paulo VI en los documentos que Usted cita, se hace cada día más necesaria la formación de sacerdotes y laicos dotados de específica pericia en el manejo de los modernos medios de comunicación social, para que puedan orientarlos sanamente a los fines del apostolado cristiano”. Sin embargo, para el gobierno nacional que encabezaba en ese año el Dr. Arturo Illia (por la UCRP) tal labor en el área de la cultura de masas, adquiría también una importancia adicional: la comunidad argentina comenzaba a vivir la inquietud de la lucha armada de carácter guerrillero —que luego azotaría por más de diez años a la sociedad— y la penetración en el campo de las comunicaciones sociales era un objetivo primordial de aquella guerrilla. El año anterior había sido asesinado el presidente Kennedy en los Estados Uni-

dos y una ola de inquietud recorría al mundo. En nuestro país la polémica peronismo/antiperonismo no cesaba y, para peor, el gobierno radical y los sindicatos se encontraban enfrentados en una lucha casi sin retorno (causa en buena medida del golpe militar de 1966). Ese mismo año de 1964 se había iniciado con la proclamación de un “plan de lucha”, por parte de la CGT que encabezaba José Alonso (luego él mismo víctima de la violencia guerrillera), y Perón amenazaba —desde su exilio en Madrid— con un pronto retorno a la patria, cosa que ocurriría en el mes de diciembre siendo detenido en Río de Janeiro. En medio de un clima tan poco propicio, en el mes de marzo de 1964, se descubre en la provincia de Salta el accionar de un grupo guerrillero al que se atribuye orientación castrista. Se inician operaciones militares —que concluirán en el mes de mayo— dirigidas por el titular de Gendarmería Nacional, general Julio Alsogaray. La así llamada “guerra sucia” —ya que no respetaba a nada ni a nadie— había comenzado en la Argentina.

No es de extrañar entonces que el secretario de estado de Comunicaciones (Pagés Larraya), viera con buenos ojos el papel activo de la Iglesia en los medios de comunicación social y la idea de formar, para ellos, hombres capaces de servir con lealtad al país en momentos tan difíciles. Así se lo decía en aquella carta al padre Grandinetti de comienzos del '64: “También cada día es más evidente la conveniencia de no dejar a los sectores sociales y políticos que se identifican con el materialismo ateo y con la subversión comunista, el control de los medios de comunicación que tanta incidencia

tienen en la formación de la conciencia pública. Estoy convencido de que un Centro Universitario de Medios de Comunicación Social está destinado a contribuir eficazmente a que se corrija un estado de cosas anómalo y peligroso, que ha colocado a la comunidad nacional bajo las amenazas de una solapada guerra revolucionaria". No se equivocaba el alto funcionario y la labor del padre Grandinetti —ajena a toda especulación o compromiso político— era vista como una importante contribución al campo del espíritu y de la comunicación social, en cuya trama se teje la paz y la dignidad de los pueblos. Meses más tarde, como veremos, ese apoyo culmina en el otorgamiento de una nueva licencia televisiva (el canal 4) para la exitosa escuela de TV del Salvador. Pero, no nos apresuremos, porque ese será otro hito de nuestra pequeña historia.

En tanto, con apoyo nacional e internacional y con el fervor creciente de alumnos y profesores, la escuela de televisión crecía. Y, como era de esperar, el padre Grandinetti no se dormía en los laureles. Había gestado uno de los primeros canales privados; puesto en marcha una carrera universitaria para directores integrales de televisión (la primera en la Argentina en su tipo), pero al jesuita —que ahora tiene 46 años— no le bastaba: ya veía en el horizonte, amaneciendo, la televisión en colores. Y quería que allí estuviese presente la Iglesia, la Compañía de Jesús, la Universidad del Salvador. Y estuvo a punto de lograrlo, ¡catorce años antes de que efectivamente los argentinos pudiésemos ver televisión cromática!

## La televisión cromática

Seamos claros: lo consigue por su esfuerzo y prestigio y lo perdió, nuevamente, por la miopía de unos pocos. Algo común en los pioneros que abren la picada para los que vienen detrás. Casi treinta años más tarde, pero acaso todavía con el entusiasmo de 1964, sintetizó así esta historia: "En aquel tiempo no había nada aquí de la televisión en color. Una empresa francesa estaba tratando de entrar con su sistema en la Argentina y claro, los intereses a favor y en contra eran muchos, porque si entraba en nuestro país se le abrirían todos los mercados de América Latina. El proyecto tenía pleno apoyo del presidente de Francia, el general De Gaulle y nosotros hicimos todo lo posible para obtener la licencia del canal 4, en colores, siendo los primeros en el país. Estábamos listos, con nuestra escuela de televisión en la Universidad del Salvador. ¡Pero la noticia salió publicada en el "Boletín Oficial" y eso, tan natural, terminó perjudicándonos! La fundamentación destacaba que éramos la única institución capacitada y, además, imparcial frente a los canales ya instalados. Se nos concedía entonces la licencia en carácter experimental y por tres meses. La idea era además, abierta ya que se trataba de probar un período con nosotros, después con otro canal y, por fin, elegir la empresa y el sistema de televisión cromática más conveniente para el país. Toda una garantía. Pero se armó la de San Quintín!".

Claro, los intereses económicos y comerciales en juego

eran muchos y, en consecuencia, las presiones múltiples y poderosas. Sin embargo, Grandinetti no era hombre de amilanarse, así como su prestigio en la materia movía montañas. Es así como el 23 de julio de 1964, firmó un acuerdo para recibir —en su escuela de televisión— los primeros equipos profesionales de televisión color que ingresarían al país con vistas a su generalización oportuna. La carta de intención, suscripta en esa fecha, decía que *“la Compagnie Générale de Télégraphie Sans Fils (CSF), ad referendum de su casa matriz y del gobierno francés, acepta facilitar a la Universidad del Salvador, representada por el R. P. Héctor Grandinetti, en calidad de préstamo por el término de noventa días, el equipamiento técnico para TV color indicado en el anexo A”*. Y ese anexo A implicaba de todo: una planta transmisora totalmente equipada; estudios con el mejor nivel tecnológico de la época y repuestos para mantener todo en perfecto estado de funcionamiento. Una vez más conseguía (¡y gratis para la Universidad del Salvador!), lo que otros con mucho dinero y presiones no habían podido conseguir. Lo noble del fin, el carácter no lucrativo de la escuela del Salvador y el prestigio personal de Grandinetti, habían logrado equilibrar el fiel de la balanza.

Ese mismo año el presidente Charles De Gaulle visitó la Argentina (octubre de 1964) y las relaciones entre los dos países eran inmejorables. La asistencia gratuita a la Universidad del Salvador se enmarcaba en ese clima de cooperación y todo estaba técnicamente listo. Llegaron los equipos y los técnicos de apoyo y el comienzo de la televisión cro-

mática en América Latina era casi una realidad. Los jesuitas, una vez más eran pioneros en lo que a progreso y moderna evangelización hacía.

Además había apoyo político e institucional explícito del gobierno nacional. El 13 de agosto de 1964 el padre Grandinetti había recibido en su despacho de la escuela una carta, firmada por el Dr. Angel Enrique Lapieza Elli (entonces Director General de Radiodifusión), donde se le remitía copia adjunta de la resolución N° 1143 de la Secretaría de Comunicaciones de la Nación. El secretario de estado Pagés Larraya —el mismo que tanto se había entusiasmado con la creación de un Centro Universitario de Televisión—, ahora autorizaba a la Universidad del Salvador “para instalar y poner en funcionamiento en la Capital Federal, una estación de televisión para realizar transmisiones por un período de noventa días a contar de la puesta en servicio de la misma”. En uno de los considerandos de aquella resolución se decía: *“la Universidad del Salvador ha proyectado transmitir programas de televisión en colores, procedimiento técnico que debe merecer el más franco apoyo, máxime cuando se emplearán receptores adaptados a ese sistema y estratégicamente ubicados para que las transmisiones puedan llegar a un vasto sector de la población”*.

Un sueño estaba por cristalizar. Se contaba con todo: las instalaciones, los equipos de emisión y recepción cromática y un equipo humano listo para salir al aire. La televisión en colores se encendería en la Universidad del Salvador. En Argentina. En América Latina.

Faltaban solamente unos pocos detalles. Que no se dieron. O se dieron algunos otros, que no deberían haberse dado. Una carta del propio padre Grandinetti nos aclara (¿nos aclara?) el caso. Está fechada el 2 de noviembre de 1964 y dirigida al secretario de Comunicaciones, Dr. Antonio Pagés Larraya:

X "Excmo. Sr. Secretario de Comunicaciones:

Pasado ya un tiempo desde que *los jesuitas no pudieron aceptar el canal que S. Excia. tan previsoramente para el futuro les ofreció* y, con el tiempo, un poco más calmado mi grave disgusto, debo cumplir con mi deber de manifestarle mi particular admiración y agradecimiento por su decreto. Admiración, digo, por su alta inspiración cristiana y *por su deferencia hacia la Universidad del Salvador*, al concederle el más magnífico medio de apostolado y vehículo de cultura que tan lamentablemente no pudo ser aprovechado.

Es doloroso constatar cómo *ciertas circunstancias adversas y que tan hábilmente trabajan en la sombra contra el bien*, han obligado una vez más a dejar de lado los más nobles ideales.

Sin embargo, Vtra. Excia. había superado todo temor, todo respeto humano, inspirado en el Evangelio de Cristo que nos manda a llevar la verdad a cualquier precio ante el mundo necesitado de ella, Vtra. Excia. no temió, tuvo visión y procedió clara y decididamente.

Ciertamente que no olvidaré este ejemplo en este caso particular, en el ámbito más grande, el fervor que demuestra en el trato de su difícil misión, guiada en todo momento por la luz del amor a nuestra querida patria y a nuestra eterna y cristiana tradición".

¡Un verdadero papelón de "los que trabajan en la sombra contra el bien"! Piadosa forma en que Grandinetti —repuesto del "disgusto"— los denominaba en su carta de disculpa (?) al secretario de Comunicaciones. Gente de su propia Universidad y de su propia Orden, eran los verdaderos responsables de que "los jesuitas no pudiesen aceptar" el canal que generosamente se les ofrecía y los equipos gratuitos de Francia. Otra vez se repetía la dolorosa experiencia del canal 11, mostrando lo cierto de aquel dicho según el cual "el hombre es el único animal que se golpea dos veces con la misma piedra". Otra vez los jesuitas —y a través de ellos, la Iglesia toda— se volvían a quedar sin su canal de televisión y los argentinos deberían esperar casi hasta fines de la década siguiente (1978) para ver televisión en color. Acaso por vergüenza ajena, Grandinetti todavía hoy no brinda demasiadas precisiones al respecto remitiéndose a aquella carta de disculpa al secretario de Comunicaciones.

Sin embargo, a pesar de este fracaso para instalar un circuito cerrado de televisión color, la escuela de televisión de la universidad continuó creciendo y desarrollándose, día tras día.

## Roma locuta

En realidad, había comenzado siendo un *Centro* de estudios de televisión. El tiempo y el éxito lo transformarían en una verdadera *Escuela* universitaria. En una carta al Vicario General de la Compañía de Jesús, Juan I. Swain, el padre Grandinetti resumía sí su actuación de los últimos años:

Buenos Aires, 6 de enero de 1965

“Muy Reverendo Padre Vicario General:

En muchas ocasiones el mismo R. P. Jannsens me ha concedido la posibilidad de desenvolverme en este camino, sobre todo en los últimos años, como V. P. lo conoce también a raíz de la conversación personal que tuve con V. P. en el mes de octubre de 1963.

Después de esa entrevista los superiores me han concedido abrir el Centro Universitario de Televisión en la Universidad del Salvador que a Dios gracias va siendo todo un éxito, pues los cursos se van desenvolviendo muy bien, y en el orden material he podido edificar un pabellón nuevo, de 350 metros cuadrados, que consta de dos aulas, de dieciséis por cuatro metros, más un gran set (o estudio, salón) de televisión, de 15 por 10,50 metros y una altura de 7,50 metros, con todos los equipos de iluminación y escenografía requeridos para los programas didácticos de TV; finalmente la sala de controles para los

equipos, que está adosada y dominando el set.

Todo esto se ha levantado en el curso de tres meses, gracias a la ayuda de Dios y a las donaciones de personas amigas, que han visto la trascendencia de formar gente en el nivel audiovisivo universitario, cosa hasta ahora única en América Latina. Tanto es esto verdad que ya varios países de Latinoamérica han solicitado ser inscriptos en nuestros cursos de la Escuela de TV.

Infirmus servus in Xto.

*Héctor Grandinetti S. J.*”

La carta además solicitaba autorización para viajar al próximo congreso de UNDA en Roma —donde precisamente se estudiaría el documento conciliar para los medios de comunicación— y luego a los Estados Unidos, a fin de conseguir algunos equipos más para la Escuela. Ambos permisos le habían sido denegados a Grandinetti por el Padre Provincial de la Argentina.

El padre Swain, en buen latín, responde que lo alegra el buen ánimo suyo, a pesar de todas las dificultades, y bonas suas dispositiones obedientiae et amoris erga Societatem. Por lo tanto, se le decía acepte lo que los superiores de su país dispongan, que en ello su espíritu hallaría la paz que necesitaba. Nada más. Poco por cierto para un luchador de su naturaleza, jaqueado por la incomprensión local.

Grandinetti, respetuosamente, no se da tampoco por vencido. El padre Cándido Gaviña –en ese entonces asistente del Padre Vicario General Swain– estaba visitando la provincia argentina. No desaprovecha la oportunidad; le hace conocer la escuela de televisión y éste queda muy gratamente impresionado. A su regreso de Mar del Plata, el propio Gaviña decide escribirle al padre Swain para plantearle el “caso Grandinetti”.

Califica en su misiva a aquella escuela de *optimum opus*. Sabe que el padre Grandinetti la creó y le dio impulso (*in exitum iam perducit*). Y de qué manera: (*eleemosynis enim ab eo patienter collectis*), recogiendo donaciones pacientemente. La describe en sus detalles edilicios y emite un juicio claramente favorable: *Opus revera laudandum, utpote summa cura ac gustu confecta, ut est patri Grandinetti mos laborare, ac prorsus consonum cum recentioribus usibus istiusmodi TV stationibus* (“Una obra digna realmente de alabanza, ya que está realizada con cuidado y buen gusto –como acostumbra a trabajar el padre Grandinetti, y perfectamente de acuerdo con lo más avanzado en estaciones de televisión”). Sin embargo este aval explícito tampoco basta.

Sin conocer las ultimas razones, se le sigue negando el permiso para ir al congreso de UNDA en Roma y a los Estados Unidos en busca de nuevo equipamiento. al preguntar por esas “razones”, se lamenta (*sincere doleo*) de la negativa cerrada y, sobre todo, por las ventajas efectivas que aportaría a la Escuela esa visita a los Estados Unidos: “*Sed prae-*

*sertim doleo quos eidem patri denegatur facultas adeundi Status Americae Foederatos, ubi, ob non paucas relationes ab eodem patre obtentas in praecedentibus, omnia instrumenta necessaria pro Scola TV in minimo pretio vel gratis omnino obtinere procul dubio posset*”.

El padre Cándido Gaviña vuelve a jugarse por Grandinetti, poniéndose a sí mismo como testigo: “*Testis sum quod in praecedentibus itineribus optimam aedificationem reddiderit ac prudentem se gesserit in rebus incoeptis*”. La carta está fechada en Buenos Aires (Universidad del Salvador) el 18 de febrero de 1965.

Al mes siguiente (Roma, 23 de marzo de 1965), viene una respuesta del padre Swain a Grandinetti. Le agradece las buenas disposiciones con respecto a la obediencia y lo invita a considerar las determinaciones de los superiores “*tamquam signis divinae voluntatis*”. Y a que siga animosamente adelante con su obra, “*ad Dei maiorem gloriam*”.

Mientras tanto y según un estudio de la Asociación de Teledifusoras Privadas Argentinas, en julio de 1965 ya estaban funcionando más de treinta circuitos cerrados de televisión en todo el país. Desde Salta a la Patagonia, todo el país cubierto por una red de televisión. Y la Universidad del Salvador, la Iglesia de la Argentina, esperando un canal para poder hacer oír su voz, mostrar su imagen, llevar el mensaje del Evangelio al pueblo de Dios...

No viaja al congreso de UNDA en Roma. Tampoco a los Estados Unidos para terminar de reequipar la escuela (¡con lo cual se perjudicaban los alumnos y profesores, no sólo su director!), pero Grandinetti escribe una relación completa de su tarea al Padre General Arrupe, el 18 de agosto de 1965. ¡El mismo Padre General le contesta, antes de transcurrido el mes! Con fecha 10 de septiembre de ese mismo año, recibe en Buenos Aires una carta del R. P. Pedro Arrupe, donde podemos leer:

“...Es de suma importancia ese trabajo y está llamado a tener un influjo incalculable en el medio social al cual se dirige. Así lo ha reconocido la Iglesia en su decreto conciliar *Inter mirifica*, sobre los medios de comunicación social, y la Compañía, en los frecuentes documentos que sobre este tema envió a los nuestros mi predecesor, el R.P. Janssens, de feliz memoria. Por lo tanto, será lo primero felicitar sinceramente a VR como creador y director del Centro de Televisión de la Universidad del Salvador y con usted a todos los profesores y alumnos del mismo, y enviarles a todos una especial bendición y palabras de aliento para que sigan adelante en ese fecundo campo de apostolado social. Tienen ustedes entre manos una obra de gran trascendencia. Procuren realizarla con la mayor exigencia académica y con la mayor decisión, ya que difícilmente podrán emplear su actividad y podrán darse a un trabajo de mayor influjo y repercusión ideológica para con los hombres de nuestra generación. (...) Deseando a VR y al Centro de TV de la Universidad

del Salvador toda la prosperidad y toda la ayuda del Señor, de VR afmo. s. en Cristo

*Pedro Arrupe S. J.”*

Palabras de reconocimiento y exhortación a continuar en la lucha, de su máximo superior y de uno de los hombres más lúcidos y santos que rigió los destinos de la Compañía de Jesús durante este siglo. Todo un aval moral para el padre Grandinetti. Sin embargo, otros mucho más cercanos en la geografía, seguían con los oídos sordos y el corazón cerrado. ¿Incomprensión?, ¿celos?, ¿falta de preparación intelectual?, ¿una mezcla, quizás, de todas esas cosas? Puede ser, pero Grandinetti siguió —a pesar de todo— fiel a su ser jesuita y a la tarea que un día había recibido en la misma Roma de boca del Padre General: “*Padre, dedíquese plena y exclusivamente a la televisión*”. Lo seguiría haciendo. La Escuela de Televisión era algo demasiado importante como para ser frenada por la incomprensión de unos pocos.

### Por fin, la inauguración oficial

El 21 de enero de 1966 —fiesta de santa Inés— el diario *Clarín* de Buenos Aires (el matutino de mayor circulación en el país), anunciaba acompañado de una foto y en su página central: “*TV en la Universidad del Salvador*”. Bajo ese título podía leerse: “*La Universidad del Salvador está terminando de montar un pabellón para su Centro de Televisión, cuyo director es el R. P. Héctor N. Grandinetti S.J. Cuenta con un estudio de 10 por 16 metros, equipado con*

*circuito profesional Marconi, microcine, biblioteca y aulas anexas para la enseñanza. Los programas contemplan tanto la preparación en el campo de la cultura artística en general, como la específica en televisión y el dominio necesario del quehacer técnico. Serán ajustadas las instalaciones acústicas y de refrigeración para comenzar las clases en el próximo período lectivo. El 7 de febrero próximo abren la inscripción al primer año en el Curso de Dirección Integral, Callao 542, de 10 a 12 y de 19 a 21”.*

Ese mismo mes de febrero — fechada en Roma el 13— recibe carta afectuosa del mismo padre Cándido Gaviña que había tratado de ayudarlo en Buenos Aires. Esta vez en perfecto castellano, no en latín, le decía: *“Ya se imagina qué alegría experimenté al saber que le llegaban todas las cajas y que para fines de febrero piensa tener instalado el estudio y que podrá inaugurarlo ya en abril con el nuevo curso. Alabado sea el Señor. Al fin llega lo que por tantos años usted ha pensado realizar: una Escuela de TV en toda forma. Ahora lo que importa es que se consoliden los estudios, insista cada vez más en la exigencia académica, asesórese de excelentes profesores, etc. Mire que de eso depende todo”.* Algo que Grandinetti en Buenos Aires estaba y seguiría haciendo puntualmente: de todo, lo mejor. Si era grande su alegría por carta de un hermano tan cercano a la Vicaría General en Roma, más grande aún fue al mes siguiente el recibir una misiva del mismísimo Padre General. Con fecha 5 de marzo de 1966 y fechada en Roma, el padre Arrupe le decía: *“Me he alegrado mucho de las buenas noticias que*

*me da en su carta del 28 de enero sobre el arribo de los equipos de TV para los cursos prácticos de la carrera. Que ello le ayude a poner a la altura necesaria la exigencia académica, de la que le hablaba en mi anterior, ya que lo que importa es formar a personas muy capaces en el terreno técnico y muy bien orientadas en ideología cristiana (...)* Le envío con mucho gusto mi especial bendición y deseo que su Escuela alcance todo lo que yo espero de ella”.

Y, por fin, el padre Grandinetti abre las puertas de la Escuela con un muy emocionado discurso:

“Al principio, fue el sueño, el proyecto que sólo acariciaba en la mente, o que sólo surgía en la conversación, en el grupo reducido de amigos.

“Lo sabíamos — todos coincidíamos en ello— la necesidad de preparar, de capacitar a especialistas de televisión, de modo orgánico. Sabíamos de la necesidad de superar la etapa inicial que se plasmó en base a improvisación brillante y creación certera. Nuestro país, en pleno desarrollo en este campo, iba prontamente a exigir especialistas. ¿Qué se podía hacer?

“Toda la empresa se presentaba difícil, plena de obstáculos. El proyecto era a la vez una barrera imposible de derribar. No había instalaciones adecuadas, las aulas de la Universidad ya estaban colmadas, los equipos eran costosos, y el dinero, precisamente, no abundaba.

“La empresa debía ser meditada, analizada, madurada.

“Éramos muy pocos los que sólo tres años atrás apenas nos animábamos a pensar que podría llegar a ser realidad. Éramos los que nos reuníamos y sobre el papel imaginábamos realidades que entonces sólo eran nombres, y mezclábamos lo futuro con lo imposible, en entusiasmo alterado por la desazón. La conversación, que se estimulaba a sí misma, hacía que creyéramos realidad lo que no era más que un proyecto.

“Y llegó el momento en que las palabras hallaron una senda humilde pero concreta, y quedaron reducidas a dos simples páginas que eran meramente un plan de estudios.

“Dos hojas de papel y el nombre de un curso —única realidad de un sueño— movilizarían desde un escritorio de esta misma universidad lo que hoy todos pueden ver, palpar y percibir como realidad.

“Ello nos estimula, nos invita a reflexionar, a reconocer que la Argentina no perdió su alma de pionera, de realizada. En la Argentina se pueden realizar proyectos, y aún a corto plazo. No somos únicamente seres para los proyectos de la mesa de café, que luego mueren con el saludo de despedida. Las dificultades de entonces eran las mismas de ahora: había inflación, los técnicos emigraban y se hacían huelgas. Con todo, el país lo pudo hacer. La Argentina tiene destino de grandeza y tiene real capacidad para ejecutar, para

hacer. Esta realidad que nos rodea lo prueba. No hemos perdido las fuerzas de la construcción, no se ha disipado la capacidad de realización.

“Ese camino es más seguro, cuando el sendero elegido es más realista, es decir, humilde, capaz de conducir a un gran futuro, pero, en su momento semilla pequeña y oculta.

“Permítanme repetir: estos estudios, estas instalaciones, estos equipos, los cientos de alumnos, toda esta realidad, hace tres años, eran sólo dos hojas de papel.

“Vivimos en el mundo de los medios de comunicación masiva. Todo el mundo se ha acercado a cada uno de nosotros. Todo el mundo se nos ha achicado. Vivimos en una dimensión plural, compartiendo vivencias de lejanos países, participando de experiencias de otras culturas, sufriendo los dolores de otros pueblos.

“Nuestro vivir es, en realidad, convivir. Somos, en realidad, lo que podemos comunicar con los demás; somos lo que los demás nos aportan. Este milagro de individualidad multiplicada es posible gracias a esa dimensión particular de nuestro tiempo: la comunicación. Y ella se vehiculiza a través de la prensa, el cine, la radio y, particularmente, la televisión.

“Sobre la importancia de los medios de comunicación social en la sociedad de nuestro tiempo, permítaseme repe-

tir estos párrafos del decreto conciliar sobre el tema: *'Para el recto uso de estos medios es absolutamente necesario que todos los que se sirven de ellos conozcan y lleven a la práctica en este campo las normas de orden moral. Consideren pues, la especial naturaleza de las cosas que se difunden a través de estos instrumentos, según la peculiar naturaleza de cada uno; tengan, a la vez, en cuenta las circunstancias o condiciones todas, es decir, el fin, las personas, el lugar, el tiempo y los demás datos que entran en juego en diversos medios de comunicación, y aquellas otras circunstancias que pueden hacerles perder su honestidad o cambiarla; entre las cuales se cuenta el carácter específico con que actúa cada instrumento, es decir, su propia fuerza, que puede ser tan grande que los hombres, sobre todo si no están formados, difícilmente sean capaces de advertirla, dominarla y, si llega el caso, rechazarla'*.

"La televisión es un instrumento singularísimo de comunicación. La imagen y la palabra penetran en nuestro hogar, nos buscan en nuestra intimidad. Como todos los medios de comunicación masiva, nos moldea, nos dota de hábitos, de costumbres, nos enriquece y, también, lamentablemente, nos puede empobrecer. Ese poder tremendamente transformador es el que preocupa a las sociedades de nuestro tiempo, pues en realidad, con la televisión, contamos con un instrumento capaz de transformar, en escaso tiempo, disposiciones, actitudes y creencias.

"De ahí la importancia particular que reviste la forma-

ción del hombre de televisión, quien no sólo ha de poseer los conocimientos científicos y técnicos (que este instrumento complejísimo exige) sino que ha de estar dotado de una conciencia alerta capaz de percibir los efectos psicosociales que la televisión lleva consigo.

"Fue dentro de tal espíritu como diagramamos nuestro plan de estudios. Perseguimos la humanidad del hombre de televisión, para que siempre se guíe por la humanidad del espectador. Queremos evitar, dentro de nuestro medio, que la mente sea considerada una mercancía, y el hombre, sólo un número anónimo.

"Por ello nos interesó la formación especializada en televisión y ese espíritu -suponemos- es el que animará las pulidas y brillantes máquinas que nos rodean.

"No puedo ocultar de ningún modo la alegría que siento en este día, pero precisamente en los días de alegría no se ha de ser muy largo en las palabras. Por ello, terminaré enseñada". Y a continuación leyó:

"Italcable

"RB5 FTC678 BA ROMA 46 28 221

"Lt padre Grandinetti

"Complacido envíole especial bendición para Escuela Televisión Universidad del Salvador al inaugurarse instalaciones equipos stop

"Felicitóles etapa alcanzada augurándoles constante éxi-

to formación alumnado en ese trascendental medio de comunicación humana stop Agradezco a cuantos han hecho posible esa realización

*Padre Arrupe"*

Con este telegrama, el padre General de la Compañía de Jesús se hizo presente en la gran inauguración.

## CAPÍTULO 5

### Nuevos viajes, proyectos y realidades

La Escuela de Televisión avanzaba viento en popa, aún cuando el proyecto de un circuito cerrado en color (el primero en el país) hubiese fracasado. En lo personal no era su fracaso, sino el de otros que no supieron (o quisieron) ver la trascendencia de lo que tenían entre manos. Sin embargo Grandinetti no es de los que se conforman con deslindar responsabilidades. Tampoco de los que se duermen en los laureles. Podía haberse apoltronado en el éxito de su Escuela de Televisión, pero no. Sin descuidarla por cierto, quiso más, siempre más. No por ambición personal, sino para mejor servir a los ideales cristianos que desde siempre guiaban su meta. Es así que decide volver a insistir con la posibilidad de un canal abierto de televisión.

El estado argentino tenía otorgada y vacante la posibilidad de operar otro canal en la frecuencia cuatro. Y allá va en pos de ese posible canal 4. Eran los últimos días del año

1966 y decide enviar una carta al entonces Presidente del Consejo Nacional de Radiodifusión y Televisión, Capitán de Navío (RE) Carlos A. Ibarra. En ella le decía:

“Estimado señor Presidente:

Después de haber considerado, juntamente con el Sr. Rector de la Universidad del Salvador, R.P. Dr. Ismael Quiles SJ, y habiendo sido tratado en reuniones con distintas personalidades del Superior Gobierno de la Nación, y por otro lado, Usted mismo y los miembros del Consejo que Usted preside han constatado las realidades de nuestra Escuela de Televisión, es que nos atrevemos a solicitar nos conceda poder utilizar la onda de Canal 4 de la Capital Federal para difundir educación y cultura.....”

Una vez más el propósito era diferente de lo mucho que ya se hacía en el campo de la televisión privada y sus objetivos explícitos y concretos: difundir educación y cultura. Los 400 años de la Compañía de Jesús como educadora, la Universidad del Salvador, la Escuela de Televisión, con toda su excelencia técnica y humana, le parecieron razones más que sólidas y suficientes. Además, esa onda no era utilizada por nadie y corría el riesgo de perdersela en el registro internacional. Sin embargo, no pensó igual aquel funcionario del gobierno del general Juan Carlos Onganía que —mediante un golpe de estado de junio de ese mismo año— ejercía de facto la presidencia de la República.

Ocho días después —el 28 de junio de 1966— recibía respuesta del Capitán de Navío Ibarra:

“Sobre el particular y sin dejar de valorar en todo su significado la plausible inquietud que lo mueve a formular dicha petición, vinculada con la obra educativa que enaltece a esa Universidad, debo expresarle la imposibilidad de acceder a tal requerimiento, toda vez que se oponen a ello las disposiciones legales en vigencia, que determinan el requisito indispensable del concurso público para el otorgamiento de licencias destinadas a poner en funcionamiento estaciones de radio y televisión”.

En otras palabras: felicitaciones, pero nada de lo solicitado. La burocracia —sorteable cuando se tienen deseos de ejecutar en serio— se oponía a un canal que hubiera estado íntegramente dedicado a la cultura y la educación. ¡Veinticinco años después las cosas seguirían estando igual y con el canal 4 sin adjudicar, y siempre a punto de ser perdido como frecuencia televisiva! No habría canal 4 para los jesuitas, para su escuela, pero no era su único proyecto. Otros sobrevivirían y nuevos se irían agregando a la lista.

Más que currículum, parece una avalancha, un huracán que no cesa. Tenía entonces Grandinetti 48 años y estaba en la plenitud de sus fuerzas. Siguen entonces una serie de nuevas actividades y proyectos que abarcarán toda la década siguiente.

**1967:** es nombrado experto en Televisión Educativa en la OEA (Organización de los Estados Americanos), en Washington. Y participa como Relator en el congreso organizado por Televisión Española, en Zaragoza, sobre televisión educativa en los países en desarrollo. En tanto, además de la dirección de la Escuela de Televisión, dicta en las aulas la asignatura Filosofía de la Imagen (1965-1968).

**1968:** es Vicepresidente de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social en la Argentina, dentro del Departamento de Televisión.

**1969:** es miembro, por el gobierno argentino, de la Comisión de Televisión Educativa Vía Satélite. Y también lo es del Comité de Desarrollo Cultural-Socioeconómico de la RAI (Radiodifusión Italiana) para América Latina. A su vez, ampliamente reconocido como experto, organiza en Buenos Aires el Primer Congreso Internacional de Televisión Educativa de la UNESCO. Al mismo tiempo, representa a la Argentina en los festivales de Montecarlo (1966-1969) y, en este mismo año, participa durante un mes en el seminario de Televisión Educativa para directores de escuela de televisión, invitado por la Fundación alemana Konrad Adenauer.

**1970:** es socio fundador de la Asociación Latinoamericana de Teleducadores y -por invitación de Telefunken-

viaja a Alemania para realizar estudios especializados sobre el sistema PAL de televisión en colores. Al mismo tiempo, la Asociación Internacional para el Estudio de las Comunicaciones Masivas (AIERI), lo nombra su socio y trabaja en el Departamento de Estudios de Política de Conducción y Opinión Pública, que a la sazón dirigía Oscar Magdalena. Como si tamaña responsabilidad institucional no fuera suficiente, se hace tiempo para conducir con todo brillo un programa diario de televisión: Hombres y Dios.

**1971:** participa activamente de tres congresos especializados. Uno en el exterior (el Congreso Ecueménico de Televisión, en Baden-Baden, Alemania) y dos en el país: el Primer Congreso de Comunicación, en la provincia de Salta y en esta misma ciudad, el Congreso de Prensa de América, esta vez en representación de AIERI. Continúa además su labor ante las cámaras, esta vez produciendo y realizando un programa periódico: Planteo y Comunicación. Este obtiene un premio para el canal 9, donde se emitía. Así en el padre Grandinetti se conjugan teoría y práctica televisiva, algo no demasiado común en la época.

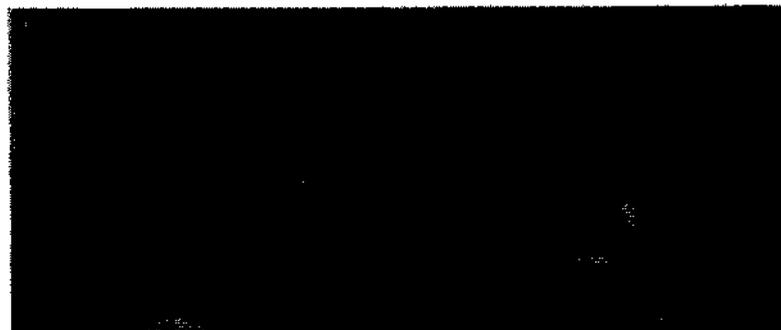
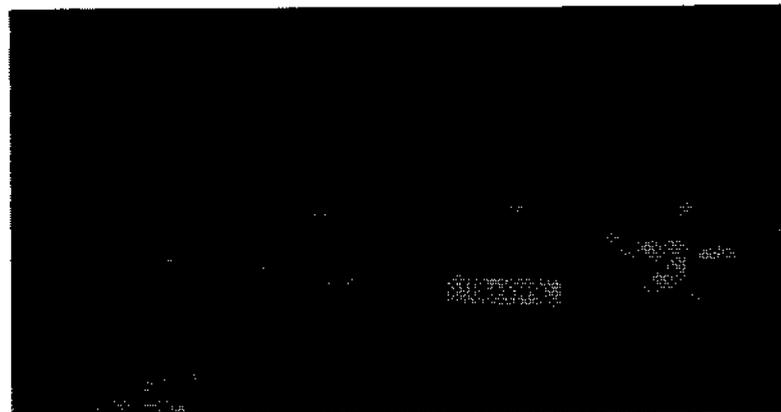
**1972:** AIERI lo distingue como Secretario de Promoción y Política de su Consejo Argentino. Y desempeña dos activas asesorías en instituciones de reconocida importancia: es asesor de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación, y de Asuntos Sociales para

Argentina y la América Latina, de la RAI.

**1973:** sigue en la práctica activa de la televisión, esta vez como productor independiente del equipo de SEGBA (Servicios Eléctricos del Gran Buenos) para el programa *Trasnoche sin Cortes*, que se emite diariamente por Canal 7 de la Capital Federal (de una a siete de la mañana). Es socio de la Asociación Latinoamericana de Teleducación (ALTE), con sede en Bogotá, Colombia. Asimismo representante en la Argentina de la Revista Teleducación, de la misma ALTE. Inicia además una labor de gran trascendencia social y pastoral: es designado asesor del Club de Abuelos, una institución de gran labor con hombres y mujeres de la tercera edad.

**1977:** es invitado por la Universidad Nacional de Tucumán para disertar sobre un tema que ha estudiado y protagonizado: "Historia de la Televisión, en la Argentina y el mundo".

Tiene ahora Grandinetti 59 años, pero la lista de sus actividades puede seguir. Incluso ésta no es completa; solamente indica los hechos más sobresalientes, nada más. Porque durante todos esos años (y los que siguieron hasta el presente) también escribe, publica, habla en público, por radio, por televisión, integra jurados, recibe distinciones y mucho más. Por su experiencia en el tema comunicacional, no sólo es una cita imprescindible en cualquier historia de la televisión



*Muestra de una de las tantas reuniones que asistía el Padre Grandinetti sobre comunicaciones, esta vez en Montreal .*

argentina, sino que sigue siendo reclamado por quienes se inician en ese vasto campo, con un ideal humanista y cristiano.

Cada uno de los hitos que aquí mencionamos —enunciados en pocas palabras— supone tiempo, capacidad, servicio, disponibilidad, empuje, creatividad, organización. Con sesenta a cuestas, nada de ello le falta. Además, él mismo no se mezquina, sino que se ofrece. Siempre a la mayor gloria de Dios y bienestar de la comunidad. En la Argentina, en el continente, en el mundo.

### Lo dicho, con algunos ejemplos

Como señalamos: la lista puede seguir (y de hecho sigue). Entonces, unos pocos ejemplos. Algunos, nada más.

— El 14 de febrero de 1970, presenta el proyecto de “Formación de Docentes Especializados en TV Educativa”. Y con esto vuelve a inscribirse en la vanguardia de los hechos. Era la época en que comenzaba la proliferación de los satélites para la comunicación planetaria y de la aparición de los videocasetes. Ambos revolucionarían el medio cultural y educativo y Grandinetti toma rápida conciencia de ello advirtiéndolo:

“Si los docentes no se hallan capacitados en el manejo de la televisión, inútiles serán los esfuerzos de lograr un satélite de comunicaciones para televisión educativa, por-

que terminaríamos viendo por televisión series educativas mal traducidas al español, idénticas a las actuales series de *cowboys*”. ¡Premonición lamentablemente cumplida! Agregando: “Hoy estamos utilizando el enorme poder educador (nunca antes lo tuvo el mundo), simplemente, para decirnos qué marca de salchicha debemos comer”.

Como siempre: claro, seco, contundente pero, al mismo tiempo, jugado y acertado en el juicio.

Aquel proyecto tenía carácter experimental, pero con una visión amplia y de futuro:

*“Una vez concluido este curso experimental y habiendo encontrado la metodología adecuada para la formación de docentes en televisión educativa, para el año 1971 habría que pensar en cursos que abarquen a un número bastante elevado de educadores, ya que serán requeridos por el público potencial de doscientos millones de latinoamericanos”.* En la mejor tradición jesuítica, siempre pensando a lo grande, pero con los pies en la tierra.

— Otro ejemplo lo pinta de cuerpo entero en esa misma dirección. Por esos mismo días —y a solicitud del Padre General Arrupe, un permanente valorizador de su tarea— le eleva un memorándum de cuatro páginas, acerca de un proyecto del padre Stefan Banberger sobre la fundación de un Instituto Internacional de Medios de Comunicación. Con toda sin-

ceridad, Grandinetti expresa ahí su posición. El aporte demuestra la aguda percepción del entendido, del estudioso del tema. Entre otras cosas, señala:

“Una laguna es la falta de consulta a un número más vasto de padres, cuya experiencia en la materia hubiera significado un aporte; en efecto, los consultados son exclusivamente norteamericanos. A propósito de ellos es mi deber hacer notar que en mis viajes he advertido cierta desubicación frente a los problemas del Tercer Mundo”.

Insiste sobre lo correcto: un ecumenismo, respetuoso de las diferencias culturales y sociales, como modo de realizar una tarea realmente plural y abarcadora. Expresión del hombre todo y no sólo de uno de sus costados o posibilidades. Sabía muy bien y por propia experiencia que, cuando se trata de construir sobre terreno sólido, hay que mirar hacia todos lados, para encontrar lo nuevo, lo diferente allí donde esté. Como también lo hacía San Ignacio. De allí que aconsejara, para que ese importante proyecto salga adelante, “consultar a jesuitas de diversos países (...) A ellos habría que agregar una personalidad del campo laico....”

— Un tercer ejemplo de vida y actitud. En diciembre de 1972 se ocupa, personal y desinteresadamente, de los asuntos concernientes a los discos grabados por el padre español Ramón Cué SJ. Contratos, derechos, distribución, etc. Sabe que ese “Cristo roto” tiene un mensaje altamente positivo y re-

clamado por el gran público y no desaprovecha la oportunidad de prestar un doble servicio: a su hermano en la Orden y a la comunidad que requiere su palabra y su mensaje. Como él mismo, Cué había advertido el enorme poder evangelizador de los medios de comunicación de masas y los utilizaba con gran solvencia y profesionalidad.

— Otro aspecto: su labor con los ancianos a la que agregaría luego su interés por los niños más necesitados (los dos extremos del arco de la vida). Y en esto de su asesoría del *Club de Abuelos*, como siempre pasó de la contemplación a la acción. Del decir, al hacer, al compartir con otros. Junto con la Comisión Directiva de aquel simpático Club, organizó la primera peregrinación de éstos a Roma y a Lourdes. Y tras el éxito de esa, otra que incluyó Roma, Asís, Gerona, Zaragoza, Madrid, Fátima y Lisboa. Grupos de unas ciento cincuenta personas a las que había que brindarles —además del vuelo a Europa ida y vuelta— los traslados de una ciudad a otra, a los santuarios, alojamiento, comidas, visitas, excursiones y todo ello adecuado a gente de la tercera edad. Todo eso se hizo con meridiana eficiencia y adecuada planificación previa (¡a lo Grandinetti!). De lo posible, lo mejor y en el momento adecuado. A lo cual se agregaba una financiación que les permitió a los socios del Club disfrutar de un sueño acariciado durante toda la vida. Y que sería también recordado durante toda la vida. Con la misma seriedad y empeño que antes había puesto en canales de televisión y grandes empresas, el padre Grandinetti tomó a este Club de los Abuelos y le brindó lo mejor de sí.

➤ Simultáneamente, no cesa de decir su palabra –cada vez que puede– sobre lo que realmente conoce en cuerpo y alma: el mundo de la televisión y los medios de comunicación social. Y lo hace “sin pelos en la lengua”. En su número del 28 de mayo de 1973, la revista especializada *Canal TV* lo consulta sobre el tema. El resultado es una extensa nota –publicada con fotografías– cuyo título lo dice todo: “*El padre Héctor Grandinetti habla de la televisión... y no le perdona nada*”. En el copete, se resume su vida en ella:

56 “Todo empezó hace diecisiete años, cuando el padre Grandinetti viajó a los Estados Unidos para estudiar periodismo, y se enamoró perdidamente de la televisión. De regreso, recorrió un largo camino: obtuvo licitaciones para la instalación de canales privados, fue precursor de Canal 11, creó una escuela de televisión, y hoy asesora a Luis Gayo Paz en el teleteatro *Y perdónanos nuestras deudas*.”

Su foto –con auriculares e intercomunicador, como poniendo el switcher– ilustra sus francas opiniones sobre todo género de programas (al aire en aquellos comienzos de los '70):

“Yo fui al almuerzo de Mirtha Legrand y, por supuesto, creo que es el mejor, ya que nadie puede negar que ella es una señora (...) Me molesta la copia, pero reconozco que el de Haydée Padilla, al ser una caricatura, es original (...)

(Los noticieros) son ágiles y, algunas veces, brillantes. Lástima que con frecuencia su información es parcial o sensacionalista (...)

El mejor (programa cómico) es, de lejos, “Polémica en el bar” (...) Y estamos secos de ellos (los programas periodísticos) (...) Hay buenos libretistas (de teleteatros), pero empiezan bien y después se les acaban las ideas. Creo que el amor y la pareja están tratados en nuestra televisión con un libertinaje total. Y eso es porque la moral, en nuestro medio televisivo, está en baja”.

Y opina también sobre la televisión argentina en general:

“Está pasando un momento de transición. Son los ejecutivos de los canales los que deben decidir si, pasado este momento, tendremos una televisión que nos honre o que nos avergüence. Yo tengo fe en que será positiva, y entonces cumplirá su función que es la de entretener, ante todo. Luego, informar, y fundamentalmente formar al televidente en la verdad”.

Otro punto y aparte requiere su desempeño, por aquella década, como Ministro de la Residencia Regina Martyrum, de la Compañía de Jesús en la ciudad de Buenos Aires. Este resulta tan eficiente que merece los elogios del propio Padre General Arrupe y la convocatoria a Roma para desempeñar similar cargo en el importantísimo Collegio Internazionale del Gesù. En su carta el padre Arrupe le dice:

“Sé que los últimos cinco años como ministro de la Residencia Regina Martyrum han significado grandes mejorías para la casa. Eso es una buena garantía de lo que hará en Roma”.

En efecto aquella residencia porteña de los padres jesuitas —una excelente mansión en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires— estaba por aquellos años realmente deteriorada, por falta total de mantenimiento, descuido y nuevas inversiones. Al cabo del ministerio del padre Grandinetti, quedó reparada a nuevo y en pleno y eficiente funcionamiento. Allí, como en todas las empresas en que le tocó actuar, aplicó su fórmula: trabajo incansable, fe y tremenda capacidad para aunar voluntades caritativas y conseguir los recursos necesarios. En la residencia romana, el éxito volvería a repetirse.

◀ Por otro lado, el Padre General Arrupe tenía una graciosa anécdota en común con este fogoso jesuita argentino, de pocos años atrás. Demostrativa de adónde llegaba su empuje. Así la recordaría Grandinetti, ya mayor y ahora residente en el Regina Martyrum que un día levantó como ministro:

“Estando en Holanda —sería el año 1965 ó 66— el capo de la Philips me dijo: ‘Usted, padre, tiene que levantar un canal de televisión en el Vaticano. Le damos todo el equipamiento gratis’. Fui a ver entonces al Padre Arrupe: ‘Por favor —le rogué— déme su autorización’. ‘No podemos — fue la respuesta—, invadiríamos territorio italiano’. ¡Sin comentarios!”

— Otro testigo de su voluntad de hacer y compañero de un frondoso anecdotario fue el padre Cándido Gaviña. Siendo ya asistente del Padre General para la América Latina, se encuentra con el hermano ahora asesor del Club de los Abuelos, en Roma. Grandinetti lo recuerda así:

“Cuando llegué a Roma con los ciento cincuenta y tres abuelos les conseguí, entre otras cosas, una audiencia con el Papa. Ellos iban bien atendidos en todo sentido, hasta enfermeras y médicos iban en nuestra delegación ¡Cuando me entrevisté con el Padre Gaviña y vio todo aquello su gráfica expresión fue: ‘Qué loco!’”.

Y en cierto modo lo era, si ser loco significa emprender lo nuevo y seguir una causa justa sin especular con resultados. Pero ese “loco” tenía siempre muy bien puestos los pies sobre la tierra y los ojos abiertos a los signos de los tiempos. Receptor siempre de la novedad tecnológica, no olvidó nunca la dignidad del hombre y su relación con lo trascendente. Como muestra de esas inquietudes, por aunar los avances de la ciencia y las comunicaciones con la verdad eterna del cristianismo, está su artículo *El ordenador y la palabra de Dios* (mayo de 1983):

“Si el verbo encendido de un apóstol recorriendo los caminos,

si las palabras escritas en los folios de una epístola,  
si las frases sonoras de un predicador desde el púlpito,  
si el texto impreso de un catecismo,  
si los sonidos emitidos por una radio,

si las escenas pintadas en los frescos de una iglesia, si las imágenes que adornan los altares y retablos de un templo

todos han sido hasta ahora vehículos de la palabra de Dios, ¿podemos acercarnos a las computadoras y sus posibilidades para poner sus palabras-órdenes al servicio de la palabra viva,

al servicio de aquel Señor que únicamente tiene palabras de vida eterna?"

Tiene ya sesenta y cinco años y piensa en seguir avanzando; en seguir aprendiendo e innovando, siempre al servicio de Dios y de su pueblo en la tierra.

### La estadía en Roma

Pero volvamos por un momento cuatro años atrás. La carta del Padre General Arrupe, del 13 de junio de 1979, al llamarlo a trabajar a Roma, lo describe muy bien:

"Mi querido padre Grandinetti:

Después de los contactos epistolares con el padre De-cloux y de las informaciones correspondientes, creo que podría usted desempeñar muy bien el cargo de Ministro en el Collegio Internazionale del Gesù.

Pienso que no le falta cordialidad para acoger, servicialidad, ni eficiencia. No es poco lo que un Ministro

puede hacer para mejorar la calidad de la vida comunitaria, conforme al deseo de la Congregación, y para ayudar a las comunidades a crecer en sencillez de vida y austeridad religiosa".

Es la misma carta en que le recuerda, como citáramos, "las grandes mejorías" que Grandinetti dejó en Regina Martyrum de Buenos Aires. Años más tarde y ya de vuelta como residente en esta casa, recordará el paso por ella como Ministro:

"Resulta que cuando llegué al Regina, aquí se iba a demoler todo: la residencia, la iglesia, que no se podían vender por cuestiones de los donantes, los Videla Escalada, que se protegían así de una eventual nueva expulsión de los jesuitas. Iglesia que está sobre la calle Hipólito Yrigoyen y no sobre Rivadavia, porque en aquellos tiempos aquella (llamada "Victoria"), era más importante que ésta última (entonces un camino de tierra, por donde circulaban las carretas que iban a los corrales de Miserere a cargar ganado)... Después sí se vendió todo lo que daba sobre la avenida Rivadavia. Era mucha tierra. Piensen que acá funcionó el Seminario Arquidiocesano, el Ateneo de la Juventud, que era la residencia del Obispado de Buenos Aires. Anchorena ayudó mucho. En realidad yo venía a liquidar todo esto. Pero me encontré con una obra magnífica, que no había sido mantenida adecuadamente; pero los materiales, el diseño, eran todos de primera calidad. Sobre todo teniendo en cuenta los años que tienen.

Entonces invertí el propósito y, con la venia de mis superiores, me propuse salvarla, volverla a poner en perfecto funcionamiento. Limpié la iglesia, como nunca antes había sido limpiada. Para dejar bien el piso contraté a un operario con una máquina pulidora especial. Arreglé los techos; con lana de vidrio mejoré la aislación térmica y acústica y hasta llamé a un amigo iluminador de Canal 9 para que instalara luces profesionales. Estudió, midió y las colocó de manera tal que ahora se ve bien desde todas partes”.

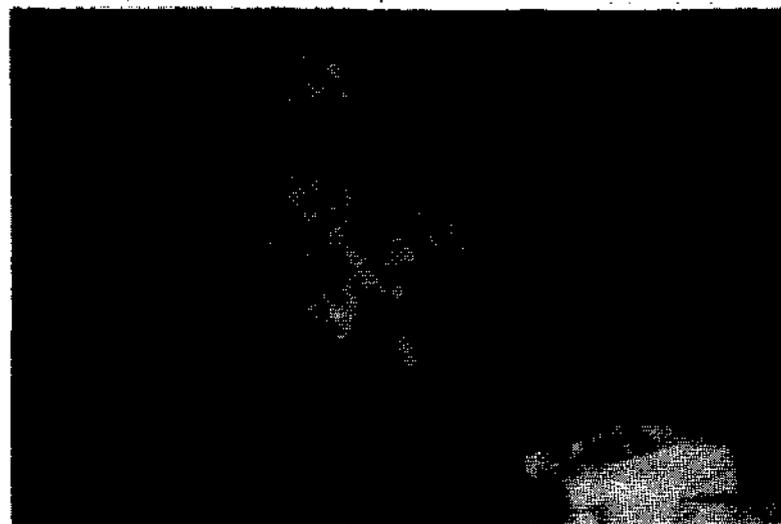
Lo relata como si hubiera sido algo sencillo, fácil de hacer. Pero no lo fue. Y no se equivocaba el padre Arrupe cuando lo llamaba a Roma para hacerse cargo del Colegio del Gesù. Allí también arregló toda la casa, la pintó y modernizó. Iluminó los corredores e hizo construir jardines. Lució nuevamente espléndida, para beneficio de sus numerosos moradores.

Y allí tiene también oportunidad de conocer a gente con futuro.

De vuelta en su ciudad lo recuerda:

“Estando yo en Roma, como Ministro del Pontificio Instituto Oriental, el padre Kolvenbach es nombrado rector del Instituto Oriental. No toma el puesto enseguida, sino que antes se dedica a aprender el italiano. Yo estuve entonces haciendo de rector durante un año. Nos hicimos

muy amigos. Es un hombre muy bueno, en el sentido de que sabe tratar a la gente; tiene un ‘don’ especial para escuchar (¡un ‘aguante’, diríamos en buen criollo!). Nunca él le va a decir a uno: ‘Buenos... hemos terminado la charla’. Hasta que uno no le decía: ‘Padre, esto es todo’, así pasaran dos horas, el padre Kolvenbach no despedía a su interlocutor. El mismo había establecido, la ‘hora del ministro’ (que era yo): todos los días teníamos que vernos a las ocho de la mañana. A veces me quedaba hasta las nueve. Así nos hicimos grandes amigos. Dos años seguidos, hasta que lo eligieron General... A otro padre – que también tuve de Rector en el Pontificio Instituto Oriental – lo nombraron rector de la Gregoriana... Y entonces



*El Padre Grandinetti en su oficina del Pontificio Instituto Orientele en Roma*

en Roma —un poco en broma y un poco en serio— se corrió la voz de que yo era ¡maestro de generales y rectores! Por cierto, un despropósito. Entonces este año (1991), cuando en enero volví a Roma, el Rector de la Gregoriana me preguntó si estaría dispuesto a volver allí. Ganas no me faltan. Además es reconfortante que a uno lo tengan en cuenta, te sentís vigente, es gratificante. Pero le dije que no. Quiero trabajar mis últimos años aquí. No quiero que me manden a terminar, inútil, en una enfermería, después de haber trabajado afuera”.

Y por cierto que no terminó, ni terminará, así. Una vida como la del padre Héctor Grandinetti no es nunca sorprendente ociosa por el llamado del Señor. Tiene ahora 75 años (1993) y, desde el Regina Martyrum, sigue y seguirá haciendo cosas. Como paradoja del destino, su preocupación está en el otro polo de la vida naciente: los chicos con necesidades, los chicos de la calle. Adentro del hombre ya maduro, late ese corazón de pibe del barrio La Paternal que se escapaba del asilo de monjas y, apenas adolescente, ingresaba en la Compañía de Jesús. Ese corazón sigue latiendo con fuerza por y para el nuevo llamado del Señor.

### La opción por los chicos

Después de casi nueve años de estadía romana, el padre Grandinetti pide volver a su país, a su Argentina. Le va muy bien en Europa, por cierto, pero acaba de cumplir 70 años y su tierra le tira de la manga, lo llama. Sentía íntimamente

que había cumplido con la Compañía de Jesús, con el llamado del padre Arrupe, sirviendo en sus institutos internacionales y que tenía el derecho y el deber de pasar sus últimos años —sirviendo también, por cierto— en la tierra que lo vio nacer. Toma esa decisión íntima y —a pesar del dolor de abandonar a tantos y tan buenos amigos cosechados en Roma— la ejecuta. Su milfá de despedida en el Instituto Oriental —a la que nos referiremos más adelante— es muy recordada y sentida por los presentes: “Id y predicad el Evangelio”, recuerda para sí mismo antes de volver a la patria.

Llega a Buenos Aires el seis de junio de 1988, el día de uno de sus santos (San Norberto). Era por cierto una Argentina diferente la que lo recibía, pero en gran medida muchos de sus problemas estructurales continuaban pendientes, a pesar del ansiado regreso a la democracia luego del golpe de estado de 1976. El gobierno del Dr. Raúl Alfonsín, asumido el 10 de diciembre de 1983, se encontraba en el último año de su mandato constitucional de seis, pero jaqueado en medio de enormes problemas económicos, con preocupantes repercusiones sociales. Ambas crecieron a tal punto que debió adelantar la entrega del poder al gobierno surgido de nuevas elecciones generales, presidido ahora por el justicialista riojano Carlos Saúl Menem (1989). El llega a Buenos Aires, precisamente en ese año de elecciones, complicada transición política y adelanto en la entrega del poder. Después de algunos años de cierta estabilidad económica (1985–1988), el país entraba ahora en un proceso hiperinflacionario que, en su pico máximo, registró asaltos de la gente a los

supermercados y almacenes para proveerse de alimentos y otros enseres. Duró pocos días y la situación pudo ser controlada, pero en el imaginario colectivo, fue registrado como una fuerte experiencia traumática. No nos olvidemos que la sociedad argentina venía de una década de violencia y guerra sucia y deseaba fervientemente la consolidación de la paz y el sistema democrático, como formas de convivencia civilizada. Para ello la democracia institucional requería el aditamento del crecimiento económico y el desarrollo con justicia y solidaridad. El gobierno electo surgió al calor de esas banderas y la Iglesia argentina se abocó a recrear un clima de convivencia predicando la paz y la esperanza entre los argentinos.

Sin embargo, no era un problema sólo local, sino que registraba situaciones similares en América Latina, dentro de una comunidad internacional sometida a fuertes cambios y novedades. Si la década de los '70 puede ser considerada como de violencia y militarismo en América Latina, la de los '80 no en vano mereció el calificativo de "década perdida" para nuestro sufrido continente. Es cierto que durante ella la mayoría de nuestros países retornaron al sistema democrático de gobierno, pero lo hicieron jaqueados por complicadas situaciones económicas y sociales (abultadísimas deudas externas, heridas políticas y sociales, instituciones débiles, etc.), que tornaron endeblés a esas recuperadas democracias. Además, la falta de solidaridad efectiva y concreta de los países denominados del Primer Mundo para con los del Tercero —que tan sabiamente alertó y buscó revertir

la prédica ecuménica del Santo Padre—, no hizo sino agravar las cosas. Se necesitaban (se necesitan) algo más que palabras y promesas para solucionar el subdesarrollo de los países pobres y muchas veces no se pasó de aquéllas. Luego ese mismo mundo fue cambiando (en el '89 cae el simbólico Muro de Berlín) y a la violencia de los '70, la falta de desarrollo de los '80, le siguió el doloroso "ajuste" de los '90, creando situaciones sociales que, aunque no deseadas, generaron marginalidad o desatención a vastos y humildes sectores de nuestra población.

Grandinetti, alejado como siempre de opciones políticas partidarias o mezquinas, no puede sin embargo ser ajeno a lo mucho y nuevo que estaba pasando. Venía de una Europa centro de los acontecimientos, había adquirido una gran experiencia personal y social y deseaba seguir contribuyendo —con su granito de arena— a su comunidad inmediata.

En medio de tantas necesidades insatisfechas —aún con nuevos e imaginativos planes económicos— sintió el llamado del prójimo sufriente en el rostro de los más pequeños, de los abandonados, de los dramáticamente denominados *chicos de la calle*. Vesía en sus rostros —también hechos a imagen y semejanza de Dios— dibujarse una nueva misión: reinstalar la esperanza y una nueva oportunidad para aquellos pequeños abandonados o extraviados, a quienes la calle más que cobijar maltrataba. Portereros nocturnos en las estaciones terminales de trenes y ómnibus; mendicantes en las ventanillas de los ómnibus detenidos por el semáforo; utili-

zados por adultos como mano de obra barata; acosados siempre por la droga, la prostitución y el hambre, no podía concebir mirarlos y seguir caminado como si nada hubiese pasado. Ese pecado de omisión, lo sentía tan grave como el que más. Aún para él que, con setenta años auestas y un prestigio ganado, hubiese podido hacerse el “desentendido”.

¡De ninguna manera! Era un sacerdote, un hombre de fe, pero también un creador, un innovador, un ejecutivo, alguien que sabía y podía conseguir recursos allí donde otros fracasaban (o no lo intentaban). Fue entonces que, en el otro extremo de la vida, hizo su opción por los chicos, comenzando por los más necesitados, por los “pibes de la calle”. En ella, como dijimos, concurrían seguramente dos cosas: una personal, su propia infancia de huérfano prematuro en un barrio humilde, donde aprendió a reconocer rápidamente el rostro del hermano necesitado; otra social, ver un sector desvalido de su propia comunidad, peor aún, el sector donde la vida se origina y donde la protección y la ayuda debían ser la moneda común y corriente. No dudó: había que cumplir aquella promesa de la primera juventud, hacer algo por esos chicos de la calle que —a su manera— él mismo había sido.

Desde su regreso de Roma vivía en la residencia Regina Martyrum y desde allí —como siempre, ¡con cero de capital inicial!— decidió emprender la cruzada. No sabía muy bien cómo, pero la luz de Dios y su intenso trabajo personal le fueron alumbrando el camino.

El padre Grandinetti nunca había dejado de dar los Ejercicios Espirituales a las personas que desearan, como propone San Ignacio, ordenar sus vidas. Ahora que vive ya en Buenos Aires lo sigue haciendo, dice misa en la iglesia de la residencia y su labor apostólica se va intensificando. Es así como un grupo de mujeres, tocadas en lo más hondo por la verdad ignaciana, le manifiesta su deseo de que él las dirigiese en la creación de un movimiento.

Nace así la *Asociación privada de fieles Comunidad Santísimo Sacramento*, que se prolonga en la *Fundación UNITAS* abocada a darse un trabajo evangelizador con los chicos más necesitados. Su lema es un hermoso versículo del Evangelio de San Juan (17, 21) que Grandinetti propuso como sintetizador:

“Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste”.

Lo acompañó desde el vamos en esta cruzada, la Sra. Evelina Ledesma de Tagle y todo un grupo de entusiastas hombres y mujeres, donde la piedad cristiana busca corporizarse en realizaciones concretas y durables. El propio padre Grandinetti recuerda en estos términos los recientes comienzos de esta nueva actividad:

“La idea es dedicarse a lo más deprimente y necesario: los chicos de la calle. Decidieron entonces iniciar una

Fundación. Pedir al Intendente de Buenos Aires y a otros funcionarios, no mucho, algún terreno, de una cuadra, bajo la Autopista 25 de Mayo, para construir allí dos pisos: en el primero, se ofrecerá comida, siempre. Donde el chico no tenga que pedir permiso para entrar; entrará porque es su casa. Nadie le va a preguntar qué viene a hacer, ni ninguna otra cosa. Grandes guisos, sopas y pucheros. Y en el piso de arriba, duchas con agua caliente y cuchetas. Divididos varones y mujeres. La idea es crearles un ambiente donde puedan tener ganas de empezar de nuevo, limpios y alimentados. Se tratará de conseguirles ropa, escuela, taller..."

No fue fácil concretar este puñado de ideas y todavía -a pesar de estar ya UNITAS en marcha- es mucho lo que falta por hacer. Grandinetti, como siempre, se mueve para conseguir los fondos necesarios, al menos para empezar. Visitas, comidas, relaciones públicas con amigos, conocidos empresarios. En principio, nada.

"Pero vino una de esas señoras que había hecho conmigo los Ejercicios Espirituales y me dijo -gracias a Dios- lo clave: 'Padre, yo quiero empezar'. Y puso en un banco, a favor de la Fundación UNITAS el valor de una de sus casas: cien mil dólares. Gesto que me emocionó y agradecí a ella y a Dios. Y ya estamos funcionando (1991). Preparamos la papelería, todos los detalles del lanzamiento. ¡Seguro que el año que viene tendremos el Hogar para los chicos de la calle! Es un sueño que tenía yo desde

chico: ayudar a los chicos abandonados. Pero no se me daba la ocasión. Mirá ahora."

Y claro, dado el puntapié inicial, lo demás es más fácil. Sobre todo cuando el padre Grandinetti pone toda su energía, como terremoto. Ya un pariente de él mismo le ofrece tres terrenos en Lanús Este (provincia de Buenos Aires), para levantar allí el hogar.

Como buen cristiano, el hombre pone una condición adicional: que en ellos se levante también una capilla, donde se rece misa todos los domingos. Y UNITAS está ya buscando los fondos para cumplir con esa cláusula y erigir entonces el hogar. Mientras estudia también nuevas formas y posibilidades.

En tanto es necesario no esperar y acercar ya la ayuda reclamada por los pibes. Al menos ropa. Y para esto Grandinetti piensa y recurre a ANESVAD ("A nuestros enfermos servimos viendo a Dios"), la magnífica organización con sede en Bilbao (España).

Para esto recuerda una vieja, continua y muy querida relación nacida en su estadía en Roma: el hermano jesuita, José Luis Ruiz. Este se desempeñaba como enfermero mientras él era ministro allí y pasó luego a Gijón (España). Es a través del hermano José Luis Ruiz, que toma contacto con el cónsul honorario de Filipinas en ese país y presidente de ANESVAD, D. José Luis Gamarra Aranoa. Este magnífico

y ejemplar cristiano -seguidor de la obra del padre jesuita Javier Olazábal- comprende la labor que inicia Grandinetti en Buenos Aires y decide apoyarla con su organización internacional. Al año siguiente, varios *containers* de ropa para los chicos de la calle llegan a nuestra ciudad. A pesar de ello, hizo falta la tenacidad de Grandinetti para sacarlos de puerto, luego de una larga y complicada demora burocrática y el empuje y dedicación de su grupo de hombres y mujeres para repartir la ropa llegada de España y que ésta llegue a los necesitados directos. Cuando el camión de quince metros de largo que transportaba los contenedores llegó a la residencia Regina Martyrum, hubo que sortear la resistencia policial a la descarga y reacomodar diligentemente la preciosa carga. Sin embargo, ¡en dos días estaba todo distribuido entre los necesitados!

Y ANESVAD cumplió largamente su compromiso de ayuda a la Argentina. A través de la gestión del padre Grandinetti ante su presidente José Luis Gamarra, esta institución no sólo ayudó a UNITAS en su labor con los chicos de la calle, sino al propio comedor público para personas carenciadas de la Iglesia Regina Martyrum y a la labor de los padres jesuitas en la provincia de Misiones (noreste de la República Argentina) que están allí sosteniendo un colegio público también modelo. Grandinetti siente hoy un gran cariño por ANESVAD y no se cansa de reconocer la labor de su presidente Gamarra Aranoa, en cuya tarea asoma también la firme y clara cepa ignaciana. Así como en su cuarto del Regina, luce con orgullo un retrato del jesuita Javier Ola-

zábal, animador del joven Gamarra en su labor al frente de ANESVAD.

Estamos en 1993, la Fundación UNITAS dedicada a los chicos de la calle está ya en marcha, así como la Asociación privada de fieles Comunidad Santísimo Sacramento, que lo apoya y recibe su magisterio y asesoramiento. Siente por todo este grupo que lo acompaña una devoción muy especial ya que, en su encuentro, se hizo realidad aquel sueño de juventud: servir y ayudar a los chicos necesitados. La Asociación crece y madura espiritual y económicamente. Mientras busca fondos para las obras de mayor envergadura, tiene ya una pequeña sede alquilada en Capital Federal, donde semanalmente Grandinetti dicta al grupo los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, como meditaciones guiadas. Pero esto tampoco es todo. Ya con 75 años a cuestas Grandinetti -por gracia de Dios- puede seguir con otras dos obras que también abrazó con dedicación. Es asesor de la Congregación Nuestra Señora del Pilar, constituida por hombres y mujeres españoles o descendientes de ellos, devota de esa virgen y deseosa de conservar y cultivar sus raíces culturales y religiosas. Esta Congregación, que a comienzos de siglo era ya popular en el barrio donde se encuentra la residencia Regina Martyrum (Congreso / Centro), reuniendo miles de fieles, se une los cuartos viernes de cada mes en la misa de diez de esta iglesia, rezada por el padre Grandinetti.

Por otra parte este jesuita es también asesor del Patronato Español, sito en el barrio de Colegiales, quien regentea un

colegio de aproximadamente 300 alumnas pupilas, quienes reciben además de una esmerada y cristiana educación, todo lo necesario para su subsistencia. Aquí Grandinetti escucha y guía a las cincuenta familias que mantienen el colegio, en torno de los problemas y realidades de la juventud en este difícil mundo en cambio.

Opción por los chicos de la calle; asesoramiento a congregaciones y asociaciones católicas; atención a enfermos y a quienes lo requieren directamente; orientación a familias de jóvenes... más lecturas siempre actuales y un seguimiento atento de lo que pasa en los medios de comunicación social, nos pintan una vida que aumenta a medida que se acerca a Jesucristo. Se llama Héctor Norberto Grandinetti, es sacerdote jesuita, tiene ahora setenta y cinco años y -después de haber fundado canales de televisión y ser un experto en materia de comunicación humana- ha vuelto a reencontrarse con el corazón de aquel pibe del barrio La Paternal, que el 5 de marzo de 1932 -escuchando el llamado del Señor- ingresara en la querida Compañía de Jesús, ordenándose sacerdote el 23 de diciembre de 1950.

Y en aquel llamado, una cosa le sonó clara y cumple al pie de la letra: "Id y predicad el Evangelio..." Oficio que como se sabe, requiere una dedicación total en cuerpo y alma.

Acaso en esto pensara -como verdadero sentido de su propia vida- cuando en 1988, en su última homilía del Instituto Oriental de Roma, dijera:

## ¡¡Como ovejas en medio de lobos!!

“Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda creatura”. Es el último mandato de Jesús a sus Discípulos, y con esto los transforma en apóstoles, en portadores de su mensaje. Y ellos dejando todas las cosas, han comenzado a seguir a Jesús en su vida evangelizadora: simples hombres de Fe que en nada parecen distinguirse, sino en la prontitud en responder a la llamada de Jesús, y a quienes nada se les ha prometido, sino ser odiados a causa de su nombre.

Han vivido a la sombra como oyentes más que como actores, a veces surgía en ellos una desorientación: “Señor nosotros no sabemos a dónde vas: ¿Cómo podemos conocer el camino?” Una vez, Jesús los ha tachado como hombres de poca Fe y con frecuencia ha sido un maestro exigente: “Quien quiera venir conmigo, niéguese a sí mismo”. Alguno murmuró: “Es duro este lenguaje”. Y sin embargo, permanecieron: “Señor a dónde iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”.

Lo amaban, esto es cierto, aún cuando no lo entendían. Pero, frágiles, como son frágiles los hombres, han huido en el momento de su muerte...

Pero, después anhelantemente han corrido a su sepulcro, y han creído en su Resurrección. Y, ahora, hete aquí que están prontos, conscientes, que irán “como ovejas en

medio de los lobos" y "proclamarán desde los techos", aquello que han oído y visto. Pronto los veremos moverse por los caminos del mundo, sin llevar consigo "ni oro ni plata, ni alforja para el viaje", desafiando arrestos, persecuciones, martirios... llevando a cabo la más imponente transformación espiritual que la historia ha conocido. ¿No es ésta una victoria que suscita emoción y maravilla y que además puede ofrecernos motivo de esperanza frente a un tiempo que parece apartarse de Dios? Ante un mundo desacralizado, y un Papa que nos invita a la Nueva Evangelización y que nos dice: ¿Qué otra cosa he de enseñaros? ¿No sois vosotros doce? Pues... "Id y predicad el Evangelio".



Edición al cuidado de Ignacio de la Torre.

© Héctor Norberto Grandinetti, 1994.

Primera Edición: 500 ejemplares.

Impreso en Establecimiento Gráfico León J. Grandinetti.

Buenos Aires, Julio 1994.

Impreso en Argentina - Printed in Argentine.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

I.S.B.N. 987-99924-0-7



*El Papa Juan Pablo II visitando el Pontificio Instituto Orientale con el Padre Grandinetti, quien como ministro está haciendo de guía.*

*Héctor N. Grandinetti, S.J.*

## La otra cara de la Televisión Argentina

